



La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Arico (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula - ISSN 0328-221X - Nº45, Buenos Aires, Otoño-Invierno 1996 \$7

Fenómeno que se afirma
La "teología del dinero"
Carlos Scavo

La torpeza del capitalismo
**Fin del mito de la
expansión ilimitada del
mercado**
Robert Kurz

Coloquio
Internacional

**Mutaciones.
Metamorfosis de
lo social,
refundación de la
solidaridad**

Guillermina Tiramonti

Entrevista

**El tiempo ha perdido
su lógica humana**
Franco Ferrarotti

Italia

**La alternancia
desbloquea la
democracia**
Norberto Bobbio

Poetas rusos

**Vacio de terciopelo
negro**
Sergio Bufano



A veinte años del golpe
Con memoria democrática

Ricardo Sidicaro - Hugo Quiroga

Preludio de un debate necesario
**¿Cuál es el papel del
FREPASO?**

Franco Castiglioni - Ernesto Semán

**Consecuencias del
"vaciamiento institucional"**

Roberto Gargarella

Agenda del
progresismo
**Convocatoria
para
Buenos Aires**

Prez • Liemur •
Kullioik • Ganora •
Mocca • Gorelik • Tula
• Bocco • Grillo •
Melillo • Escolar •
Sarlo

Los socialismos ante el siglo XXI

Juan Carlos Portantiero

En este número

De esta edición interesa aquí resaltar la crónica del coloquio internacional sobre la nueva cuestión social organizado por el Club de Cultura Socialista, con el auspicio de la Fundación Friedrich Ebert. También destacan el documento sobre la ciudad de Buenos Aires, elaborado por un colectivo de trabajo de primer nivel, y el ensayo de Portantiero, sobre el desafío que deben encarar los socialistas en los umbrales del nuevo siglo. Y, finalmente, el llamado a concurso de ensayo "José Aricó" al que con iniciamos la celebración de nuestro décimo aniversario. Este acontecimiento es, así, oportuno para dos recuer-



dos. Primero, de la figura de José Aricó, director fundador de *La Ciudad Futura*. Y luego, de Michael Walzer, quien al celebrar los 40 años de *Dissent* afirmó que esa publicación "es un compromiso constante que responde a la necesidad de una visión del socialismo democrático o liberal, de una voz crítica orientada por esta visión, que nunca ha sido, ni será, definitivamente realizada". Porque esas palabras, aparentemente simples, describen con elocuencia el sentido básico de la pasión que animó la aparición de *La Ciudad Futura* en 1986 y que aún hoy sigue viva. (OP)

Sumario

Opinión		
Juan Carlos Portantiero: Final de época	3	
Felipe Pigna: Los usos de la historia reciente	3	
Política		
Franco Castiglioni: PREPASO: apuntes para un debate	5	
Ernesto Semán: Se necesitan fuerza y opinión para una fuerza de opinión	7	
Ricardo Sidicaro: Fracasos y éxitos del "proceso"	9	
Hugo Quiroga: Consecuencias de un pacto postergado	12	
Roberto Gargarella: El "vaciamiento" institucional y sus consecuencias	14	
Guillermina Tiramonti: Mutaciones. Metamorfosis de lo social, refundación de la solidaridad	17	
Agenda		
Pirce, Liernur, Kullio, Ganora, Mocca, Gorkeli, Tula, Boco, Grillo, Melillo, Escolar, Sarlo: Convocatoria para Buenos Aires	20	
Economía		
Carlos Scavo: Espectadores, ludópatas y magia	26	
Robert Kurz: La torpeza del capitalismo	30	
Internacional		
Sebastián Etchemendy: España: transformaciones en la economía e identidad de la izquierda		
El artista: Wilfredo Lam. Nació en Cuba, el 8 de diciembre de 1902; murió en París, el 11 de setiembre de 1982.		
democrática	33	
Norberto Bobbio: Italia: la alternancia descongela la democracia	38	
Franco Rossini: Democracia de los sentimientos	39	
Entrevisita		
Claudio Tognato: Franco Ferrarotti. El tiempo ha perdido su lógica humana	43	
Cultura		
Sergio Bufano: Vacío de terciopelo negro	47	
Libros		
Edgardo Mocca: Tres perspectivas sobre el siglo XX	50	
Daniel Muiño: Bourdieu y las limitaciones disciplinares	54	
Lucrecia Teixidó: El mercado no puede imponer su lógica sobre otras dimensiones humanas y sociales	56	
Enilio de Ipolo: Repensar lo social: un desafío para nuestro fin de siglo	58	
Ensayo		
Juan Carlos Portantiero: Los socialistas ante el siglo XXI	62	
Contratapa		
Jorge Tula: Ser es recordar	68	

La Ciudad Futura

Buñe Mire 2094 - 1° (1039) Buenos Aires - 953-1581.
Director fundador: José Aricó (1931-1991). **Directores:** Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. **Consejo de redacción:** Gerardo Adrogué, Javier Antigues, Alejandro Blanco, Fabián Boscer, Sergio Bufano, Franco Castiglioni, Hugo Farussi, Javier Franzé, Julián Gadano, Miguel Angel García, Julio Godio, Marcelo Leiras, Antonio Marimón, Ricardo Mazorin, Guillermo Ortiz, Osvaldo Pedrosa, Martín Plot, Ernesto Semán, Pablo Semán, Lucrecia Teixidó. **Comité asesor:** Enilio de Ipolo, Jorge Dorfi, Rafael Filippelli, Pedro R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Losada, Ricardo Nudelmin, Oscar Terán. **Maqueta original:** Juan Pablo

Renzi. **Diagramación y armado:** Viviana Mozzi.
La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de correo N° 167, Sucursal 12, (1412) Buenos Aires. **Impresión:** Gráfica Integral, José Bonifacio 257, (1424) Buenos Aires. **Distribución** en la Capital Federal: Trapaces, Balcarce 458 - 1° Oficina 2, (1092) Buenos Aires. **Distribución** en otros países: Fernando García Cambero, box 014, Skysway, USA, 7331, N.W., 35th St., Miami, Florida 33122; oficinas: Cochabamba 244, (1150) Buenos Aires, Argentina. Teléfonos 361-0473/93. Registro de la Propiedad Intelectual N°192675. Suscripción anual: Argentina, US\$ 40 - Exterior, US\$ 60 - Bibliotecas e instituciones, US\$ 80 - Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

OPINION

Final de época

Podría decirse que el telón comenzó a cerrarse el 30 de junio. Ese día, más del 80 por ciento de los ciudadanos de Buenos Aires decidieron, con el instrumento del voto, repudiar las políticas del oficialismo postergando a su candidato a jefe de gobierno a un ominoso tercer puesto, en un marco -generalizado en el país- de creciente protesta social ante los estragos de la hiperrecesión y el hiperdesempleo, los más graves del siglo según el análisis de los observadores, aun de los cercanos al *establishment*.

A partir de allí los sucesos se fueron precipitando hasta culminar en el despido de tres ministros en menos de un mes. Dos de ellos arrastrados por denuncias -pasado nazi, en uno; escandalosa corrupción, en otro- y el tercero convertido en chivo expiatorio de una política que pone en riesgo las expectativas para las próximas elecciones del 97 y la subsiguiente renovación presidencial. Está claro que la expulsión de Cavallo minimiza absolutamente las módicas ausencias de Camilión y Barra y las que puedan seguir de los Di Tella, Mazza o Caro Figueroa: en muchos aspectos la salida de Cavallo es emblemática del fin de una época.

Basta recordar el escenario abierto a principios de 1991, en medio del tercer ciclo hiperinflacionario, cuando era muy baja la cotización institucional de Menem. Fue Cavallo entonces quien hizo de pulmón para un cuerpo exangüe y quien durante cuatro años sirvió de basamento para la permanencia y, todavía más, para el sueño reeleccionista de un presidente obsesionado por el poder de los califas. Así se construyó un mito triunfalista basado en una ilusión colectiva de prosperidad, hasta que a principios de 1995 los vientos cambiaron y la economía, no obstante sus éxitos antinflacionarios, comenzó a mostrar en la vida de las gentes el gesto

duro de la crisis. Y pese a que el efecto inercial de los años anteriores y las equivocaciones de la oposición permitieron que Menem cumpliera la segunda parte de su sueño de eternidad, el malhumor social fue creciendo, al compás de las insuficiencias del programa económico para superar una crisis de la que no podía cularse indefinidamente al tequila mexicano. Ese ochenta y dos por ciento de votos capitalinos del último domingo de junio fue un anuncio resonante sobre un proceso de cambios políticos que se dibujan ahora como posibles.

Sometido el plan económico a un fracaso notable en temas tan delicados como el trabajo y la producción, la crisis de las economías regionales y la regresiva distribución del ingreso, y angustiado por un déficit fiscal que pone en peligro el pago de las cuentas externas, Menem creyó que había llegado el tiempo de sacrificar a Cavallo como si con su desaparición los malos presagios se disiparan. Y entonces, prisionero ya de una lógica implacable, decidió echarlo para designar a un sucesor aun más ortodoxo, expresión del monetarismo más recalcitrante, como encargado de poner en marcha una etapa nueva de la misma estrategia. Pero el problema no

son los nombres de Cavallo ni de Fernández: el problema es ese mismo plan que se dice que no va a cambiar y un estilo de gobierno de bajísima calidad institucional que en su conjunto ofrece una imagen obscena de corrupción.

El divorcio de la pareja que desde 1991 pudo soldar una alianza entre los más ricos y los más pobres, triunfante en todas las pruebas electorales a las que fuera sometida, marca un punto de inflexión estructural y simbólico. Es tarea ahora de la dividida oposición entender, frente al 97 y al 99, lo serio, lo decisivo de su propia responsabilidad a fin de que esta culminación de una etapa pueda abrir el paso a un nuevo diseño alternativo.

Juan Carlos Portantiero

Los usos de la historia reciente*

Para qué me sirve la historia? Es una pregunta frecuente en el ámbito de la escuela secundaria. Acostumbrados a paraguas, cabildos, batallas con horarios y caballos blancos, los jóvenes expresan su desinterés por algo que perciben inútil. El que se poma con aceite hirviendo, cuando ve patriotas llora.

Este concepto de historia no es en absoluto inofensivo. Tiene básicamente dos objetivos: 1) impedir todo contacto pasado-presente, 2) separar los hechos políticos de los procesos económicos y sociales.

[...]

El discurso histórico tradicional tiene su correlato en la actualidad en ciertos discursos periodísticos que son también expresiones del poder que avalan los mismos postulados que tienden a hacer invisible al poder real y a los procesos generados, elaborados y ejecutados por él.

En ocasión de cumplirse el 20 aniversario del "proceso", muchos medios



hicieron encuestas y determinaron que los jóvenes sabían en un 60 por ciento de los casos quiénes eran Videla y Massera (no Agosti) y que durante la dictadura hubo represión y desaparecidos. Sólo el 7 por ciento conocía a Martínez de Hoz.

La demonización de Videla, Massera y Cía. parece ser el límite permitido y hasta facilitado por el poder. Toda la "maldad" y la perversión se concentran en ellos y no hubo órdenes superiores ni planes económicos que necesiten del exterminio de los opositores.

Es de destacar que al iniciarse el juicio a las Juntas no haya habido una sola solicitud firmada por los responsables principales y privilegiados beneficiarios de la dictadura (Roggio, Pérez Compagné, Forbath, Macri, Pescarnone, Soldatti, Vigil, Blaquiere, etc.) pidiendo la libertad de sus beneficiarios, Videla y Cía. Todos ellos estaban ocupados en negociar con el gobierno radical los lineamientos del Plan Austral que, nuevamente lo beneficiaría más que a nadie.

El doctor Mariano Grondona realizó un interesante ejercicio histórico. Comenzó en 1995 una campaña de arrepentimientos que se inició con el capitán Scilingo y que terminó contagiándolo, ya que él mismo, poniéndose un minuto de pie, pidió perdón "al pueblo argentino" por haber colaborado con las distintas dictaduras desde 1955. Seguramente nos encontraríamos con que un minuto no alcanza, pero es interesante el gesto de uno de los principales ideólogos de la dictadura, director de la revista *Carta política*, vocero oficial de la dictadura, co-conductor de *Tiempo Nuevo*, vocero oficial de la dictadura.

El gesto de Grondona, vinculado al rating y al marketing, le abrió la puerta del "espacio progresista" que, sin ningún motivo racional, comenzó a crearle. Grondona, como todo "converso", empezó pareciendo ir más allá. Invitó a periodistas de "izquierda", a víctimas de la represión, reservándose la última palabra, que no es de él sino de Adam Smith, Platón, Stuart Mill, Churchill (Sócrates es exclusivo del presidente).

Grondona habló de los efectos de la tortura, no de sus causas. Grondona se "asombró" de los vuelos de Scilingo. ¿No leyó el *Nunca Más*? ¿No se enteró

de que hubo un juicio a las juntas con más de 700 testimonios, algunos muchos más estremecedores que los del capitán insomne? ¿O será que prefiere creerle al victimario y no a las víctimas?

La campaña de Grondona culminó, como acto de cierre, con un discurso ininterrumpido de 18 minutos del ex almirante Massera, a quien otorgó el "derecho a réplica", haciendo una réplica a tamaño natural de sus programas del 76. Todo en el marco de la reconciliación nacional.

Grondona conoce el valor de la Historia, por eso se ocupa con tanta dedicación en dar su versión de los hechos. El doctor dice que está de acuerdo con el Plan Cavallo pero no con sus consecuencias sociales. Qué extraño que un profesor de Harvard como él desconozca el principio de causa y efecto. Nuevamente la separación de lo político-social de lo económico.

La Historia tiene un gran valor preventivo. Conociéndola, estudiándola uno advierte que nunca se repite, continúa. Y esta continuidad permite prever ciertos procesos, ciertas calamidades por venir. Cuando Cavallo anunciaba su Convertibilidad, era bastante fácil recordar a la tablita de Martínez de Hoz y sus nefastas consecuencias. Cuando veíamos a las principales ciudades del país llenarse de casas de importados, nos venía a la memoria la plata dulce y la desindustrialización. Leyendo la historia de Juárez Celman leemos el mejor antecedente del menemismo. Leyendo a Perón en 1946 vislumbramos a Menem: "No somos, de manera alguna, enemigos del capital, y se verá en el futuro que hemos sido sus verdaderos defensores" (Juan D. Perón, 21 de octubre de 1946), observando el modelo de desarrollo argentino, agroexportador, advertimos la escasa importancia que le da el poder a la población nacional ya que sus clientes no están en el mercado interno sino en la Comunidad Europea, Japón o los EU. Advertimos la estrecha relación modelo social-modelo económico.

No es para nada asombroso que se trate de impedir la necesaria conexión pasado-presente y que cualquier tentativa de pensamiento alternativo sea tratada con el, para ellos, descalificativo término de utópico.

La etapa más traumática de nuestra vida como país, la dictadura militar, debe ser revisada hasta sus últimas consecuencias sin ocultamientos, con autocrítica, con una visión integradora que vaya más allá de lo que el poder hace circular porque le es "funcional" a sus intereses. De lo contrario estaríamos hablando de un grupo de psicópatas que se adueñaron del poder por motivos personales. Sabemos que no fue así y que más allá de los Camps, los Suárez Mason y otros criminales, las fuerzas de la represión actuaron como instrumento de clase, respondiendo, como quedó probado en la justicia, a un "plan criminal organizado desde el Estado" (juicio a las Juntas, sentencia, 1985). No hubo errores ni excesos. Hubo acuerdo entre el poder real y el poder instrumental en llevar a cabo un genocidio para cambiar de raza a nuestro país, para retrotraerlo al modelo agroexportador, para eliminar el conflicto social y disciplinar a una sociedad que estaba empujando a dudar de los valores tradicionales.

Esta tarea de disciplina continuó con la hiperinflación del 89, cuando la gente se aterrorizó y aceptó las privatizaciones menemistas y la destrucción del Estado y continúa hoy con la amenaza permanente de la desocupación que logra internalizar la disciplina: "si protesto me quedo sin trabajo".

La dictadura realizó la tarea sucia, la disciplina del terror, el menemismo continúa la faena con la disciplina del mercado. Puede decir muy contento hoy el doctor Martínez de Hoz: "Es mucho mejor aplicar estos planes económicos en democracia que en gobierno de facto. El Plan Cavallo es la continuidad de nuestro plan".

A veinte años del golpe militar sigue pendiente la tarea de elaborar un contradiálogo sólido que nos permita revisar ese terrible pasado, identificar a los responsables, evaluar los errores cometidos y pensar en cambiar este presente tan impregnado de cosas del pasado.

Felipe Pigna

* Este es un fragmento de la colaboración que nos hizo llegar el autor, profesor de Historia de la UBA, director de la colección de videos educativos *Historia argentina, 1880-1890*.

POLÍTICA

FREPASO: apuntes para el debate

Luego de las elecciones de la ciudad de Buenos Aires se le presenta al FREPASO una serie de interrogantes, tanto sobre su dificultad para ser competitivo como alternativa de gobierno local, cuanto acerca de su débil inserción en otras áreas geográficas del país.

Franco Castiglioni

Estas preguntas nos remiten, como tema no menor, al tipo de fuerza política necesaria para enfrentar el desafío de consolidar en el sistema político argentino. En estas breves reflexiones no se pretende otra cosa que consignar algunos puntos para el debate.

1. La primera conclusión de las elecciones del 30 de junio es que el Pacto de Olivos ya no es más un árbol que da frutos para el FREPASO. El crecimiento a suma cero -lo que se gana es igual a lo que se le quita a la UCR- ha dejado de ser la fórmula del éxito frepasoista. Esto se debe a los cambios sucedidos en el radicalismo y el acceso a posiciones públicas de dirigentes no identificados con los peores momentos de ese partido, le han dado a la UCR la oportunidad de superar el estado confederal en el que se había reclinado en los últimos dos años. En ese período creció el Frente sobre la base de una transferencia de votos dentro de la oposición, pero sin lograr erosionar la base de sustentación social del justicialismo.

La situación política actual, después de las elecciones de la Capital y del despido de Domingo Cavallo, es un terreno de crisis para el oficialismo, en el que se le toma cada vez más

complejo mantener su capacidad de gobierno tanto como la unidad interna del peronismo y su fuerza electoral. Es un terreno que abre a la oposición en su conjunto la posibilidad de conquistar apoyos. En otras palabras, el eventual crecimiento frepasoista no puede ya reposar en el desgaste radical, ni tampoco en un antiperonismo frontal que dejaría sin márgenes de acción a los disidentes del oficialismo. Un juego a suma positiva dentro de la oposición puede ser traducido en términos de competencia con el radicalismo y otros sectores de nueva oposición sobre la base de liderazgos innovadores, de la generación de iniciativas creativas de defensa de los derechos ciudadanos y de propuestas creíbles y técnicamente sólidas para la construcción de una alternativa de gobierno. Semejante competencia, que conlleva efectos positivos para la vida democrática del país, desafía al FREPASO a repensar su práctica política y su conformación institucional.

2. El principal obstáculo del FREPASO para proyectarse sobre todo el territorio nacional es la ausencia en sus filas de figuras convocantes en los niveles provinciales y municipales. El Frente no ha logrado sumar referentes sociales ni líderes de opinión, fines a aquellos valores republicanos y democrático-sociales que le dieron sustento en la elección de Constituyentes del 10 de abril de 1994, más allá de grandes centros urbanos como Buenos Aires y Rosario. Ello puede deberse al rechazo que genera entre los dirigentes locales la apertura de la fuerza a nuevas incorporaciones. Lo cual es común en todas las organizaciones. Se trata de los militantes y dirigentes que forman parte de los pequeños partidos que componen la alianza y que son quienes mantienen al FREPASO latente: son los que garantizan la implantación territorial y en momentos claves la movilización

electoral. No es un recurso significativo, como lo es en los grandes partidos tradicionales, aunque es el embrión sobre el que la fuerza se asienta.

El problema, sin embargo, es que tal estructura sigue siendo insuficiente para garantizar, por ejemplo, la fiscalización de una elección nacional. Pero es lo suficientemente relevante a la hora de definir candidaturas electivas. Y puede ser lo suficientemente conservadora en el momento de abrir la fuerza a personalidades de prestigio social o profesional y a referentes de opinión y de defensa de derechos ciudadanos, que se identifiquen con los valores de progreso del FREPASO, aunque no directamente con los grupos políticos que lo integran o que canalizan sus energías militantes en círculos u ONG y no a través de los locales partidarios.

En otras palabras, el Frente no cuenta con una estructura territorial ni lejanamente comparable con la de los grandes partidos y por lo tanto no cuenta con sus beneficios a la hora de movilizar recursos y presencia social; pero su relativamente escasa militancia proveniente de los pequeños grupos que adhieren al Frente Grande y de los otras fuerzas que forman el FREPASO, tiene comportamientos semejantes a la de los grandes partidos. De tal forma arrastra la inercia de la rigidez estructural de los partidos tradicionales sin las ventajas de la gran estructura territorial, con el agregado que, en perspectiva, no es de esperar un gran crecimiento de la organización, en general por el poco consenso social que goza la forma partidaria y por la crisis de la militancia política (aquí y en todo el mundo) que lleva a canalizar energías individuales en otro tipo de manifestaciones colectivas.

Ello puede ser visto como un problema insoluble. Sin embargo, el problema podría transformarse en solución si se lograra hacer de la confede-

ración una fuerza lo suficientemente flexible para incorporar referentes externos al mundo partidario propio y encarnar los postulados, valores y propuestas de la fuerza en quienes mejor los representan. Lo cual implicaría la búsqueda de una fórmula que pueda compatibilizar esa forma flexible con la base existente de militantes y dirigentes locales.

Una fuerza flexible (en contraposición a la rigidez característica de los grandes partidos a la hora de abrirse a la participación de externos), ligera (en cuanto no cargada de burocratas y *brokers* clientelistas), de opinión (por que desligada de anclajes dogmáticos) y de gobierno (capaz de superar la cultura de la oposición testimonial), lleva, sin embargo, dos riesgos implícitos: la forma movimiento y la volatilidad ideológica.

En el primer caso, el Frente Grande es una cabal demostración de la dificultad de superar el estadión personalista y de movimiento y de la incapacidad de institucionalizar sus prácticas y procedimientos internos. Trasladar tal escena a la alianza PREPASO es aun más conflictivo puesto que requeriría una extraordinaria centralización política en un liderazgo. La memoria acerca de la ruptura de Bordón debería hacer meditar sobre los efectos centrífugos que el movimiento puede tener en situaciones de fluidez política.

El recurso a las primarias abiertas es una posibilidad atendible para enfrentar el conflicto latente entre la estructura territorial existente y la inclinación a constituir una fuerza flexible. Es, además, un paso hacia la institucionalización de procedimientos regulares de selección de candidaturas y de elección de autoridades de las fuerzas que componen la alianza. Es decir, que, como PREPASO, es posible en forma transversal a las fuerzas que lo integran la conformación de listas, atendiendo a la necesidad de institucionalización por un lado, y por el otro a la incorporación de referentes externos.

El riesgo de la volatilidad, implícito en la incorporación "flexi-

ble" de figuras populares y en la adaptación cambiante a los humores del público que conllevaría la fuerza de "opinión", es sin duda una amenaza que el partido rígido no debería sufrir. Si bien esto último es debatible a la luz de lo ocurrido en grandes fuerzas políticas de Argentina y de otros países, se puede igualmente sostener que en el largo plazo -como no puede ser otro el período necesario para la consolidación de una fuerza política- la generación de una producción discursiva en torno a los valores que dieron entidad y reconocimiento público al Frente, la institucionalización a través de procedimientos de internas abiertas, la participación de los referentes externos en listas junto a los dirigentes locales y la constitución de un polo de referencia político-programático en sus legisladores nacionales y locales, bien puede alejar el escenario apocalíptico de quienes creen fatalmente que el PREPASO no sería otra cosa que una suerte de "berlusconismo" nacional (tan mediático y personalista como el italiano aunque sin recursos económicos). Lo externo al ámbito partidario, si es incorporado en formas institucionales de acción política y la opinión que renueva y rediscute permanentemente

mente todos los dogmas de la política argentina, representan los matices que constituyen la política, alejada de posiciones que definen sin medios términos lo que es positivo y lo que es negativo, y que pueden dinamizar esta democracia de fin de siglo.

3. Cuando se hace aquí hincapié en la importancia de instalar a los bloques parlamentarios como polo de referencia propulsivo político-programático, se quiere fundamentalmente afirmar la importancia como referentes de aquellos dirigentes que están en una condición de exposición pública relevante y de directa participación en la formulación legislativa de políticas. La experiencia del viejo Grupo de los Ocho es, sin duda, un ejemplo de lo que se puede hacer contando con pocos legisladores constituidos como centros de atención política y de generación de liderazgos. Diputados, senadores, concejales, pueden constituirse en ejes de producción de discurso simbólico, de acciones políticas innovativas y de acercamiento del Parlamento a la sociedad. Pueden ser la base de nuevos liderazgos -tienen el marco de oportunidades públicas, mediáticas o no, que les brinda su condición de representantes- y de propulsores de movimientos de opinión y de la construcción misma de la fuerza a niveles locales atendiendo a los requerimientos de flexibilidad y opinión.

Pero también, la relevancia de los parlamentarios aparece a la hora de generar los fundamentos de una fuerza con cultura de gobierno. Es cierto que el PREPASO no cuenta con gobiernos locales propios, salvo el caso de Rosario, desde donde mostrar si efectivamente sabe gestionar de manera nueva, como sugiere en sus principios constitutivos. Pero debe partir de ese dato y no tomarlo como insalvable. Si bien la actividad legislativa se ha depreciado en Argentina por el decisionismo imperante, ello no implica, sin embargo, que el Frente no deba hacer de necesidad virtud y formar a sus parlamentarios para enfrentar los grandes temas del debate nacional y a partir de allí crear condi-

ciones de aportar cuadros que participen en el futuro en gobiernos propios o de coalición. En los organismos deliberativos también se producen políticas públicas, aunque aparezcan ciertamente desdibujadas. Desde el ámbito deliberativo se inicia el conocimiento del complejo mundo de la gestión y del control de ésta. La improvisación, es bueno recordarlo, amenaza aun las mejores intenciones reformadoras.

Este razonamiento implica colocar a los bloques parlamentarios en un lugar central en la política de la alianza. Estos deberían estar en permanente relación con los equipos de gobierno en la sombra. La combinación de legisladores y gabinete sombra es una fórmula que otras fuerzas de opinión han ejercitado en distintos países. Un partido que reconoce un lugar prominente a sus parlamentarios necesita una estructura de equipos político-técnicos en condiciones de especializar a los legisladores y de darles cohesión, para establecer al mismo tiempo anillos de conjunción con la débil estructura organizativa del partido, arimándose a todos los rincones del país para suplir las deficiencias de la organización territorial y al mismo tiempo contener las instancias más conservadoras que provienen de ella.

La fuerza propulsiva del Frente podría agotarse si dejara de producir ideas y de abrirse a nuevas figuras. De la misma forma renunciar a la vía de reconocer un espacio relevante en las definiciones políticas de la fuerza y de conformación de dirigencia política, a sus parlamentarios, contribuiría al estancamiento de la alianza y a su encierro en el toma y daca de las fuerzas que la componen. Hay ejemplos relevantes de partidos de opinión en el mundo, con gran capacidad de incidencia a la hora de definir políticas aun cuando su estructura organizativa es relativamente débil. Son los que cuentan con importantes líderes y dirigentes reconocidos por su autoridad simbólica o profesional. En todos estos casos los legisladores cumplen un papel central a la hora de ser referenciados por aquella parte de la sociedad que busca expresarse en los valores por éstos sostenidos. ■

Se necesitan fuerza y opinión para una fuerza de opinión

El 1° de julio, un día después de la elección porteña, Franco Castiglioni publicó en *Página/12* un artículo, que amplía en este número de *LCF*, donde propone al Frente Grande avanzar hacia una fuerza de opinión. Sobre esa base, el presente comentario analiza los problemas que deberá atravesar la fuerza que lidera Carlos Chacho Alvarez para darse una forma como la sugiero.

Ernesto Semán

La crisis del "partido tradicional" es algo que, en teoría, debería beneficiar a una fuerza emergente como el Frente Grande, que además de ser reciente se postula a sí misma como exponente de una nueva política. Franco Castiglioni mencionó

la necesidad de una "fuerza de opinión" para esta nueva alianza, y el modelo que describió es bien visto por la mayoría de los dirigentes del FG, aun cuando compita con otros. ¿Pero cuál es esa nueva forma de partido que podría adivinarse en el FG? Los problemas que debe superar la alianza progresista para avanzar hacia una fuerza como la que describe Castiglioni son tantos, y sus presupuestos tan escasos, que resulta un esfuerzo imaginar la forma de esa agrupación en la Argentina.

La fuerza de opinión es una herramienta a la que ya han echado mano los partidos en Europa para afrontar los problemas derivados del cambio en las expectativas de la sociedad moderna, la burocratización de la política ejercida a través de los partidos, el estallido de demandas diversas y el cambio de la estructura social que se conformó paralelamente a la política de posguerra. La fuerza de opinión es, en ese sentido, un recurso para la subsistencia de la política, una reconversión necesaria



para poder seguir compitiendo por el control del Estado. No es, por sí misma, la condición que da forma a una fuerza transformadora, que se proponga no sólo el poder político, sino también modificar el *status quo*.

Se dice que esta fuerza de opinión debería tener obligadamente como punto de referencia a sus bloques parlamentarios. Pero en la Argentina, los legisladores tienen cada vez menos protagonismo en la gestión del Estado. No es casual que el mejor ejemplo sea el sistema de Inglaterra -donde la Cámara de los Comunes es el centro de decisión de las políticas públicas-, y donde los bloques *wighs* y *tories* son referentes indiscutidos de los partidos Laborista y conservador. ¿Qué importancia tiene en Argentina la opinión de los diputados sobre qué hacer con las asignaciones familiares -un tema que en cualquier país es motivo de un extenso debate público- si pueden ser eliminadas de un plumazo con un decreto impulsado por el Ministerio de Economía? La renuncia a dar un combate serio por la jefatura de gobierno portorío deja la sensación de una cierta liviandad en la cúpula del FREPASO para evaluar la elemental importancia

que tiene en la política argentina ejercer el gobierno.

El presidencialismo no sólo no se ha atenuado con la nueva Constitución, sino que, además, el reclamo de un Poder Legislativo fuerte y protagónico se diluye cada vez más. Proponer la reducción de la legislatura porteña de 60 a 40 miembros -con el argumento de ahorrar fondos, no para ganar en eficiencia o mejorar la representación-, como lo hizo el FREPASO durante la campaña para la elección del 30 de junio, no se corresponde con una fuerza preocupada por fortalecer el poder y los recursos de los legisladores. Es, al contrario, el reflejo de los "movimientos espasmódicos que día a día se constituyen en torno de problemas puntuales" más que de los "valores de progreso colectivo", para utilizar, en otro sentido, las palabras de Castiglioni.

Por otra parte, para que la "opinión" de una fuerza de opinión tenga peso se requiere, recuerda Castiglioni, "cuadros altamente capacitados para llevar adelante sus políticas" y "una estructura de profesionales en condiciones de especializar a los legisladores". Estos centros de producción de opinión ya existen. La Fundación Me-

diterránea como *think tank* que pilotó Domingo Cavallo o el Centro de Estudios para el Cambio Estructural (CECE) que orienta Jesús Rodríguez, son ejemplos de distintas formas de producción de insumos y recursos técnicos para la acción política.

La distancia que separa a estos ámbitos del Centro de Estudios Programáticos (CEP) de Carlos Chacho Álvarez no sólo habla de los distintos grados de desarrollo. Está claro que para sostener estos productores de ideas es necesaria, antes que nada, una masa de recursos económicos que sólo pueden estar disponibles en las empresas o en el sector público. De nuevo, el desdén para disputar el gobierno portorío fue una renuncia anticipada del FREPASO a una masa de recursos económicos que -se entiende, en su utilización más prístina-, son vitales para su desarrollo político.

Por último, la fuerza de opinión debería incluir entre sus candidatos a personalidades de prestigio social. Estas, en el FREPASO, no afrontarían los problemas de inserción que tuvieron Barrington Moore o Carlos Reutemann en el justicialismo. Como categoría, sin embargo, parece demasiado amplia: abarca desde Graciela Fernández Meijide, surgida de la lucha por la defensa de los derechos humanos, hasta el ex comisario Luis Patti, acusado de tortura y abanderado de un extendido reclamo de seguridad, pasando por Irene Sáez, la ex Miss Universo que se colocó como una de las favoritas para suceder a Rafael Caldera en la presidencia de Venezuela, después de una gestión que todos califican como prolija en la coqueta intendencia de Chacao, Caracas. ¿Quién sería, dentro de esta oferta, el candidato que encarna mejor el espíritu de esta fuerza de opinión?

Sea como fuerza de opinión o como partido de cuadros o con la variante que pudiera surgir, el FG tiene urgencia por dejar atrás la volatilidad y la sensación de precariedad que trasunta como fuerza, que sin duda influye a la hora de decidir quién gobernará los destinos colectivos, más aun si se trata de confiarles la transformación del actual estado de cosas. ■

A veinte años del golpe. Con memoria democrática

Con motivo del vigésimo aniversario del golpe de Estado del 24 de marzo, El Club de Cultura Socialista José Aricó organizó una

reunión con exposiciones de Ricardo Sidicaro y Hugo Quiroga, que aquí transcribimos, como forma de adhesión de LCF a ese acto.

Fracasos y éxitos del "proceso"

Ricardo Sidicaro

Tener objetividad en el análisis del autodenominado Proceso de Reorganización Nacionales, por cierto, difícil. La cercanía en el tiempo, no en sentido del tiempo empírico del calendario, sino en el de las marcas del "proceso" en el presente, introduce una gran dificultad para su estudio. Todavía somos contemporáneos del "proceso" y seguramente pasarán muchos años antes de que ese objeto de reflexión se enfríe y se vuelva más fácilmente analizable. Mi propia experiencia de investigador me revela las dificultades para entrevistar a quienes ejercieron posiciones de poder en esa época y aun para recomponer mínimamente las imágenes de vida cotidiana de mucha gente parecida a nosotros muy directamente afectada por la dictadura. Diría que existe una laguna socialmente aceptada de los años del "proceso" y casi un acuerdo que perjudica la investigación y desalienta a abordar ese período.

Como en otros temas, cuando pensé la dictadura militar adopté una estrategia analítica de carácter estado-céntrica. Con esa perspectiva elaboré el artículo del libro *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, compilado por Hugo Quiroga y César Teach, editado por Homo Sapiens Ediciones, al que voy a referirme esta noche. A veces se consigue resumir en un título la idea central de un trabajo y creo haberlo logrado en este caso. "El proceso: refundación frustrada y contrarrevolución exitosa". Esa es una manera telegráfica de poner en relación los dos componentes del análisis

de la dictadura, en los que me interesa centrar esta breve exposición.

Los primeros documentos emitidos por el gobierno militar, los discursos de Videla y de los altos funcionarios que lo acompañaban, así como el Proyecto Nacional elaborado por el Ministerio de Planeamiento dirigido por el general Díaz Bessone constituyen un *corpus* de singular valor para preguntarnos sobre los objetivos del "proceso". Esos textos del primer período de la dictadura pueden interpretarse como una seria propuesta de realizar una "revolución desde arriba". En la conceptualización que acuñó Barrington Moore para estudiar algunas propuestas de cambio político y social mucho más significativas desde el punto de vista de su trascendencia

histórica que esta que me ocupa, la idea de "revolución desde arriba" remite a proyectos de transformaciones societarias dirigidos desde los aparatos estatales por burocracias militares y políticas, que buscaban cambiar los modos de funcionamiento de la sociedad y del Estado de sus respectivos países. Esos actores estatales podían tener vínculos con determinados sectores sociales que ocupaban posiciones de pre-

dominio en las jerarquías de distribución del honor social o del poder económico, pero no eran en sentido estricto servidores de esos intereses. La defensa de visiones tradicionales de lo social se combinaba en esas experiencias con la realización de cambios profundos que afectaban el modo de actuar de los sectores sociales que podían dar apoyo al inicio de esos procesos de cambio. Se trató de vías autoritarias de modernización conservadora en los que el ingrediente represivo era un factor clave, la orientación favorable a los valores tradicionales era importante aun cuando el objetivo modernizador de la sociedad y del Estado fue lo que acordó el sentido central a la experiencia. Los ejemplos notables estudiados por Barrington Moore fueron el de Alemania y el de Japón. Lo que se quería era dar a luz nuevos clases dirigentes y nuevos aparatos



estatales, realizando una modernización que los propios beneficiarios directos no estaban en condiciones de llevar adelante por sí mismos y allí los sustituía un Estado capaz de hacerse cargo de la dirección del cambio.

Si se leen los primeros documentos del "proceso" desde esta óptica, sorprende la claridad meridiana con la que los militares anunciaban su "revolución desde arriba". La dupla Videla-Martínez de Hoz postulaba el cambio desde una perspectiva liberal, pero esto no debe ocultar que en el motor de la acción se encontraba la acción estatal. El Ministerio de Planeamiento no tenía una propuesta económica liberal e impulsaba el protagonismo directo del Estado para cambiar la sociedad, el sistema político y el Estado. Ninguna de esas dos formulaciones se revelaba satisfactoria con los empresarios existentes que daban su apoyo a la dictadura. Sin eufemismos, Martínez de Hoz repitió en muchísimas oportunidades la idea de la necesidad de un "cambio de mentalidad" de los sectores económicamente más poderosos.

En sus diagnósticos de la situación, los hombres de la dictadura se referían a la larga crisis del Estado y a su crónica falta de idoneidad técnica en sus intervenciones. El deterioro de la autoridad estatal frente a la sociedad era visto por los jefes de la dictadura como una de las causas de las recurrentes crisis que, a su modo de ver, provocaban el desplazamiento de los gobiernos civiles por los aparatos castrenses. La pérdida de autoridad del Estado se adjudicaba en esos razonamientos a la demagogia y el populismo de los políticos y de los principales partidos. Naturalmente en esos diagnósticos no se consideraba a la politización militar como otra manifestación de la crisis del Estado. El hecho de que una parte de la burocracia estatal asaltara periódicamente el poder era justificado por la supuesta impericia de los desplazados. La perspectiva del "analista" castrense adolecía, como sucede habitualmente con los actores, de la capacidad de objetivación del propio rol. No se equivocaba al referirse a la crisis de

autoridad del Estado frente a la sociedad ni, tampoco, cuando aludía a la ineficiencia de la acción de los aparatos estatales. Lo que los militares no podían hacer era pensarse a sí mismos como parte de ese Estado en crisis. Para decirlo en forma breve: los golpes de Estado y la politización militar eran una manifestación, y no la menor, de la crisis del Estado. Esa crisis estaba incorporada en las formas de actuar de los propios militares que, renglón seguido de su diagnóstico global parcializado, proclamaban paradójicamente la necesidad de hacer una "revolución desde arriba" o una transformación profunda de la dinámica de la sociedad argentina desde el Estado.

¿Pero cómo se podía hacer una "revolución desde arriba" dada la crisis del Estado? ¿Cómo refundar la sociedad, la cultura y la política desde un Estado cuya autoridad ante los distintos sectores sociales se encontraba fuertemente deteriorada? ¿Cómo aquellos jefes militares que en marzo de 1976 se dividieron el control de las instancias estatales como si fuera una pizza cortada en tres porciones supuestamente iguales, para sacar con ello privilegios y beneficios equitativos para sus miembros, iban a realizar una "revolución desde arriba"? Los militares que habían interiorizado la crisis del Estado disolvían con su acción la validez del orden estatal de un modo tal que hacía imposible el éxito del proyecto de "revolución desde arriba" que repetidamente anunciaban. Dicho en otros términos: ¿Cómo hacer una "revolución desde arriba" manejando un Estado cuya crisis profundizaban los mismos militares? La refundación estaba, pues, condenada al fracaso desde el punto de partida.

El uso de la violencia en un grado desconocido quizás actuó como un sustituto parcial de la autoridad. El silencio debió, probablemente, ser tomado como un reconocimiento del poder por los despotas blindados y por sus asesores civiles. Es difícil saber hasta qué punto el proyecto enunciado por el gobierno era entendido y compartido por los mandos militares. Pero lo notorio es que si bien se había anun-

ciado que la acción del gobierno tomaría distancia de los intereses sectoriales para reordenar la sociedad y la economía, esto no sucedió. La lógica del comportamiento empresario, la famosa "mentalidad", no reveló signos de cambios. Por el contrario, los millones de dólares fugados y depositados en bancos en el exterior en esos años nos muestran que la burguesía no cambiaba y que tampoco le tenía confianza al gobierno autoritario. Si el capital es una relación social, su fuga expresó el "exilio" de la burguesía que hizo, sin duda, buenos beneficios pero que desconfiando del supuesto orden militar prefirió refugiarse al amparo de la política de otros sistemas financieros, regidos por Estados más confiables y previsibles. La fuga de riqueza que se registró en esa época puede pensarse como un acto de exilio de sus propietarios, en tanto potenciales agentes capitalistas, aun cuando siguieron viviendo en la Argentina. Tampoco surgió el partido político que debía dar continuidad al "proceso". Existió una complicidad de una parte de la dirigencia tradicional de los partidos con la dictadura en un primer momento, pero que se convirtió en crítica a medida que se hundía la experiencia militar. Los "nuevos intelectuales" de la dictadura brillaron por su ausencia. Hubo quienes cobraron sueldos asesorando en las trastiendas del poder y también algún Heidegger de trocha angosta que trató sin éxito de justificar la dictadura en organismos internacionales dedicados a la cultura, revelando en su conjunto que no podían dar a luz ninguna elaboración teórica medianamente estructurada para legitimar la barbarie reinante.

No aparecieron nuevos empresarios con la renovada mentalidad, no surgió el partido "cría" del "proceso", no produjo la nueva cultura. Todas las metas del "proceso" fracasaron en esos ámbitos en los que se había buscado la gran refundación. A comienzos de la década del 80 recuerdo haber publicado en Francia un artículo en el que ironizaba sobre la soledad de los responsables de la dictadura que oteaban el horizonte como el teniente Dogo

en *El desierto de los tártaros* y en la certeza de su fracaso descubrieron que su salida era hacer una "fuga hacia adelante" y tomaron las Malvinas. En ese entonces ya todo estaba terminado, en lo que se refiere al proyecto político ambicioso que habían anunciado en la primera época del experimento autoritario.

Pero si bien no pudo realizarse la "revolución desde arriba" por las condiciones de crisis estatal, sin embargo, esa misma situación de crisis del Estado fue un factor clave para el logro de la contrarrevolución política, social y cultural que se llevó a cabo en esos años. El proyecto de reorganización que trajo en su período inicial el régimen militar suponía suprimir la protesta social y disciplinar a los sectores que cuestionaban el orden en la época en que se instauró la dictadura. Esa era una tarea importante pero secundaria en el proyecto de 1976. Lo central era la refundación de la dinámica de la sociedad y del Estado. Ahora bien, si la crisis del Estado impedía llevar adelante una "revolución desde arriba", exitosa, esa crisis fue la que permitió que el Estado reprimerá como lo hubiese hecho una banda organizada en la sociedad civil, sin ajustarse a ningún principio legal, usando el monopolio de los medios estatales de violencia de una manera ilegítima y disolviendo con su propia acción la base sobre la que se asientan los criterios con los que se define el tipo occidental de Estado. El terrorismo de Estado fue eficaz para eliminar física y/o moralmente a muchos de los que habían participado hasta mediados de los 70 de los grandes movimientos políticos y sociales que marcaron esos años. El terror como mecanismo de atomización social tuvo una eficacia extraordinaria para desorganizar de manera profunda y duradera las protestas sociales y la contestación cultural. Ese "éxito", digamoslo así, no hubiese podido seguramente ser alcanzado por un Estado como el de la época de Onganía, que no presentaba iguales signos de disolución. La desaparición de personas es el equivalente de la disolución (desaparición) del Estado. La crisis de este

último al tocar un punto extremo, suprimió de hecho los vínculos jurídicos que aseguran la existencia legal de los individuos y así alcanzó su apogeo el imperio de la represión clandestina que, en sentido estricto, había comenzado antes del 76 pero se profundizó con el saldo cualitativo en materia de crisis estatal que se registró al asumir Videla y sus secuaces.

En contra de una interpretación equivocada, parece importante destacar que la meta principal del "proceso" en su aspecto represivo no consistía en "aniquilar" a las organizaciones guerrilleras -a comienzos de 1976 muy debilitadas y diezmadas-, sino en reprimir y destruir los movimientos sociales y a las distintas formas de expresión políticas, sindicales, culturales, estudiantiles, barriales, regionales, etc., que habían surgido desde fines de la década del 60 y que alcanzaron su mayor desarrollo en 1973-74. Respecto de la guerrilla, viene al caso citar unos artículos del general Díaz Bessone de los años 1981 y 1982, publicados en *Futurable*, revista de la Fundación Argentina. Año 2000, N°12 y N°13: "Frecuentemente se ha dicho que el mayor éxito del Proceso de Reorganización Nacional fue la derrota de la subversión y del terrorismo. Estimo que tal afirmación confunde lo que fue una acción militar llevada a cabo por todos los integrantes de las tres fuerzas, cuadros y tropa, de lo que fue y es el 'Proceso'. La guerra contra la subversión fue una acción netamente militar, que se desarrolló bajo diferentes gobiernos" (*Futurable* N°12, p.8).

"El motivo del derrocamiento del gobierno peronista en marzo de 1976, no fue la lucha contra la subversión [...] Nada

impedía eliminar a la subversión bajo un gobierno constitucional [...] La justificación de la toma del poder por las Fuerzas Armadas fue clausurar un ciclo histórico" (*Futurable* N°13, p.8).

Así, como nos lo narra uno de sus principales gestores, la dictadura fue exitosa en su meta más fácil. Es cierto, sin embargo, que los propios militares una vez fracasado su proyecto mayor se dedicaron a tratar de creer y hacer creer que habían llevado al gobierno en 1976 para impedir que la guerrilla tomara el poder. Pero basta analizar las listas de desaparecidos para ver que la violencia del Estado terrorista se dirigió fundamentalmente contra la protesta social y no se limitó a luchar contra las organizaciones armadas. La contrarrevolución exitosa favoreció los intereses de los aliados civiles del "proceso", los mismos que se hicieron los desentendidos cuando llegó el momento de juzgar a los responsables del genocidio.

Afirmaba al principio que en este tema es difícil la objetividad, ya que los mecanismos atores del "proceso", la clave de su contrarrevolución exitosa, se llevaron a muchos que eran los mejores de nosotros y, por qué no decirlo, probablemente, lo mejor de nosotros.



Consecuencias de un pacto postergado

Hugo Quiroga

Me parece que uno de los temas fundamentales para el debate en torno a la dictadura militar, encontrándonos a una distancia suficiente como para que la palabra nos ofrezca una lectura más integradora de los acontecimientos, es el tema de los derechos humanos. En lo que sigue trataré de presentar un resumen del artículo que he incluido en el libro que estamos presentando. El problema de la violación de los derechos humanos plantea en el espacio de la naciente democracia una **pregunta decisiva** sobre el legado del orden: ¿Será capaz la democracia de juzgar a la dictadura? ¿Será posible un nuevo Nuremberg?

Frente a esa pregunta se levantan dos escenarios. Por un lado, la solución inicial propuesta por el gobierno de Alfonsín se sitúa entre el legítimo reclamo de justicia y la necesaria preservación del sistema democrático. Los que diseñaron la estrategia gubernamental se preguntaban: ¿cómo juzgar a **toda una institución** que, además de disponer del monopolio de la fuerza, ha sido durante cincuenta años el actor principal de la política argentina? La respuesta perseguía una doble finalidad: procurar que la "limpieza" moralizante previniese que el interior de las propias fuerzas y que no recayese sobre el conjunto del personal militar.

Paralelamente, en medio de la euforia democrática y con el apoyo de la mayoría de la sociedad al juzgamiento de los ex comandantes, se levantó otro escenario menos transigente, liderado por las organizaciones de los derechos humanos y sectores políticos activos, que dejaba abierto agudo interrogante: ¿es posible la **reconciliación** sin la voz reparadora de la justicia, sin el castigo de todos los responsables de los hechos aberrantes? ¿la inestable historia política del país no ha enseñado acaso que no se defiende las instituciones democráticas concediendo poder o privilegios a los representantes del orden autoritario?

El grave problema de los derechos

humanos quedó, entonces, encerrado en la exasperante tensión entre justicia y política, quedó emplazado en el campo de tensiones entre el **realismo político** y la **aspiración de justicia**.

Con el advenimiento de la democracia el horizonte deseado (el anhelo de justicia) parecía concretarse: el crimen acabaría recibiendo su castigo. El intento frustrado, luego del juzgamiento a las juntas militares, no hace más que confirmar que a problemas de tal nivel de gravedad corresponden soluciones complejas. ¿Había acaso otro camino que el indulto y las leyes de punto final y obediencia debida? Es difícil saberlo. Tal vez, por primera vez, se hubiera podido intentar un camino inverso. ¿Fragilidad de la naciente democracia?, ¿el castigo improbable ponía en juego el destino de la democracia? La lectura que propongo para **reconsiderar** el tema de los derechos humanos es en clave de **pacto postergado**, expresión de la lógica del realismo político. La hipótesis de pacto postergado, de un pacto diferido en el tiempo, que no crea una situación clausurada sino más bien suspendida, puede explicar los sacudones militares en tiempo de la democracia que derivaría tanto en las leyes de punto final y obediencia debida como en el indulto presidencial de Menem.

1. La razón militar

¿Cuál fue la **posición de las Fuerzas Armadas** en el tema de los derechos humanos? Sin duda, fue una posición unívoca -aunque reconocera matices- desde el inicio de la "guerra sucia" hasta la autocrítica del general Martel Balza del mes de abril de 1995. Según esa visión hubo una guerra no convencional, que no fue provocada, si enfrentada con decisión y ganada por las Fuerzas Armadas, al responder a la convocatoria efectuada en 1975 por el último gobierno constitucional. ¿Cómo eludir una responsabilidad semejante cuando está en juego la integridad del Estado nacional? Esta es la **razón militar** que no admite ni reconoce discrepancias internas, aun-

que esta no sea la "razón del golpe".

Plenamente convencido de la razón militar, el general Viola define en 1980 el **principio de no revisión** llamado a convertirse en el eje de cohesión de las Fuerzas Armadas y sobre el que no se admitirán discrepancias. Decía Viola: "Condición fundamental de ello es que las Fuerzas Armadas **no admitirán la revisión de lo actuado** contra el terrorismo. Para nuestro concepto ético, permitir que se enjuicie a quienes con honor y sacrificio han combatido para devolver la paz a los argentinos constituiría una **traición y un agravio a la memoria** de cuantos han caído víctimas de la acción terrorista".

Luego de la derrota de Malvinas queda abierto el proceso de transición democrática. Los militares persiguen, en vano, imponer una **salida concertada**, que regule el proceso de disolución del orden autoritario. Poco antes de las elecciones de octubre de 1983, y cuando la transferencia del poder era inevitable, la Junta Militar pretende eludir las responsabilidades penales. Por un lado, sanciona la **ley de autoamnistía o de pacificación nacional** y, por otro lado, da a conocer un **documento final** que cierra livianamente un capítulo tan doloroso. Coherentes con los derechos de los vencedores, las Fuerzas Armadas no aceptan dar explicaciones sobre lo ocurrido en la guerra sucia. Con estos instrumentos, se piensa que la **sentencia de impunidad** ha sido dictada bajo el poder de la dictadura. Ante el fracaso (la ley de autoamnistía fue derogada en la primera sesión del parlamento), la búsqueda de impunidad continuará más tarde en la democracia.

2. La definición de los niveles de responsabilidad

La decisión de juzgar a las Juntas Militares -de enorme repercusión- encierra un claro significado: iniciar la ruptura con el pasado autoritario que exigía el privilegio de la impunidad. La estrategia de Alfonsín descansa básicamente en los siguientes puntos: 1) se prevé la **jurisdicción militar** como instancia competente, dejando abierta la **sede civil** como instancia de apela-

ción; 2) se reforma el Código de Justicia Militar y se establecen tres niveles de responsabilidad; 3) se crea la CONADEP por decreto presidencial.

Como es sabido, la estrategia gubernamental se desmorona aceleradamente ante la falta de disposición del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas de juzgar a sus pares, así como por la decidida actitud de la justicia civil de querer juzgar y condenar a todos los responsables de la represión ilegal, posición que no satisface las expectativas del Poder Ejecutivo, que pretendía deslindar las responsabilidades de los imputados a través de los fallos de la Cámara Federal, de acuerdo con los tres niveles de sentencia previamente establecidos. En este sentido, tanto la sentencia de la Cámara Federal como el pronunciamiento de la Corte Suprema al establecer la existencia de un **plan criminal** de los comandantes **cierran las posibilidades de encontrar por vía judicial** una salida para la delimitación de los grados de responsabilidad de los imputados. Al gobierno sólo le queda la **vía legislativa**: es lo que hará después con la ley de obediencia debida.

Un estado de sospecha se extiende en la sociedad sobre la institución militar, que el discurso oficial no puede aplacar con el argumento de la individualidad de los juicios. Las dudas a disipar no eran pocas: ¿no había que esperar acaso una reacción violenta de las Fuerzas Armadas o de un sector de ellas? Las rebeliones de Semana Santa, Monte Caseros y Villa Martelli reactilizan con fuerte presión bélica la situación aún no resuelta: la **irresponsabilidad penal por lo actuado**.

3. El indulto presidencial

La solución demorada del radicalismo con las leyes de punto final y obediencia debida tampoco fue capaz de satisfacer la demanda de los carapintados, pues se produce un cuarto levantamiento bajo la presidencia de Menem, el 3 de diciembre de 1990. Las cuatro insurrecciones dejaban la sensación de un conflicto no resuelto definitivamente. Cuando aún resonaban los ecos de este alzamiento fueron

liberados los ex comandantes beneficiados por el indulto del 29 de diciembre de 1990. Un triunfo, por cierto, del viejo régimen autoritario. La sentencia de impunidad finalmente fue dictada dentro del orden democrático. El pacto de impunidad, no cabe duda, fue conquistado por la presión de la espada: la **democracia había perdido su batalla librada desde el campo de la justicia**. Con la medida presidencial se infiere una afrenta a las víctimas, a los familiares y a la sociedad, la que se siente **representada** por el Poder Judicial y por la CONADEP en la tarea de **reconstruir la verdad**. Al mismo tiempo, aunque resulte paradójico, se obtiene una victoria: el juzgamiento y condena a las Juntas Militares, ello se convierte en un límite para las Fuerzas Armadas de lo que es capaz de hacer una sociedad a través de su justicia, de organismos como la CONADEP y de los organismos de los derechos humanos.

El debate siempre abierto de los derechos humanos toma un **nuevo camino** cuando se le da entrada en 1995 al testimonio directo de los ex represores y de los actuales jefes militares. Así, 1995 será recordado como el **año de la autocrítica de las Fuerzas Armadas**.

En la larga ronda de autocríticas, cuyo contenido y modalidades varían con el emisor, los protagonistas tanto de las Fuerzas Armadas y de seguridad, como de las filas guerrilleras (Firmenich, Gorriarán, Kremer) fueron arrastrados por el impulso inicial y personal del general Martel Balza. La Iglesia Católica, en cambio, se paraliza por sus diferencias y no puede sacar a luz su declarada voluntad de revisar las conductas del pasado.

La autocrítica del general Balza, del 25 de abril es la que rompe con un silencio hermético de años de protección de los crímenes. Es una señal del posible cambio histórico en la relación con la sociedad. La palabra de Balza pone el acento en el **reconocimiento del crimen**, en un momento, claro está, que sólo cabe la condena moral, pero que sin embargo produce un giro en el tratamiento de los derechos humanos al romper con las posiciones tradicionales de las Fuerzas Armadas.

4. El triunfo del realismo político

Con el indulto, al final de las cuatro insurrecciones, queda definitivamente sellado el **pacto postergado**: la impunidad frente a la violación de los derechos humanos. El **frustrado pacto de la transición**, se desplaza en el tiempo, para reaparecer -con el único punto detrás del cual todos los militares cierran filas- en el momento en que la democracia decide **revisar el pasado**; en el mismo momento en que ella transgrede el límite tolerable de avance. En esa situación emerge el sostén del reclamo de impunidad: la **lealtad corporativa**. En consecuencia, esta lealtad, que se enhebra en torno a la demanda de impunidad, ya no tiene razón de ser luego del indulto. A partir de aquí, sobre la base de la impunidad, todos los cambios son posibles y explicable: confesiones, nuevas interpretaciones, incluido el discurso de Balza.

La concreción del pacto postergado es el triunfo del realismo político sobre las demandas éticas y de justicia de la sociedad. La **verdad de la justicia no coincide con la verdad de la política**. La razón de esas medidas, de los **actos de Realpolitik**, deben hallarse en el nervio central del discurso del realismo político: **el temor a la regresión autoritaria frente al exceso de lo imposible**. El castigo era tan **improbable como ineludible**. ¿Cómo salir de este atolladero? Ese fue el dilema de la naciente democracia.

Y la pregunta final, si el castigo ya no es posible y si el crimen ha sido reconocido, ¿qué le queda al movimiento de los derechos humanos? Tal vez, la reconstrucción de la lista de los desaparecidos (porque no es verdad que ella sea -como considera Balza- una cuestión de "conciencia individual") es también -y primordialmente- una tarea de todas las instituciones estatales. Otro desafío podría ser la construcción de un **lugar que simbolice** el entierro de las personas desaparecidas, que permita a sus familiares y amigos elaborar el duelo y rendir el homenaje debido. Al recordar la tragedia, en un espacio cargado de simbolismo, se mantiene viva la memoria colectiva que puede evitar nuevas atrocidades. ■

El "vaciamiento institucional" y sus consecuencias

En materia de instituciones, como ocurre en materia económica, no es posible comenzar de nuevo cada día, como si los cambios introducidos en un cierto momento pudieran retrotraerse o reorientarse poco después. En muchas ocasiones, tales cambios resultan básicamente irreversibles, o traen aparejadas consecuencias muy difíciles de confrontar.

Roberto Gargarella

Motivado por esta preocupación, en lo que sigue intentaré explorar de qué modo nuestro devenir institucional puede resultar afectado por las (graves) medidas adoptadas en estos últimos años y por las (igualmente graves) omisiones en que se incurrió.

Ahora bien, como existen muchos ángulos posibles desde donde analizar estos cambios, voy a escoger uno en particular, que me resulta especialmente relevante: examinaré estas innovaciones en relación con la posibilidad de tomar decisiones políticas justas, esto es (y con todas las dificultades que pueda haber para definir estos términos), decisiones imparciales, que traten con debida consideración los reclamos de cada uno de nosotros. Al respecto, la intuición que guía a este trabajo es la siguiente: de un tiempo a esta parte, se han socavado las condiciones más favorables a tal deseada imparcialidad. No sólo - como parece evidente - a partir de una paulatina desvirtuación de los procedimientos constitucionales establecidos de toma de decisiones sino, además, a partir del deterioro de las instituciones disintitivas de nuestra organización social.

En mi opinión, y según diré, el escenario que resulta de esta reciente evolución muestra (lo que podría llamarse) una situación de "vaciamiento institucional". En ese sentido, afirmaré que el "vacío institucional" que enfrentamos es tan propicio a alentar decisiones arbitrarias, como a generar demandas irrazonables -en tanto basadas en informaciones erróneas-, o, aun, a dificultar la formulación de demandas legítimas.

El presente gobierno tiene una parte importante de responsabilidad frente a lo que hoy ocurre. Por ello mismo, se hace acreedor de mercedas objeciones que no siempre recibe. De todos modos, el objetivo de mi trabajo no será tanto el de remarcar las evidentes responsabilidades del gobierno en la conformación de esta situación de "vacío institucional", como el de llamar la atención sobre tal situación y mostrar sus posibles implicaciones.

La historia que todos conocemos: abusos del Poder Ejecutivo sobre los otros poderes

Antes de analizar las posibles consecuencias del actual contexto institucional quisiera, simplemente, hacer referencia a ello y al modo en que tal contexto ha sido afectado por la administración menemista. Muchas de estas referencias son obvias. Por un lado, el gobierno decidió, al poco tiempo de llegar al poder (y a través de la ley 23.774), un aumento en el número de los miembros de la Corte: de cinco a nueve. Sumado ello a las renuncias de los jueces Caballero y Bacqué, el gobierno pudo nombrar a seis de los nueve jueces del tribunal, con lo cual se aseguró, desde un inicio, el control de la "última palabra" en materia constitucional. Ello se acompañó con otra serie de medidas, igualmente arbitrarias. Así, por ejem-

plo, con presiones sobre los jueces que no se mostraban amigables con el gobierno como en el caso del procurador general de la nación, Andrés D'Alessio (quien fue llevado a renunciar y reemplazado luego por un funcionario designado sin acuerdo del Congreso), o a través de la remoción directa de aquellos miembros de la justicia que se mostraban severos frente al gobierno, como el ex fiscal general Ricardo Molinas, o mediante el traslado de un puesto a otro, y sin su consentimiento, de los jueces que no actuaban obedientemente frente a las demandas del oficialismo, como en el caso del juez Del Castillo, o a través del bloqueo de cualquier cuestionamiento frente a los abusos cometidos por los jueces "leales" al gobierno, así el caso de la jueza Servini de Cubría, o por medio del nombramiento arbitrario de nuevos jueces "amigos", como en el caso del "camarista" Jorge del Valle Puppo.

Medidas como las mencionadas, vinculadas todas con manipulaciones del gobierno sobre el aparato judicial, resultan enormemente significativas a la hora de evaluar el actual sistema institucional. Por un lado, ellas demuestran el desprecio de la actual administración por los procedimientos jurídicos. Pero por otro lado, tales disposiciones le han servido al gobierno para acelerar y profundizar este mismo proceso de intervención sobre las instituciones que estaba llevando a cabo. Típicamente, a partir de medidas tales como el control de la Corte, el gobierno ha podido ponerle el sello de "legítimas" a posteriores acciones suyas sobre la justicia. Así, por ejemplo, a través de un fallo de la corte en septiembre de 1991 (caso "Molinas"), el gobierno legitimó la arbitraria remoción del fiscal de la nación, y a través de otra decisión del mismo tribunal (en marzo de 1990), el gobierno convirtió en irreproachable la arbitraria remoción del juez Del Castillo.

Mucho más allá de lo dicho, el gobierno utilizó la (ahora claramente favorable) estructura judicial, para legitimar los excesos del Presidente en el uso de sus facultades reglamentarias. De hecho, buena parte de las medidas más fundamentales de esta administración no fueron el producto de (constitucionalmente exigidos) acuerdos intraparlamentarios o de acuerdos entre el parlamento y el Ejecutivo, sino de la mera voluntad del Ejecutivo "certificada" por la justicia. Así, el "plan de Convertibilidad", algunas de las más básicas reformas de la organización del trabajo (como la reglamentación del derecho de huelga), la remoción de funcionarios judiciales y hasta la decisión del envío de tropas al exterior. En mi opinión, el punto más alto en este "trabajar conjunto" de la Justicia y el Poder Ejecutivo aparecieron en casos como "Peralta". Allí, la Justicia no sólo legitimó la práctica menemista de gobernar por decreto -en este caso particular, estaba en juego el decreto de necesidad y urgencia 36/1990, sobre la devolución de depósitos bancarios- sino que además lo hizo a partir de los peores argumentos. Señaló la Corte, entonces, que, problemas de tanta gravedad y urgencia como el que allí se encontraba en juego no podían ser resueltos adecuadamente por cuerpos pluri-personales como el Congreso. Esto es, en unas pocas líneas la Corte puso cabeza abajo los fundamentos mismos del sistema representativo: representantes venidos de todos los puntos cardinales, representantes de distintos partidos políticos y distintas ideologías aparecían relegados, así, a la anodina tarea de acompañar al Presidente o decidir sobre cuestiones menores. Los problemas importantes, quedaba claro, no debían ser discutidos por "semejante multitud" de parlamentarios.

Lo dicho hasta aquí nos habla, entonces, de un Poder Ejecutivo que sobrepasa al Congreso y fagocita a la Justicia. Un Poder Ejecutivo que, en parcial alianza con los otros poderes, teje y desteje medidas de gobierno más allá de la que pueda ser la opinión

de la ciudadanía al respecto. Esta práctica, resulta claro, había quedado inaugurada desde la primera decisión del presidente argentino una vez tomado el poder: desde entonces, el Presidente no encontró dificultades jurídicas ni morales en hacer exactamente lo contrario a lo prometido en la campaña electoral -una práctica que se convirtió (trágicamente) en práctica habitual en Latinoamérica (así, piénsense en casos como los de Víctor Paz Estenssoro y Víctor Paz Zamora, en Bolivia; Fujimori, en Perú; o Collor de Mello, en Brasil).

La historia menos visible: el enfrentamiento con las organizaciones colectivas

Junto con la historia hasta ahora expuesta -una historia más o menos conocida, obvia- se encuentra otra, algo menos evidente aunque tan importante como la anterior, una historia que habla de la resistencia del gobierno frente a cualquier organización colectiva capaz de cuestionar sus decisiones. Esta historia tiene un costo más notorio, como lo es el progresivo debilitamiento del sindicalismo. Sin embargo, antes de referirnos directamente a tal caso, quisiera llamar la atención sobre el costo más opaco de esta historia, que tiene que ver con una política general de desaliento hacia las organizaciones populares y de bloqueo hacia las organizaciones (disidentes) crecientes o apenas nacidas. Algunos ejemplos pueden ayudar a clarificar esta introducción. Así, pueden mencionarse: 1) El persistente enfrentamiento del gobierno con las organizaciones de jubilados, que se tradujo no sólo en una política desaprensiva hacia el sector, sino además en el fomento de decisiones judiciales públicamente inaceptables (como en el caso "Benito", en 1994), o aun en la tolerancia o promoción del uso de la violencia contra aquellos (así, en las semanales demostraciones de oposición del grupo de los jubilados); 2) la reproducción casi exacta de tales pautas, en el enfrentamiento del gobierno

con las organizaciones de estudiantes; 3) la insólita resistencia a la creación de la comunidad homosexual argentina (CHA), resistencia que tuvo su píco más alto, otra vez, en una decisión de la Corte, donde se sugirió que la homosexualidad no era compatible con la búsqueda del "bien común estatal"; 4) el desprecio y la violencia manifestadas por el gobierno frente a las organizaciones de carecientes, actitud que tuvo uno de sus ejemplos más notables a comienzos de 1996, en la decisión de desalojar a parte de los habitantes de la Villa N°31, del barrio de Retiro, o, 5) la intolerante actitud del gobierno frente a las organizaciones de derechos humanos, en general, y frente a las Madres de Plaza de Mayo, en particular, intolerancia que quedó evidenciada como pocas veces antes, en la conmemoración de los 20 años del golpe militar del 24 de marzo.

Como había señalado, el punto tal vez más significativo, dentro de esta esfera de confrontación entre la actual administración y las organizaciones populares, lo constituye la disputa con el sindicalismo. En la Argentina, y desde medio siglo atrás, las fuerzas sindicales se habían convertido en fuerzas "arbitrales": los sindicatos eran capaces de promover o directamente vetar cualquier decisión relacionada con cambios económicos y sociales. Esta autoridad sindical, con todos sus vaivenes, marcó la historia reciente de la Argentina. Ahora bien, desde la aparición del último gobierno militar, el sindicalismo fue frontalmente atacado por una diversidad de medios (represión de sus dirigentes y afiliados, restricciones de fondos, desarrollo de una legislación antisindical, etc.) y recibió, diría, su estocada final con el gobierno de Menem. Recurrir a esta imagen no implica afirmar lo que no es cierto, que el sindicalismo en la Argentina ya no existe o carece de completo poder, pero sí implica sostener que ha perdido, definitivamente, la fuerza que supo caracterizarlo.

La "estocada final" aplicada por el menemismo a la organización sin-

dical tuvo varias facetas. Algunas, más o menos indirectas, vinculadas con el decrecimiento de la pequeña y mediana industria y el crecimiento de la economía informal. Otra serie de medidas, en cambio, estuvieron más directamente orientadas a "dinamitar" el poder sindical. Así, la promoción de una nueva legislación en materia de accidentes de trabajo y despido, desde 1991; la limitación del derecho de huelga, medida tomada por decreto (N° 2184/90); el decisivo apoyo a medidas de flexibilización laboral en los contratos de trabajo - muy especialmente durante la gestión de los ministros de Trabajo, Enrique Rodríguez y Caro Figueroa -; la modificación de la legislación relativa a las asociaciones profesionales y la negociación colectiva, modificación que estuvo destinada a permitir la existencia de más de una confederación nacional de trabajo y a facilitar la creación de sindicatos a nivel de empresa; la quita de los aportes laborales compulsivos hacia las obras sociales; el estímulo a una jurisprudencia laboral contraria a la dominante - que era claramente más protectora de los intereses sindicales (así, por ejemplo, con la aparición de casos como "Soengas", en 1990, caso donde se atacó la superioridad de las convenciones colectivas frente a las leyes comunes en materia de garantías sobre las remuneraciones, u otros casos más recientes, como en SMATA, de abril de 1996, donde la Corte convalidó un convenio firmado por el sindicato de mecánicos con FIAT, destinado a hacer lugar a drásticas medidas de flexibilización laboral), etcétera.

El "vacío institucional"

Lo señalado en las secciones anteriores resume, de algún modo, los aspectos más graves de la reciente evolución hacia (lo que llamé) un "vacío institucional": un Congreso impotente, una Justicia sumisa, sindicatos débiles, desaliento sobre la organización de agrupaciones colectivas y persecución de las existentes, etc. Con sus tremendas limitaciones,

tiempo atrás, el sistema institucional en su conjunto contribuía mejor a la tarea de enriquecer la discusión política. En cambio hoy los sindicatos han dejado de cumplir un papel relevante en la definición de metas y la detección de los obstáculos existentes para alcanzarlas. Los partidos políticos, por otra parte, han perdido buena parte de su capacidad de influencia desde el Congreso: la política es la que decide el presidente, sus aliados, y sus equipos técnicos. De algún modo, el centro de la política se ha desplazado desde el Congreso hacia el Ejecutivo, por lo cual no es de extrañar que hoy la política sea una política de cúpulas, dentro de la cual el Pacto de Olivos no es más que un botón de muestra. En este contexto, debe volver a mencionarse el desaliento y los ataques de que son objeto las organizaciones colectivas disidentes con el gobierno. Este punto es especialmente grave, dado que la creación de este tipo de instituciones es la última alternativa que queda a disposición de los ciudadanos, a los efectos de reconstituir algún tipo de foro público donde acordar alguna estrategia común. Por último, debe recordarse también la pérdida de legitimidad de las instituciones de la Justicia: tales instituciones, tiempo atrás, ayudaban a definir con su sola palabra los límites de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Pero hoy, ¿qué razón hay para creer en tales definiciones?

La mera presentación de tal descripción, me parece, es relevante, dado que muchos sólo se concentran en alguno de estos aspectos desconociendo así el alcance de los recientes cambios institucionales. Ahora bien, según anticipara, resulta tan importante considerar este tipo de descripciones como advertir las posibles implicaciones de tal situación.

La implicación más obvia de esta situación de "vaciamiento institucional" se vincula con algo que solemos ver, día a día: una creciente desconfianza ciudadana en las instituciones, dirigida, sobre todo, a las instituciones del sistema republicano (Poder Legislativo, Ejecutivo, Judicial). Di-

cha desconfianza no es nueva y, de algún modo, convivimos con ella desde hace tiempo. La novedad, en todo caso, está dada por la gravedad de tal desconfianza y sobre todo, por las dificultades que se vislumbran para superar dicha situación: hoy por hoy, la ciudadanía carece de ámbitos donde encontrarse, discutir, ponerse de acuerdo, definir objetivos, determinar quiénes son sus aliados y quiénes se oponen a sus reclamos.

Puestos de este modo, los riesgos del "vacío institucional" son alarmantes: la posibilidad de que como ciudadanos dejemos de reclamar por aquellos derechos que nos corresponden; la posibilidad de que reclamemos aquello que nadie puede darnos; la posibilidad de que demos la bienvenida a aquello que nos perjudica; la posibilidad de que aparezcan como razonables propuestas simplemente autoritarias. En definitiva, el "vacío institucional" - un hecho muy difícil de revertir, por cierto - es la promesa de una vida política irrazonable, donde nadie advierte con relativa nitidez los límites y posibilidades de sus demandas, donde todos tendemos a perder orientación política, donde lo inverosímil se convierte en algo aceptable, cotidiano. ■

Nota

¹ Obviamente, conviene decir que reconozco que no está nada claro qué es lo que significa tomar decisiones imparciales. De todos modos, me parece que, en algún sentido del término, la mayoría de nosotros podríamos encontrar coincidencias y puntos de acuerdo: por ejemplo, no diríamos que una cierta decisión es imparcial si ella está diseñada, fundamentalmente, en beneficio de un cierto grupo, ni diríamos que un cierto procedimiento contribuye a la imparcialidad si es que favorece sistemáticamente a ciertos sectores de la sociedad en detrimento de otros. En su forma positiva, espero, mi definición de la idea de imparcialidad no diferirá de (al menos) uno de los usos habituales del término. Diré que una cierta decisión tiene mayores chances de ser respetuosa de los puntos de vista de todos, en la medida en que sea discutida adecuadamente, esto es, en la medida en que se escuchen, de algún modo, las opiniones de todos aquellos que puedan ser afectados por la decisión que va a tomarse.

Coloquio Internacional

Mutaciones. Metamorfosis de lo social, refundación de la solidaridad

Con el auspicio de la Fundación Friedrich Ebert, el Club de Cultura Socialista José Aricó organizó este coloquio internacional, llevado a cabo los días 4 y 5 de julio en el local de la Asociación Argentina de Aeronavegantes. El debate será editado este año con el apoyo de la Universidad Nacional de Quilmes.

Guillermina Tiramonti

Descuento de los profundos cambios que atraviesa el mundo que nos toca vivir, debatir sobre sus sentidos y causalidades, establecer articulaciones entre sus diferentes manifestaciones e intentar avizorar alternativas reconstituyentes de la trama social fue el objeto del coloquio internacional que organizó el Club de Cultura Socialista José Aricó.

El encuentro convocó a intelectuales y especialistas que desde diferentes perspectivas reflexionaron sobre nuestro incierto presente e intentaron dilucidar las tendencias del futuro. Estuvieron presentes figuras como Robert Castel, que ha dedicado sus últimos trabajos a la caracterización de la nueva cuestión social y al tratamiento del fenómeno de la exclusión, y Norbert Lechner, cuyos ensayos políticos nos proveen de buena parte del instrumental conceptual con el que intentamos comprender nuestro acontecer periférico. En el orden nacional participaron Eduardo Bustelo, Elisa Carrió, José Nun, Pablo Vinocer, Emilio Tenti Fanfani, Susana Torrado, Rubén Lo Vuolo, Elizabeth Jelin, Carlos Acuña, Pablo Bustos, José María Ghió y Pa-

blo Gerchunoff. Juan Carlos Portantiero, Laura Golbert, Emilio de Ipola, Oscar Terán y la autora de esta nota presentaron y coordinaron las diferentes actividades.

El comentario que sigue reconstruye algunas de las líneas de pensamiento que allí se presentaron. La selección operada está relacionada con la necesidad de seguir una lógica de presentación, los intereses y las limitaciones de quien escribe.

La globalización de la cultura, la mundialización de la economía y la omnipresencia de la lógica del mercado fueron identificados como los fenómenos fundantes y casi las únicas continuidades reconocibles de una realidad que ha estallado en múltiples fragmentos, provocando una desagregación que amenaza con romper el lazo social.

En el campo social la fragmenta-

ción está generada, según Castel, por la precarización de las condiciones de trabajo, que rompe con la solidaridad y las protecciones que se habían construido a través de la consolidación del trabajo asalariado, que estableció un mecanismo de regulación de las desigualdades consistente en dirimir en la esfera política los contradictorios intereses del capital y el trabajo que se articulan en el mercado. La permanente confrontación de los intereses daba lugar a un conflictivo proceso de negociación que constituía en sí una mecánica integradora que hoy se ha perdido. En el pasaje de una dinámica regulada de las desigualdades a una dinámica desregulada ha aparecido una nueva matriz de desigualdad: la desigualdad ante la precariedad.

Esta desigualdad tiene una doble manifestación: por un lado, las diferentes categorías socio-profesionales



se encuentran en una situación desigual frente al riesgo de su degradación y la exclusión y, por otro, en el seno mismo de estas categorías la vulnerabilidad se encuentra desigualmente distribuida. No sólo obreros y profesionales están diferentemente posicionados para pelear un lugar en el mercado de trabajo sino que los obreros no calificados corren un mayor riesgo de precarización que los que tienen alta calificación.

La suma de estos dos elementos marca la dificultad de la negociación colectiva y, por lo tanto, de construir alternativas de regulación que abarquen al conjunto de las situaciones. De acuerdo con este planteo, las falencias regulatorias de la actividad política resultan de la heterogeneidad del campo por ordenar.

La reflexión de Lechner complejiza esta visión fragmentada de la realidad. Desde su perspectiva asistimos a una creciente automatización de las lógicas que regulan las diferentes funciones sociales. Áreas como la economía, el derecho y la política desarrollan racionalidades específicas difícilmente compatibles. Cada una de ellas forma un subsistema, siendo la política una más. Tenemos, entonces, sociedades de múltiples lógicas, de una pluralidad de espacios y diferentes velocidades. De esta disgregación funcional resulta un desencantamiento de la política que deja de ser el núcleo rector que organiza los diversos aspectos de la vida social.

Lechner nos coloca nuevamente frente a la comprobación de la insuficiencia de la política como actividad ordenadora, coordinadora y, portanto, garante de la preservación del todo social. En este caso la limitación resulta de la pérdida de su preminencia, que reduce su acción a la implementación de instrumentos normativos cuyos contenidos son elaborados previamente por otros sectores.

La imagen de sociedad caótica que presentó Lechner resulta de una visión todavía muy anclada en el análisis de la dimensión política. Tal vez si se renunciara a esta perspectiva podría apartarse a la identificación de un nue-



vo mapa funcional, donde son otras las funciones prioritarias y portanto otras las lógicas ordenadoras. La presencia de una retórica economicista y de objetivos propios de este campo en todas las áreas del hacer social, permite hipotetizar que lo que aparece como caos es fundamentalmente un orden hegemonizado por la racionalidad económica en una definición más cercana a la micro-economía que a la tradicional economía política.

El análisis de las particularidades de nuestro país nos permitió dimensionar el alcance de la metamorfosis social operada en los últimos veinte años en la Argentina. El panorama es de precarización de la vida social, que se expresa en mayor desocupación y subutilización de la mano de obra, caída del ingreso familiar y brusca reversión de la movilidad social, que ha adquirido un sentido descendente (Susana Torrado).

En el campo de la salud, Vinocur presentó datos que denuncian un crecimiento de enfermedades cardíacas y de los índices de mortalidad, aumento de las conductas evasivas (consumo de alcohol, tabaco y drogas), de las muertes violentas y de las tasas de suicidio. Todo ello conforma un movimiento anticivilizador que es acompañado por un proceso de privatización y "ghetización" de la vida social.

Para Tenti asistimos, además, a una degradación del sistema educati-

vo, que ha sacrificado su función emancipadora en favor de una evidente reproducción de las desigualdades sociales. A ello se agrega una pérdida de relevancia de la escuela en la conformación de identidades que cada vez más son moldeadas por los medios de comunicación. La propuesta de Tenti giró alrededor de una redistribución de funciones entre escuela y medios masivos de comunicación, donde la escolaridad debería estar centrada en la transmisión de conocimientos resignando, en favor de estos últimos, la reproducción "del fondo común de verdades".

Los resultados de la investigación empírica permiten avanzar en la caracterización de las mutaciones de nuestro sistema educativo y formular dos hipótesis. La primera es que se ha roto el contrato, que en los orígenes de la modernidad articuló a la escuela y Estado otorgándole a la primera una misión civilizatoria. La ruptura ha generado una proliferación de nuevos acuerdos o contratos entre las escuelas y sus referentes inmediatos (padres, alumnos, organizaciones del medio, municipios, etc.), que resignifican las funciones de las escuelas y producen *ethos* institucionales muy diferentes, al punto que en algunos casos es dudoso que su eje organizador sea el de la transmisión de conocimientos. Una segunda hipótesis, que complementa la primera, es que las escuelas para recuperar un lugar de reconocimiento social están definiendo patrones socializadores muy heterogéneos que reproducen particulares "fondos de verdades" y que es a partir de esta nueva configuración, y no de su decadencia, desde donde la escuela aporta a la reproducción de una sociedad fragmentada.

Frente al fenómeno de la precarización y la exclusión, las propuestas vigentes giran alrededor de la focalización de las intervenciones en las franjas poblacionales de mayor vulnerabilidad. En esta línea se inscriben todos los programas de asistencialismo y reinserción de desocupados. Los panelistas abundaron en la caracterización de esta estrategia y en el señalamiento de sus

limitaciones para revertir las tendencias a la desigualdad social. El núcleo de este argumento presentado por Bustelo es que la focalización se monta en una disyunción entre la dinámica del mercado y la intervención política, donde esta última está relegada a trabajar en la asistencia a las víctimas, pero incapaz de modificar la lógica del mercado, generadora de la precarización de la vida social.

Si la modernidad se caracterizó por la concentración del poder en una instancia política y su emancipación de la tutela religiosa, la etapa por la que atravesamos está signada por la lógica del mercado y la recuperación de un espacio articulador para la acción de la Iglesia, que se presenta como alternativa de relevo del conjunto de instituciones públicas que construyó la modernidad (José María Ghío).

La ciudadanía moderna reconoció su referente en ese centro político. Se generó así una sociabilidad necesariamente estructurada alrededor de la participación en ese espacio común. La acción del Estado, a su vez, estuvo centrada en la constitución de sujetos capaces de reconocerse en ese espacio.

La tensión en favor de la igualdad o la creación de las condiciones sociales para el ejercicio político fue una exigencia de funcionamiento del sistema. La solidaridad se constituyó en la condición de posibilidad cuyo desenvolvimiento exigía la preservación de la tensión entre la reproducción de las desigualdades y la construcción de una sociedad de semejantes.

La descentralización de lo político y la primacía del mercado está generando una sociabilidad que, como señala Lechner, encuentra su referente en el mercado y define su grado de participación por su capacidad de consumo. La pregunta es si el mercado necesita habilitar a todos para la participación o si por el contrario puede desenvolverse mediante una ampliación de la participación de una minoría y la exclusión del resto, como está sucediendo en la actualidad. Y si es así, ¿cuáles son los límites de la gobernabilidad en esta sociedad? ¿Basta con la acción de contención de una política social? ¿Qué papel están jugando las iglesias en el proceso de gobernabilidad y construcción de una racionalidad legitimadora de esta nue-

va jerarquía de desigualdades? ¿Qué queda de las democracias en nuestras sociedades? ¿Se puede estructurar una democracia sobre valores religiosos no seculares? ¿Cuál es el campo de acción de las democracias si la política ha perdido su capacidad de organizar a la sociedad y representar a los diferentes sectores que la componen?

Las nuevas preguntas constituyen en sí una fuerte interpelación a la actividad intelectual. Se trata de una convocatoria a la renovación de los mapas conceptuales con que se piensa la realidad para aportar un desarrollo teórico que permita intervenir en la configuración de los escenarios futuros. Para avanzar en este sentido es necesario debatir seriamente el papel de los intelectuales en este fin de siglo, las responsabilidades que éstos están dispuestos a asumir y las condiciones que habría que crear y exigir para poder cubrir este compromiso. Esta discusión es una deuda que los intelectuales de la izquierda tienen con la sociedad y tal vez el primer paso para diseñar un espacio progresista en la tarea de reconstrucción de la solidaridad. ■

Programa desarrollado por el coloquio

El coloquio internacional Mutaciones. Metamorfosis de la cuestión social, refundación de la solidaridad se ajustó al siguiente programa:

4 de julio
• 10 horas

Apertura

A cargo de Oscar Terán, Presidente del Club de Cultura Socialista José Aricó

• 10,30 horas

La interrogación contemporánea de los actores políticos alrededor de la cuestión social

Elisa Carrió, Eduardo Bustelo, José Nun. Coordinó Oscar Terán

• 17 horas

Metamorfosis de lo social y refundación de la solidaridad: el debate teórico

Robert Castel, Norbert Lechner. Coordinó Emilio de Ipoli. Invitados especiales: Torcuato Di Tella, Ricardo Mazzorin, Isidoro Cheresky

5 de julio
• 10,30 horas

Vulnerabilidad, exclusión e integración social en Argentina

Emilio Tenti Fanfani, Pablo Vinocur, Susana Torrado, Rubén Lo Vuolo. Coordinó Guillermo Tiramonti. Invitado especial: Aldo Neri

• 15 horas

Los actores sociales ante los quiebres del Estado de bienestar y la respuesta neconservadora

Elizabeth Jelin, Carlos Acuña, Pablo Bustos, José María Ghío. Coordinó Laura Golbert

• 19 horas

Panel abierto de conclusiones

Robert Castel, Norbert Lechner. Comentaristas: Juan Carlos Portantiero y Pablo Gerchunoff

AGENDA

En su línea de contribuir a la construcción de una fuerza nueva, comprometida con una profunda transformación social y política capaz de dar respuesta a las demandas y expectativas propias de estos tiempos, **La Ciudad Futura** creó esta sección, para aportar una agenda de temas y problemas desde donde se pueda encarar la discusión del país que se viene, cada vez más pautado por aires de posmenemismo. Con ese espíritu presentamos en esta ocasión, mientras la

Convención Estatuyente de la ciudad de Buenos Aires se encuentra discutiendo el diseño institucional del distrito, el documento elaborado como insumo para el FREPASO por un colectivo de trabajo del que, en las distintas etapas de su preparación, participaron Pedro Pérez, Pancho Liernur, David Kullio, Mario Ganora, Edgardo Mocca, Adrián Gorelik, Jorge Tula, Arnaldo Bocco, Oscar Grillo, Fernando Melillo, Marcelo Escolar y Beatriz Sarlo.

Convocatoria para Buenos Aires

1. Un gran proyecto urbano

Buenos Aires necesita un gran proyecto urbano. La ciudad ha tocado fondo: este hecho es nuestro punto de partida y nuestro desafío. Buenos Aires merece un futuro y alcanzarlo depende de todos.

Esta ciudad, que fue durante gran parte del siglo XX la metrópolis cultural moderna de América latina, no saldrá del colapso sin un conjunto de ideas que sean audaces y, al mismo tiempo, realistas. Es posible rescatar a Buenos Aires de la fragmentación social y cultural; es posible destar la lógica implacable de los grandes negocios urbanos que tuerce la independencia de las políticas municipales; se puede emancipar a las actividades comerciales, a la industria y a la vida cotidiana de los frenos impuestos por una infraestructura de servicios deficiente y obsoleta; es posible detener la caída vertical de la calidad de vida en términos ambientales y de servicios públicos. Se puede revertir el proceso de división de la ciudad en guetos

de ricos y pobres y recuperar los ideales de una ciudad inclusiva y democrática. Hay que terminar con la ciudad de los negocios y dar el impulso fundacional a la ciudad de todos y para todos.

Hasta hoy, Buenos Aires estuvo excluida de las decisiones fundamentales sobre su vida. De ahora en más podrá decidir por sí misma qué ciudad quiere ser. La autonomía, retaceada legalmente, se construirá, sin embargo, con el esfuerzo para hacer de ésta una ciudad vivible para todos sus habitantes y para quienes llegan a ella cotidianamente a dar su trabajo o a utilizar sus servicios. La ciudad autónoma deberá orientarse para garantizar a estos hombres y mujeres: en tanto habitantes, condiciones satisfactorias de vida material y cultural; en tanto ciudadanos, participación democrática en las decisiones a través de la información, las consultas populares, las audiencias públicas y el control de los servicios; en tanto actores económicos, condiciones de productivi-

dad, comunicaciones y transportes, innovación tecnológica, fuerza de trabajo capacitada; en tanto sociedad localizada, una adecuada relación con el ambiente, atención a la contaminación de los recursos, espacios verdes y condiciones sanitarias.

Todo esto es posible si se asume con decisión la tarea de construir una representación política de nuevo tipo para la ciudad, que otorgue al futuro gobierno la fuerza social indispensable para enfrentar un curso difícil pero lleno de atractivos. Ha llegado el momento de una transformación profunda en las relaciones del gobierno con los factores económicos, con los protagonistas sociales de la dinámica urbana, con las corporaciones y sindicatos implicados en la gestión del distrito, con los poderes nacionales y provinciales. Que quede claro: los obstáculos son muchos, pero podrán vencerse si se logra presentar un proyecto que genere reconocimiento, entusiasmo y compromiso en la ciudadanía.

Se trata, y la apuesta no es menor, de proponer un programa transformador y realizable, imaginativo y técnicamente sólido. Los problemas de Buenos Aires no podrán solucionarse sin un franco reconocimiento de las potencialidades futuras de la ciudad y del prestigio de sus tradiciones en este siglo. Buenos Aires fue una gran metrópoli y puede volver a serlo.

El futuro gobierno de la ciudad necesitará de los mejores para gobernar: deberá convocarlos ejerciendo un liderazgo enérgico sustentado en la disposición para escuchar a los protagonistas urbanos y articular políticamente sus necesidades y sus demandas. Es preciso, entonces, pensar, al mismo tiempo, nuevas políticas y nuevas formas de hacer política en la ciudad. Sólo ellas garantizarán que el futuro gobierno no quede preso de

se trata sólo de pensar políticas de compensación de las desigualdades, sino de reorientar drásticamente el sentido del crecimiento y de la inversión urbana.

El sur puede ser un frente de renovación de Buenos Aires que, incluso, alivie al norte de los problemas generados por su propio crecimiento y la concentración de actividades. En el norte la infraestructura está subutilizada; en el sur existe una subutilización que abre posibilidades para reorientar el sector terciario a lo largo de la avenida 9 de Julio hasta Constitución o, para pensar en grande, definir un área de operaciones de recuperación urbanística que se extienda sobre las enormes playas ferroviarias de Parque Patricios.

La mitad sur de Buenos Aires posee un potencial de desarrollo interesante sobre el que es preciso orientar la inversión privada y di-

señar proyectos público-privados de reconversión. Ideas rectoras para estas áreas harán posible atender las necesidades del segmento más pobre de los habitantes de la ciudad.

El sur posee, además, un potencial paisajístico que puede ser revalorizado: el Riachuelo reclama soluciones ambientales globales que incluyan la reconsideración de las áreas industriales y no descuiden la recuperación de un perfil de naturaleza, flora y escenario geográfico original. Hay que devolver a la costa del Riachuelo su carácter público. La costanera puede volver a ser uno de los grandes paseos de Buenos Aires, potenciando su atracción paisajística y su privilegiada colocación respecto del sur, el centro y el norte de la ciudad. Puerto Madero debe convertirse en un gran parque metropolitano, que incluya a la reserva ecológica cuyo tratamiento

tiene que estar liberado de consignas conservacionistas ultramontanas y, al mismo tiempo, designe áreas de naturaleza protegida. La financiación de estos nuevos espacios se logrará a través de un sector destinado a la urbanización, lo que implica revisar profundamente los proyectos en curso. Es necesario terminar con la dicotomía por la cual se enfrentan dos posiciones inconciliables: todo espacio libre es un espacio verde, dice una de ellas; todo espacio libre es una posibilidad de hacer negocios, reclama la otra. Frente a estas posiciones que inmovilizan la acción o la subordinan a intereses sectoriales, el nuevo gobierno de la ciudad

2. De sur a norte

La fractura entre el sur y el norte ha sido, históricamente, una de las grandes heridas abiertas en el tejido de Buenos Aires. Hoy, esa fractura divide dramáticamente a la ciudad, porque se han acentuado las desigualdades en la dotación y oferta de servicios, en la calidad de las intervenciones públicas y privadas, en la distribución de bienes materiales y culturales. Es necesario trabajar para el equilibrio entre el sur y el norte de la ciudad. No



propondrá grandes lineamientos públicos para la inversión privada.

Este potencial del sur se completa con una renovada atención a los parques y espacios verdes que, descuidados hoy por la incuria municipal, pueden ser revalorizados en función de iniciativas deportivas, de esparcimiento y culturales. De todos modos, los habitantes del sur no son los únicos afectados por condiciones de pobreza y malestar urbano, también hay áreas de pobreza en otras zonas de la ciudad. Buenos Aires tiene que abrir el norte a los habitantes de los barrios menos favorecidos: la ciudad de todos es aquella en la que todos puedan desplazarse para disfrutar de su oferta cultural, sus servicios y su paisaje. En este sentido, algunos de los problemas del sur se resuelven en el norte y las políticas públicas trazadas las vías de una distribución equitativa de las posibilidades de vivir a la ciudad en su conjunto.

3. El centro y los barrios

Problemas de seguridad, decadencia material y cambios culturales han deteriorado a la calle como espacio público. Buenos Aires tuvo una rica tradición de dinamismo en el escenario de la calle, tanto en el centro como en los barrios. Esa tradición es democrática y es preciso recuperarla a fin de luchar contra la segregación de territorios ricos y pobres dentro de la ciudad, donde resultan cada vez más escindidos los sus derechos los viejos y los nuevos pobres y donde proliferan las necesidades insatisfechas y las desigualdades de acceso a los servicios.

La vitalidad de la calle depende en buena parte de las propuestas de promoción de ejes públicos comerciales en los diferentes barrios y en el centro. Deberán estimularse, frente a la concentración impulsada por el mercado, alternativas de puntos de distribución a escala más reducida, peatonales, microcadenas de comercialización, y, sobre todo, requi-

pamiento urbano con estímulo a las estrategias renovadoras privadas y presencia fuerte de la intervención pública en diseño, iluminación, seguridad y señalización.

La calle, por otra parte, no es sólo el espacio de las transacciones comerciales sino también un escenario público. Los barrios de Buenos Aires tienen espacios cívicos que pueden potenciarse por la desconcentración de las funciones municipales administrativas que acercan el gobierno a los ciudadanos.

Pero, además, la ciudad tiene un centro histórico que es uno de los grandes centros americanos. La ciudad no puede perderlo resignándose a entregarlo a su deterioro y abandono: es un espacio valioso urbanístico y culturalmente, es una unidad histórica y debe consolidarse como escena accesible a todos los ciudadanos, habitantes de la ciudad, trabajadores del conurbano que se desplazan cotidianamente en ella, habitantes del cinturón metropolitano, visitantes y turistas. Las posibilidades del centro de Buenos Aires, que ningún localismo barrial podría disminuir, deben ser utilizadas para devolver a esta ciudad el orgullo de haber sido una gran capital moderna y la fe en que puede volver a serlo.

No existe opción entre centro y barrios: Buenos Aires debe trabajar para su articulación y para la dinámica de sus intercambios, que incluyen naturalmente a los suburbios, cuya unidad con Buenos Aires es un dato. Precisamente, es necesario trabajar sobre esos bordes de la ciudad, en un sentido integrador apoyado en la construcción de estaciones de transferencia para el transporte, centros comerciales e intervenciones en infraestructura que reafirmen el compromiso de esta ciudad con el área metropolitana.

La discusión de grandes proyectos tiene como interlocutores a los municipios que rodean a Buenos Aires y este diálogo definirá cuestiones pendientes como la de la ubicación del nuevo aeropuerto, cuyo

emplazamiento debe ser analizado teniendo en cuenta todas las posibilidades del área metropolitana. Es factible un planteo franco sobre el destino de las tierras del actual aeropuerto, que hoy aparecen como un botín para los negocios privados a los que sólo se enfrenta con la consigna de la conservación del espacio verde que la retirada del aeropuerto dejaría libre. Esa zona de gran potencial urbanístico y de renta debe ser discutida globalmente, con hipótesis sobre lo que la ciudad ganaría si una política pública audaz e independiente de las presiones sectoriales decidiera, del mejor modo posible, los beneficios económicos que algunas áreas del viejo aeropuerto pueden aportar para el desarrollo de la ciudad en su conjunto.

4. De aquí para allá: el transporte

Todos los habitantes de Buenos Aires y las decenas de miles que pasan por ella cotidianamente conocen el calvario exasperante de su transporte público y la congestión de sus accesos. La reorganización más radical de estos sistemas (donde conviven responsables públicos y privados) es una de las condiciones indispensables para cambiar la calidad de vida de los porteños y de los bonaerenses relacionados con la ciudad. Las soluciones que se proponen son variadas y de diferente nivel de intervención y profundidad, pero todas se caracterizan por la jerarquización del transporte público sobre el privado, como sucede, por otra parte, en todas las grandes ciudades.

Un plan estratégico para el transporte implica soluciones de diferente nivel e intervenciones que coordinen esfuerzos públicos y disciplina privada. Entre las medidas rápidas y perfectamente posibles está la reorganización de los recorridos de colectivos para utilizar potenciadamente el parque existente en vistas a una reorganización del transporte

de superficie y la jerarquización de las vías de tránsito aprovechando, con disposiciones de circulación diferenciada, la estructura de calles y avenidas de la ciudad. Ello debe acompañarse con el estudio de otras alternativas: el monorriel aéreo, los trenes metropolitanos y los tranvías suburbanos (empleados exitosamente en muchas ciudades); la importancia de las estaciones de transferencia del medio de locomoción privado al público es decisiva. Sin duda, la expansión de los subterráneos proporciona soluciones a largo plazo; pero, en tanto se materialicen las inversiones, es necesario ofrecer alternativas de reorganización que se apoyen en la reforma de lo existente que hoy se utiliza de manera deficiente, caótica y socialmente fragmentada.

Una ciudad para todos requiere de una red de transporte que haga materialmente posible un ideal de ocupación y circulación democrática.

5. Una gestión equitativa

Defendemos para Buenos Aires un programa guiado por los valores de equidad distributiva y justicia. Es posible diseñar estrategias que expresen estos ideales que el FREPASO suscribe como horizonte posible en el cual inscribir políticas de gobierno verdaderamente reformadoras. Una gestión equitativa de la ciudad es un aporte considerable para disminuir la creciente desigualdad que existe entre sus zonas y para compensar directa e indirectamente las condiciones de po-

breza que afectan a muchos de sus habitantes.

Los servicios deberán localizarse de modo que sean accesibles a toda la población, con el objetivo de que la calidad de las prestaciones sea homogénea (hay que terminar con las escuelas de segunda y tercera categoría para chicos pobres, con los hospitales miserables para los más miserables); la distribución de la infraestructura también será pensada respondiendo al principio de equidad, de modo que las necesidades de todos los barrios sean encarádas mediante intervenciones que no favorezcan la concentración de mejoras e innovaciones sólo en las zonas privilegiadas. Se atenderán, por consiguiente, las desigualdades territoriales y sociales que fragmentan cultural y materialmente el tejido de la ciudad.

Es imperativo que las medidas de gobierno urbano contemplen tam-

bién los aspectos cualitativos que influyen pesadamente en la vida cotidiana. Por eso, la población tendrá la posibilidad de satisfacer sus necesidades destinando a ello la menor cantidad de tiempo, esfuerzo y dinero. Los servicios públicos privatizados serán objeto de una atención especial, con la participación formal del gobierno de la ciudad en su regulación y control.

Una gestión equitativa orientará el uso de los espacios públicos en beneficio del bien común, poniendo límites y condiciones a su apropiación privada. Presidirá la incorporación de tierra al mercado equilibrando las ganancias privadas, y convirtiendo este aspecto de la política urbana en ocasión de acceder a fondos para el financiamiento del gasto público en infraestructura o servicios y la atención de las necesidades de la población de menores recursos.

Una política de reformas impulsada por el ideal equitativo tendrá como objetivo central lograr un acceso amplio a todos los bienes que la ciudad ofrece, porque ésta es en sí misma una redistribución de sentido progresista.

6. Polo cultural y científico del Mercosur

Durante décadas, en verdad, durante buena parte de este siglo, Buenos Aires fue un centro de irradiación cultural, tecnológica y científica de primera magnitud en América latina. La identidad porteña todavía hoy conserva el recuerdo de esa colocación de gran visibilidad y dinamismo. Fuimos una gran capital que generó po-



derosos mitos culturales, desde las artes hasta la música popular y el deporte, desde la moda hasta las costumbres. Buenos Aires se caracterizó por un estilo inconfundible, donde se habían fusionado las diversas tradiciones inmigratorias que dieron a la ciudad su perfil a la vez perfectamente original y cosmopolita. Ese capital simbólico no debe perderse.

La ciudad posee una dotación material muy importante en recursos culturales, tanto públicos como privados. Esta concentración de instituciones y de bienes no debe ser juzgada como una odiosa asimetría respecto del resto de la nación, sino encarándola con una profunda voluntad de redistribución y de circulación amplia del patrimonio cultural. Buenos Aires debe potenciar al máximo sus recursos culturales, que son un bien de la nación en su conjunto: el Teatro Colón no es únicamente la ópera o la sala de conciertos de la ciudad, sino el escenario que los modernos medios electrónicos pueden trasladar a todo el territorio nacional. Lo mismo puede decirse del complejo cultural General San Martín y el Centro Recoleta: deben asentarse como focos de creatividad cultural, espacios para todas las renovaciones y experimentaciones estéticas, escenarios para la recreación actual de las grandes tradiciones letradas y las mejores producciones de la cultura popular musical y visual. Deben también ofrecerse al conjunto de la nación como espacios cuya centralidad asegure a la cultura producida en otros lugares la mayor visibilidad y resonancia en los medios masivos de comunicación.

El patrimonio cultural de la ciudad tiene que ser la base de una política abierta de construcción y distribución a escala de todo el territorio argentino. Los medios de comunicación de masas hacen que esta idea de ampliación y difusión sea técnicamente posible.

Por eso, Buenos Aires tiene que recuperar la iniciativa en sus pro-

pias políticas comunicacionales, que son instrumentos básicos para cualquier proyecto de desarrollo cultural. La vasta red de emisoras radiales privadas debe completarse con el fortalecimiento de una red igualmente dinámica de emisoras públicas pluralistas de diferente carácter (comunitarias, de intereses especiales, juveniles, educativas, para y de la tercera edad) y la refundación estatal de una emisora acaso perdida recientemente: la Radio Municipal que durante décadas fue un foco irradiador gigantesco en su alcance territorial y su articulación cultural. La ciudad tiene que intervenir activamente en las grandes decisiones comunicacionales y multiplicar las ocasiones en que el potencial cultural, en manos del Estado, se combine de las maneras más originales y creativas con las iniciativas privadas.

Buenos Aires es también sede de la mayor universidad pública de la Argentina y de un conjunto de universidades privadas. El gobierno de la ciudad tomará en cuenta este dato: la ciudad no puede vivir de espaldas a lo que sucede en estas instituciones de enorme impacto en su propia población. Debe por el contrario, convertirse en un interlocutor activo: requerir y formular proyectos de cooperación, combinar sus recursos humanos y materiales, estimular el desarrollo de la creatividad académica en los campos propios de la gestión urbana.

Este principio de cooperación deberá extenderse a las instituciones culturales privadas, cuya articulación con las públicas es indispensable para que las iniciativas, en lugar de duplicarse, competir y repetirse, se combinen en el marco de las grandes líneas de una política cultural de Buenos Aires para la Argentina. En las próximas décadas estará en juego el destino y la articulación de la vasta región del Mercosur: Buenos Aires, en línea con Montevideo, San Pablo, Río y

Santiago podrá ser un nódulo decisivo en el gran continuo cultural que los medios de comunicación construyen hoy como una realidad de la que no se retrocede.

7. La nueva ciudad política

Los partidos políticos y los técnicos tradicionales siguen pensando la transformación en curso sólo en términos institucionales y jurisdiccionales. Antes de definir alternativas a las propuestas presentes, es imprescindible tomar conciencia de que debemos construir a Buenos Aires en términos políticos, ya que la ciudad ha vivido bajo la tutela del gobierno central y su Ejecutivo ha sido un delegado del poder presidencial. El nuevo estado de Buenos Aires debe significar una ampliación profunda y extensa del espacio político y la fundación de la esfera pública local. Buenos Aires es una nueva arena y esto no puede pasar inadvertido ni trabarse la novedad radical de la situación por la repetición de viejas rutinas. Con el Estatuto y el primer gobierno elegido por los ciudadanos, Buenos Aires entrará en una nueva etapa.

La construcción de una identidad política plantea todos los interrogantes acerca de la relación entre sociedad civil, sistema de representación y los diversos espacios socioculturales que están incluidos en la ciudad. No existe, para encargar la nueva etapa, una identidad política ya establecida que nos proporcione tradiciones y modalidades de relación institucional entre el Estado, los partidos y los ciudadanos, habitantes o residentes. Buenos Aires debe fundar, de cara al futuro, su comunidad política y los vínculos de ésta con la sociedad civil. Esta tarea es urgente porque un sistema de representación política no garantiza por sí mismo la emergencia de un sujeto político colectivo. Todo está por construirse. La autonomía ofrece grandes posibilidades de acción: transformaciones institucio-

nales, sistema de representación y participación, dinámica de las imágenes públicas y de los ideales que configuran una comunidad sobre una base territorial, cultural y valorativa. Estos son los aspectos positivos del desafío y de la herencia.

Pero también enfrentamos sus cargas. La ciudad hereda un Estado carente de tradiciones cívicas para el ejercicio del control democrático sobre sus poderes, porque históricamente delegó las competencias del Poder Legislativo, careció de Poder Judicial propio, y el Ejecutivo local siempre estuvo subordinado a la lucha política nacional. Forman parte de la carga heredada los límites impuestos a la nueva administración municipal que debe enfrentar tareas de nivel provincial, pero que está dotada de una autonomía política inferior a la de cualquier otro estado de la república.

Finalmente, Buenos Aires encara la compleja situación de que dentro de su territorio están radicadas las principales infraestructuras y servicios sociales, no sólo de la ciudad sino de la Argentina en su conjunto.

Por ello, Buenos Aires deberá innovar y crear un sistema de relaciones inédito con las municipalidades del área metropolitana, con las que comparte problemas comunes cuya solución se inscribe en un área más vasta que la de la ciudad. Desde Buenos Aires se deberá promover también la cooperación con otras grandes ciudades argentinas. Y, al mismo tiempo, el futuro más inmediato exige acciones concretas en relación con el Mercosur, a través de una liga de ciudades que comuniquen sus experiencias frente a problemas comunes.

En el marco de esta complejidad institucional y administrativa, Buenos Aires debe consolidarse como unidad política autónoma y sólo lo logrará si se gana la confianza de los ciudadanos del distrito en las nuevas instituciones y el nuevo gobierno, mediante una representación fuerte, transparente y eficaz, controlable por los ciudadanos, institucionalizada como corresponde a las democracias. Una buena representación, en fin, que no se confunda con la institucionalización de las presiones sectoriales, sino con la articulación de los intereses colectivos.

Los esfuerzos se volcarán a la creación de distintos ámbitos institucionales aptos para la profundización de la democracia a través de instrumentos de control de los representantes y gobernantes. Este es el primer paso, que deberá acompañarse por un impulso deci-

vo de desconcentración administrativa que no refuerce las desigualdades barriales y sectoriales dándole más poder a los que ya lo tienen, sino que haga posible una modalidad consensuada de igualdad de acceso y control para todos los habitantes de la ciudad. Acercar el gobierno de la ciudad a sus habitantes no significa dividir geográficamente a la ciudad en microunidades; volver más eficiente la administración no es miniaturizar los distritos urbanos; respetar la pluralidad cultural de la ciudad no implica creer que Buenos Aires es un compuesto de identidades barriales localizadas.

Significa echar las bases de una gestión pública que garantice el funcionamiento de la ciudad sin exclusiones sociales, culturales, económicas ni territoriales. Significa una vasta y complicada concertación de intereses para un estilo

público movido por un ideal igualitario.

No se puede decidir de antemano cómo resultarán las identidades políticas del nuevo Estado urbano, precisamente porque ellas surgirán del capítulo que comenzamos a recorrer. En este proceso, es imprescindible no representar identidades preexistentes sino construir la escena donde sea posible imaginar nuevas formas de hacer política, que reconozcan la heterogeneidad sin convertirla en fragmentación, que estén atentas a incorporar los elementos móviles tanto material como ideológicamente y que proporcionen el marco de una gestión democrática tan realista como impulsada por los ideales de una reforma progresista. ■



ECONOMÍA

En Estados Unidos surge ya una "teología del dinero"

Especuladores, ludópatas y magia

Por lo menos hasta la aparición de ciudades y Estados orgánicos, los hombres vivían en guerra. Guerra con el entorno para no morir demasiado jóvenes, guerra entre sí para obtener y defender espacios. Más tarde, esos espacios se transforman en bienes, tierras, riqueza, feudos y, al fin, poder.

Carlos Scavo

En adelante, poder o riqueza serán formas de postergar la muerte y buscar la inmortalidad en este mundo o en el otro. Inclusive con una novel pero medieval "teología del dinero".

Gyorgyi Soros y March Rich, las máximas estrellas de la megaspeculación global en vísperas del tercer milenio, son supersticiosos. Igual que los inversores, operadores y gerentes de carteras que actúan en el casino bursátil y financiero. Mirándolos bien, no hay diferencias cualitativas entre la señora que juega cada día dos pesos con un quinielero informal -en Solano, Carupí, Matanza, Soldati- y los gaceterillos que "informan" según cómo hayan puesto sus fichas sobre el paño. Todos son ludópatas, por ende cabaleros aferrados a magias fáciles.

Naturalmente, el pensamiento mágico es inseparable de la condición humana y domina en casi toda la historia. Hasta el auge del método científico y la desnaturalización del poder (a partir del siglo XVI, en Occidente), lo mágico, por vía de la religión organizada, tenía vigencia en la política y la economía.

De hecho, el dinero tuvo origen en los templos de Sumer.

Chivos emisarios

Sin ir tan lejos, el pensamiento mágico en lo bursátil y financiero ha causado fenómenos interesantes en Buenos Aires. Por ejemplo, la búsqueda de chivos emisarios -en sí, una expresión asociada a sacrificios rituales- por parte de grupos excluidos de la city y de grupos que, aun dentro, tenían o tienen "mala suerte". Ello adquiere formas ya sea triviales (mufas, *jettaarri*), o tan peligrosas como el brote de antijudaísmo¹ generado por un crack bursátil porteño a fines del siglo XIX.

Entre la crisis de 1890 y el rompimiento con Chile (1898), por cierto, la economía vive entre zozobras. El cese de pagos externos que precipita las cosas pone al máximo prestamista desde 1821, Baring Brothers, al borde de la quiebra (1891-2) y obliga a que el Banco de Inglaterra arme un salvataje oneroso. Poco más tarde, en París, panfletos del integrismo católico ya acusan a "la banca hebrea" de influir sobre el gobierno británico -uno de sus jefes más brillantes era Benjamin Disraeli- para "hacer pagar al pueblo por las costosas especulaciones judías".

Entretanto, Argentina apelaba a la reforma monetaria de donde sale el peso moneda nacional, nacido en 1895 y remplazado en 1970 por el "peso ley 18188". Baring también superó el tifón y recién se derrumbó un siglo después... víctima de una cúpula frívola, cómplice de Nicholas William Leeson, ludópatas expertos en derivativos -un banquero japonés los define como avatar del Nirvana zen- y adicto a la puta. Por su parte,

la bolsa porteña se normalizó y eludió los coletazos del crack de 1907, pero no los de la Gran Guerra. En 1914-5 los valores cayeron de 25% a 40% y sólo la suspensión de la convertibilidad en oro permitió timonear esa crisis.

Entretanto, la segunda globalización capitalista empieza a resquebrajarse junto con los imperios coloniales forjados de 1763 a 1888 y las pausas de calma bursátil se acortan.

Paralelamente, una nutrida literatura antijudía y antimasónica sale de prensas rusas, serbias, húngaras, polacas, francesas, alemanas e inglesas. Entre quienes oblan sus gastos figura Vasily Dsjárov o Basil Zaharoff, el máximo traficante de armas durante la *belle époque*. Uno de sus agentes secretos era el oficial francés por cuya traición el integrismo católico trató de convertir al judío Dreyfus en chivo emisario.

En 1919-20 asoman los síntomas de la hiperinflación alemana (1922-5) y la consiguiente recesión deflacionaria, cuyas secuelas sociales le darán todo el poder a Adolf Hitler.

Buenos Aires atraviesa crisis especulativas en 1919, 1924 y 1927, en tanto el brote antijudío de los 90 se va a alar popular de la derecha conservadora: Fresco, Barceló y Ruggierotto sólo serían copias periféricas, torpes, de las camisas pardas italianas y sus mucho mejor organizados compadres alemanes.

Involución

Interesa examinar, ahora, la involución del pensamiento económico local a la luz del mundo ajeno. En primer término, debe subrayarse un común trasfondo de las reacciones políticas a los efectos de la recesión:

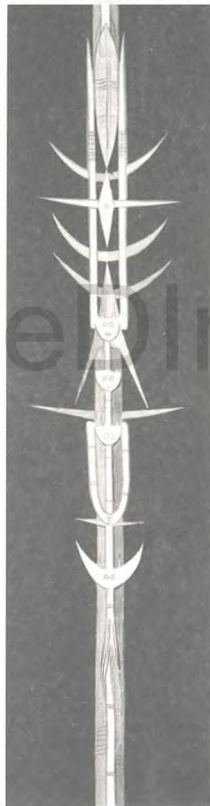
Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Alemania, Italia, Francia, Brasil, Japón y Australia apelan a la intervención del Estado para morigerar esos procesos. Londres suspende la convertibilidad en 1915 (por cuatragésima quinta vez desde 1826) y, en 1927, la caída de precios agropecuarios lleva a consolidar la Comunidad Británica con subsidios y preferencias comerciales.

En cuanto a EU, la paz armada europea, las guerras balcánicas de 1908-12 y el crack de 1907 (iniciado en Milán, Turín y París, pero propagado velozmente a Nueva York, Chicago, San Francisco, Tokio, Shanghai y Hong Kong) aceleran la fusión de emisores regionales en el Sistema de Reserva Federal (1913). Dos décadas de activa intervención estatal conducen a dos respuestas simétricas para superar las crisis de 1919-32: política keynesiana en Inglaterra, *New Deal* en EU, ambas dentro del ámbito democrático. Al contrario, burguesías mercantes y carteles bancoindustriales de Japón, Alemania e Italia favorecen salidas totalitarias. Así, la reacción germana al desastre de 1923-31 fue el Tercer Reich, la reacción italiana -premonitoria- fue el régimen fascista de 1922 y la reacción japonesa fue el expansionismo bélico inaugurado con la anexión de Manchuria en 1932-4.

De una forma u otra, en todos esos casos hubo "necesidad" política o social de crear chivos emisarios internos: judíos en Europa central y sudoriental, chinos y coreanos en Japón, albaneses en Italia, irlandeses en Gran Bretaña, e italianos en la Unión. Como parte de la modernidad global, Argentina manifestó en ese sentido señales muy tempranas, cuando la Bolsa era escenario de la primera ola de antijudaísmo explícito. A partir de 1875, en verdad, afluyen crecientes migraciones europeas a ciudad y campo. Hacia 1880 la base social criolla y la oligarquía poscolonial afrontan un flujo de italianos (católicos) y pobres como los criollos, pero con

ideas "subversivas" o hábitos gremiales exóticos), otros europeos y, claro, judíos.

Mayormente, hasta después de la Primera Guerra Mundial, los judíos provenían de Europa oriental, don-



de proliferaba la persecución social. Eran judíos de aldea (*shtetl*).

Luego, los judíos urbanos (*gueto*) aportarán experiencia comunitaria o gremial, ideas políticas y educación mucho más "modernas". Además, bancas y firmas comerciales judías se expandían por la periferia. Esa mezcla entre inmigración poco compatible con la sociedad posvirreinal y cambios económicos afectará a los clanes que dominaban el poder político, el poder económico y los salones. Este detalle parece frívolo pero, en la sociedad argentina, nunca dejará de tener relevancia, al punto de que, en 1995-6, la creciente ilegitimidad del régimen -sujección de la Justicia y el parlamento- coincide con una farandulización que enmascara factores autoritarios (feudalistas, nepotismo) haciéndolos pasar por simpáticas transgresiones y amenaza -vaya ironía- con la licuación del poder por ineptitud ante situaciones extremas (terrorismo, desastres naturales, enfermedades, narcotráfico mayorista).

Especulación y superstición

Pese a la brecha, las insolencias argentinas durante los siglos XIX y XX tienen otros síntomas comunes. Entre ellos, el antijudaísmo implícito o explícito en ciertos estamentos -aparato judicial, policía, militares, en torno del poder- y en la sociedad misma. Hace cien años, los efectos bursátiles de una crisis pusieron en evidencia la xenofobia y el antijudaísmo de la clase alta. Dos novelas, *La bolsa* (1897) y *Danza de millones* (c.1910), pintan a banqueros, financistas y comerciantes judíos como enemigos del "pueblo". Una generación después, la depresión mundial de 1927-32 hará rellorar prejuicios y violencia racista.

Hilando fino, se advierte que las diferencias entre los usuarios de Julián Martel y los conspiradores de *Los siete locos* (Roberto Arlt, 1930) son sólo dos: mejor escritura y conocimiento de los *Protocolos de los sabios de Sién* (apócrifo hecho para la policía secreta del zar Alejandro III,

aunque "popularizado" por el integrismo francés). Artl, claro, no tenía nada que ver con la ultraderecha, pero su ambigüedad política -obvia en *Los lanzallamas*- y social (la mojigatería en *El juguete rabioso*) le hacían muy seductoras las conrspiraciones esotéricas. En verdad, extremistas, ludópatas y especuladores son proclives a creer en conjuras, poderes ocultos y magia, pues el jugador es un paranoico que atribuye la mala racha a enemigos o brujas, nunca al azar.

No fue casual que el espiritismo de Yelena Blavatsky y Nikolái Gurdiey operase en alianza con la policía del zar. Ni que operadores y especuladores bursátiles de París, Varsovia, Riga, Londres, Nueva York, Shanghai y Beirut fuesen tan permeables a espiritistas, astrólogos, videntes y otros cultores de seudociencias. Tampoco es casual que unos de los financistas más ricos del momento, el húngaro Gyorgyi Soros, haya hecho carrera como astrólogo bursátil experto en horóscopos de acciones y bonos.

Persiste, claro, aquel antiguo, proteico trasfondo de pensamiento mágico que hace de bisagra entre especulación, seudociencias, uso político de datos personales obtenidos por astrólogos y similares, concepción conspirativa de la historia y obsesiones por asegurar el futuro -de una acción, del alma, del poder- identificándolo, a menudo subconscientemente, con un pasado mítico (juventud, potencia sexual, prosperidad, valores inmutables, paraíso perdido, etc.). En ese plano, Argentina tiene un caso contemporáneo: José López Rega, mistificador capaz de conjugar poder tras el trono, control de aparatos represivos, obsesiones paranoicas, avaricia y esa difusa ideología, tan común entre uniformados, especuladores y empresarios chicos, que mezcla antijudaísmo, formas aberrantes de masonería, tendencias totalitarias y moralina pequeñoburguesa. Similar patrón muestra Licio Gelli, sus nexos con mafias y con el Vaticano (reducto de pensamiento mágico, si los hay).

Protofascismo

Por fin, en 1929 sobreviene la tempestad cuyos efectos más intensos en Argentina recién se verán en 1930-31. Amén de acelerar la caída del primer régimen encabezado por un partido de clase media en el plano político, pero manejado por el *ancien régime* en el plano económico y financiero, el inicio de los años 30 queda marcado por un colapso especulativo que el gobierno militar no logra eludir.

Fruto de una alianza momentánea entre la vieja clase terrateniente y los intermediarios del comercio exterior, por un lado, su alero fascista más grupos de choque e ideólogos "plebeyos", el golpe de 1930 carece de coherencia. Ergo, afronta la insolencia externa e interna lanzando un empréstito a través de una de las entidades involucradas en la crisis, la Bolsa. Desalojados del poder formal José Félix Uriburu, una especie de Onganía *ci-devant* de tan pocas luces como su lejano sucesor, y la camarilla de ideólogos protofascistas (entre ellos, Leopoldo Lugones, Raúl Scalabrini y otros), al régimen fraudulento de Agustín P. Justo le toma años salir del brete. En 1933 se inicia la conversión de deuda por 3.000 millones de pesos oro -unos 6.800 millones de dólares, 163.500 millones a valores de 1995- y en 1934-5 se reemplaza la Caja de Conversión por un Banco Central, labor encomendada a Otto Niemeyer (Banco de Inglaterra) y Raúl R. Prebisch.

Entre 1930 y 1938, Argentina vive su primera recesión deflacionaria con achique del mercado real y, arrinconada por lo que la gente llamará mishidadura, malaria o secura, la gente consume cada vez menos. En un tipo de globalización más laxo que el actual, mientras los flujos financieros y comerciales se estancan por efectos del clima enrarecido entre las potencias, el país tarda ocho años en superar la recesión. Entretanto, el pacto Roca-Runciman la excluye de las preferencias comerciales británicas en favor de la Comunidad. Al mismo tiempo,

esa segunda globalización, identificada con el colonialismo clásico, estaba en decadencia desde 1919. Los síntomas: reparto de colonias alemanas, retroceso británico en Levante y regímenes cerrados en Rusia (1917), Italia (1922), Alemania (1933), Polonia (1935) y otros países al este o sur del Reich.

En la posguerra

Cuando las cosas parecían encaminarse en Argentina, se desata en 1939 la Segunda Guerra Mundial, cuyo cimbronazo financiero y bursátil se siente de lleno desde 1940.

Presionado por los intereses del poder económico, el gobierno federal rescata con enorme pérdida todos los títulos en la Bolsa para que ésta no se venga abajo. Como, durante la década anterior, el régimen no había dejado de ser intervencionista -diferencia clave con el gobierno que hoy timonea la segunda recesión argentina en este siglo- y funcionaban Juntas reguladoras de granos, carnes, yerba mate, azúcar, tabaco y comercio exterior; se crea un ente para regular la plaza bursátil comprando y vendiendo papeles. Naturalmente, lo dominan personeros de la especulación, destino que, con raras excepciones, seguirá la Comisión Nacional de Valores creada en 1946.

En líneas generales, no obstante, Buenos Aires se distanciaba cada vez más de los cánones prevalentes en Bolsas de primera magnitud y mercados modernos. Así, mientras la tercera globalización aún no asomaba (recién lo haría en 1971, cuando Richard M. Nixon suspende *sine die* la convertibilidad dólar-oro), las realidades de la fase modernista argentina -1861-1930- van degenerando en verdades reveladas, primero y, después, en mitos triviales. Así llegan a la actual posmodernidad retrograda, donde Buenos Aires simula adaptarse a la globalización como plaza emergente aunque, en los hechos, sólo desempeñe un papel periférico como variable menor en el flujo de fondos cortoplasticistas. Por

supuesto, el mito presentaba a la Bolsa como reflejo válido de la economía real y su forma aberrante, habitual desde 1991, consiste en darle al mito carácter transitorio doliendo que, si la Bolsa sube, el resto de la economía andrà mejor. Al respecto, existe un curioso precedente de 1947-50: Juan Domingo Perón aprovechaba los aniversarios bursátiles para contrapesar su populismo protofascista ostensible con mensajes sumamente simpáticos a los intereses creados (la tan denostada oligarquía) y, conservador típico, creía que una bolsa en ascenso equivalía a una economía en avance... Otro subproducto del pensamiento mágico y los mitos triviales del monetarismo.

Al cabo de los milenios, aquel poder primigenio de raíces mágicas se ha sublimado. La tercera globalización en la historia del capitalismo no repara en el poder político ni en los dioses y, al erigir el ahorro interno como marca dominante de soberanía real para los Estados nacionales -sea cual fuere su tamaño-, convierte al dinero en clave.

Pero, todavía, los hombres son hombres, el comandante Dada espera en un futuro remoto y, aun sin dioses, el pensamiento mágico es duro de morir. Algunos anacronismos vivientes, por ejemplo Carlos Menem o Eduardo Duhalde, buscan inmortalidad a través del poder. La mayoría es en el fondo más realista aunque no lo sepa, juega al loto, se mete en un bingo o se zambulle en la especulación y en Internet. Es decir, en ilusiones de inmortalidad virtual. Xanadú existe, después de todo.

Dios ama a los ricos

Si a la megaspeculación le faltaban profetas o santos, ahora el déficit lo subsana la extrema derecha en Estados Unidos proponiendo una "teología del dinero", que predica un judío ortodoxo en templos evangélicos. El asunto empieza en 1993-4, en forma de Cruzada contra el racionalismo, el iluminismo y el método cien-

tífico. A juicio de los neoconservadores, el cuestionamiento de verdades reveladas -entre ellas, las del monetarismo- lleva al caos y urge una contrarreforma.

Los contrarreformistas quieren volver a un mundo donde la religión organizada no sea discutida, pero tampoco se evidencian sus nexos con la magia, el sexo, la sangre, el poder y, por fin, la riqueza como substitutos triviales de la inmortalidad. Similares características muestran la especulación, la ludopatía y la obsesión por "controlar" algo que no existe, el futuro, mediante coberturas de riesgo y magia informática.

Ahora bien, estos contrarreformistas no creen en una deidad omnisciente, fuera de tiempo o espacio. No entienden al dios de los místicos ni al de los filósofos ni al de los mártires, sino al dios previsible que ofrecen las iglesias organizadas. Como dice el teólogo británico Roger Scruton, "están seguros de que dios ha muerto, pero no quieren que trascienda". En síntesis, quieren una religión sincrética, compatible con gente próspera y con el único fundamentalismo aceptable: el del mercado. *Dios quiere que seas rico* se titula un libro de Paul Zane Pilzer, judío conservador que apela al Viejo Testamento y lo interpreta de modo astuto pero teológica-mente frágil. Pilzer habla vendido, a fines de abril, más de 250.000 ejemplares y sus conferencias juntan hasta 500 personas, a 50 dólares por cabeza... en templos evangélicos.

Asistido por pastores, el personaje parte de una realidad más vieja que el capitalismo: "casi nadie ama a armonizar vida espiritual con vida material. Por eso, la asociación negativa entre ser rico y bien creyente. Se necesita una teología del dinero". Así, Pilzer encarna un fundamentalismo cuyas ideas de fondo son de la Edad Media y considera natural que haya a los ricos y subditos pobres.

Esta doctrina imbuye a la IV Iglesia Presbiteriana, la Comunidad de Willow Creek (Illinois) o el neocalvinismo de los pastores Dick Towler, Catherine Ponder y John Buchanan.

Amén de ofrecer a los fieles asesoría financiera, cuotas partes en fondos de inversión y consejos para evadir impuestos federales, esas iglesias coinciden con Pilzer en un punto axial: "La buena vida no va contra Dios porque el dinero forma parte del mismo orden divino".

Esta incipiente teología económica (su biblia es *Dinero y sentido de la vida*, del pastor Buchanan) pasa por alto toda alusión a materialismo y usura, con lo cual excluye varios libros del Viejo Testamento y casi todo el Nuevo.

En cambio, recomienda charlatanes orientales como Deepak Chopra o Sai Baba. Sin duda, la teología del dinero es un fenómeno interno de economías centrales simétrico a la globalización financiera. Ambas categorías tienden a eludir o eliminar reglas, no tributar y ganar autonomía o atarquía a expensas de los gobiernos. Esos nexos indican que la crisis de tránsito entre un ciclo macroeconómico y otro no se reduce al plano financiero ni a la periferia y obra en un contexto mucho más amplio.

En un marco donde las reacciones contra los excesos de la globalización surgen en sociedades avanzadas (Unión Europea, Japón) o países cuyo tamaño les permite defenderse (China, India, Brasil), también las tendencias a sacralizar la especulación y el dinero debían aparecer en economías centrales. Eso vale en contextos cristianos, judíos, budistas e hinduistas y si aún no se observan tendencias similares en el Islam es porque, olvidados el sufismo y la Falsafá, extintos los cuerpos místicos de la Shi'á y la Sunnâ, la teología musulmana no condena a ricos ni poderosos. Más bien, al contrario. ■

Nota

¹ El choque entre el Estado israelí y sus vecinos árabes más la reaparición de fundamentalismos en el Islam y el judaísmo tornan anacrónico el viejo término "antisemitismo". Desde el punto de vista lingüístico y cultural (racial no, porque es una categoría sin valdes antropológico), los árabes son semitas.

Llega a su fin el mito de la expansión ilimitada del mercado

La torpeza del capitalismo

Este artículo fue publicado el 11 de febrero último en *Mais!*, suplemento del diario *Folha de São Paulo*. Robert Kurz, sociólogo y ensayista alemán, es codirector de la revista *Krisis* y autor entre otros títulos, de *El colapso de la modernización*.

Robert Kurz

Hay una concepción ingenua, aunque sensata, sobre la productividad: cuanto más crece ésta, así piensa el buen sentido humano, mayor alivio trae a la vida en común. La mayor productividad permite fabricar más bienes con menos trabajo. ¿No es eso maravilloso? En nuestra época, sin embargo, parece que el aumento de la productividad, además de crear una cantidad exagerada de bienes, resultó en una avalancha de desempleo y miseria.

Desde fines de los 70 los sociólogos acostumbran hablar de un desempleo tecnológico o "estructural". Eso significa que el desempleo se desarrolla con independencia de los movimientos conjunturales de la economía y crece aun en períodos de **suro** financiero. En los años 80 y 90 la base de ese desempleo estructural, de ciclo a ciclo, se hizo cada vez mayor en casi todos los países; en 1995, según cifras de la Organización Internacional del Trabajo, 30 por ciento de la población económicamente activa de todo el mundo no tenía empleo estable.

Esta triste realidad, además de incompatible con el buen sentido humano, suscitó una curiosa reacción de los economistas. Los doctores en ciencias económicas actúan como si el fenómeno irracional del desempleo no tenga absolutamente

nada que ver con las leyes de la economía moderna; las causas, según ellos, deben ser buscadas en factores ajenos a la economía, sobre todo en la equivocada política financiera de los gobiernos.

A la vez, no obstante, esos mismos economistas afirman que el aumento de la productividad no disminuye el número de empleos sino, por el contrario, es responsable de su crecimiento. Esto fue comprobado por la historia de la modernidad. Lo que para el observador imparcial se asemeja a que la causa de la enfermedad también debe integrar la receta para la cura. Los economistas operan con una ecuación que más parece un sofisma. ¿Dónde está el error?

Un axioma de la teoría económica afirma que el objetivo de la producción es cubrir la falta de bienes de la población. Claro, eso es pura vanidad. Todos saben que el objetivo de la producción moderna es originar un lucro privado. La venta de los bienes producidos debe rendir más dinero que el costo de su producción. ¿Cuál es la relación interna entre esos dos objetivos? Los economistas dicen que el segundo objetivo es apenas un medio (en verdad, el mejor medio) de alcanzar la primera meta. Y, por consecuencia, es evidente que ambos objetivos no son idénticos; el primero se refiere a la economía como un todo y el segundo, a la economía de las empresas. De eso resultan contradicciones que, desde su inicio, tornan inestable al sistema económico moderno. La idea tan natural de que el aumento de la productividad facilita la vida de los hombres no toma en cuenta la racionalidad de las empresas. En verdad, se trata de saber cuál será el uso de una mayor capacidad productiva. Si la producción tiende a cubrir las propias necesidades, la evolución de los métodos y de los medios será utilizada, simplemente,

para trabajar menos y disfrutar de mayor tiempo libre.

Un productor de bienes para el mercado, por lo tanto, puede tener la brillante idea de trabajar lo mismo que venía trabajando y utilizar la productividad adicional para producir una cantidad mayor de mercaderías a fin de ganar más dinero en vez de aprovechar el ocio. Un administrador de empresas se ve forzado a llegar a esa idea, pues de nada le sirve que los asalariados conquisten una cuota mayor de tiempo libre. Para él, la productividad adicional representa de cualquier modo un triunfo sobre la competencia, siendo revertida en beneficio de la disminución de los costos y no en favor de la mayor comodidad de los productores.

Es, por eso, que en la historia económica moderna la jornada de trabajo disminuyó en una proporción mucho menor que el aumento correspondiente de la productividad. Hoy en día los asalariados aún trabajan más y durante más tiempo que los campesinos de la Edad Media.

La disminución de los costos, por lo tanto, no significa que los trabajadores trabajen menos manteniendo la misma producción, sino que menos trabajadores producen más productos. El aumento de la productividad reparte sus frutos de forma extremadamente desigual: mientras trabajadores "superfluos" son cesantados, crecen los lucros de los empresarios. Pero, si todas las empresas entraran en ese proceso, se abre la amenaza de que surja un efecto con el que no contaban los obtusos intereses de la economía empresarial: con el creciente desempleo disminuye el poder de compra de la sociedad. ¿Quién comprará, entonces, la cantidad cada vez mayor de mercaderías?

Las guildas de los artesanos de la Edad Media presintieron este peligro. Para ellas era un pecado y un

crimen competir con los colegas por medio del aumento de la productividad e intentar llevarlos a cualquier costo a la ruina. Los métodos de producción eran, por eso, rigidamente fijados y nadie podía modificarlos sin el consentimiento de las guildas. Lo que impedía el desarrollo tecnológico era menos la incapacidad técnica que esa organización social estática de los artesanos. Estos no producían para un mercado en el sentido moderno, sino para un mercado regional limitado, libre de competencia. Ese orden productivo duró más tiempo que lo que generalmente se supone. En gran parte de Alemania, la introducción de máquinas fue prohibida por la policía hasta mediados del siglo XVIII.

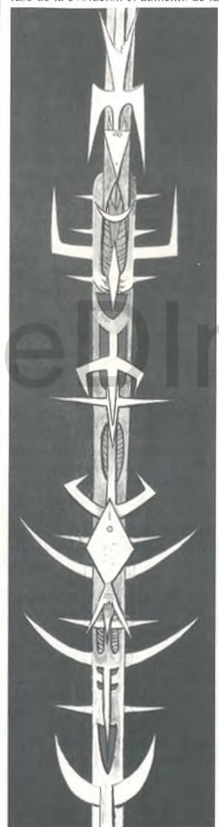
Inglaterra, como es sabido, fue la primera en derribar esa prohibición. Así, el camino quedó libre para las intenciones técnicas como para el telar mecánico y la máquina de vapor, los dos motores de la industrialización. Y, súbitamente, irrumpió la temida catástrofe social: en toda Europa, en el pas del siglo XVIII al XIX, se registró el primer desempleo tecnológico en masa.

Todo eso es el pasado, dicen los economistas: ¿la evolución posterior no demostró que los temores eran infundados? De hecho, a pesar de la continua expansión de las nuevas formas productivas del ramo industrial, el desempleo tecnológico cayó aceleradamente. Pero ¿por qué motivo? Acosados por la competencia recíproca, los industriales fueron obligados a restituir a los consumidores parte de sus ganancias con la producción. Las máquinas hicieron a los productos esencialmente más baratos para el consumidor.

Aunque para la producción de una determinada cantidad de productos textiles fuera necesaria una fuerza de trabajo menor que la de antes, la demanda de ropas y tejidos baratos creció tanto que, contrariamente a las expectativas, un número considerable de trabajadores fue empleado en las nuevas industrias.

Con eso, no obstante, el problema

no fue solucionado de raíz. Todo mercado, a su tiempo, alcanza un límite de saturación que lo torna incapaz de conquistar nuevas camadas de consumidores. Solamente en una cierta fase de la evolución el aumento de la



productividad conduce a la creación de más empleos para la sociedad, a pesar de la menor cantidad de trabajo necesaria para la confección de cada producto.

En esa fase, los métodos desarrollados abaratan el producto y lo preparan para el gran consumo de las masas. Antes de alcanzar ese nivel, el aumento de la productividad sumerge al antiguo modo de producción en una profunda crisis, como lo muestra el ejemplo de los artesanos textiles en el siglo XIX. En la otra punta del desarrollo, la crisis es igualmente una amenaza (con base en la propia producción industrial), cuando el nivel de expansión es sobrepasado y los mercados periféricos se encuentran saturados.

Pero esa misma expansión todavía puede ser transferida a otros sectores. A lo largo del siglo XIX, los antiguos reductos artesanales fueron progresivamente industrializados. Cada vez más productos redujeron sus precios y permitieron la explosión del mercado. El proceso sufrió tal aceleración que los artesanos "superfluos" eran inmediatamente absorbidos por el trabajo industrial evitando así que se repitiese la gran crisis social de los antiguos productores textiles.

Las crisis, aunque inevitables, parecían solamente transiciones dolorosas para alcanzar nuevos escalones de prosperidad. Pero ¿qué ocurre cuando todas las ramas de la producción ya están industrializadas y ya fueron alcanzados todos los límites de expansión del mercado? El desarrollo económico parecía refutar también este recelo. La industria no sólo absorbió las antiguas ramas de la producción artesanal, sino que también creó, a partir de sí misma, nuevos sectores productivos, inventó productos jamás imaginados e inundó la sed de compra en los consumidores. El proceso de aumento de la productividad, expansión y saturación de los mercados, creación de nuevas necesidades y nueva expansión parecía no tener límites.

Economistas como Joseph S.

Schumpeter y Nikolai Kondratieff formularon, a partir de esas ideas, la teoría de los llamados "grandes ciclos", en el desarrollo de la economía moderna. Según esta teoría, una determinada combinación de industrias siempre alcanza su límite histórico de saturación, envejece y comienza a encoger, luego de una fase de expansión impetuosa. Empresarios innovadores, en la condición de "destructoros creativos" (Schumpeter), inventan aun nuevos productos, nuevos métodos y nuevas industrias que liberan al capital de las antiguas inversiones estancadas y les dan nuevo aliento en un cuerpo tecnológico renovado.

El ejemplo lapidario de ese nacimiento de un nuevo ciclo es la industria automovilística. En 1886, el ingeniero alemán Karl Benz ya había construido el primer auto; pero hasta la Primera Guerra Mundial esa mercadería permaneció como un producto de lujo extremadamente caro. Como saliendo de las páginas del libro-texto de Schumpeter, surgió entonces el empresario innovador Henry Ford. Su creación no fue en sí el automóvil sino un nuevo método de producción.

En el siglo XIX, la producción creció sobre todo por el hecho de que las ramas artesanales fueron industrializadas por medio de la instalación de máquinas. La organización interna de la propia industria no había sido todavía objeto de grandes cuidados. Sólo después del 1900 el ingeniero norteamericano Frederick Taylor desarrolló un sistema de "administración científica", a fin de desmenuar las áreas del trabajo específicas y aumentar la producción.

Ford descubrió por medio de ese sistema reservas insospechadas de productividad en la organización del proceso productivo. Observó, por ejemplo, que un obrero promedio de la línea de montaje perdía mucho tiempo buscando tornillos. Entonces, éstos fueron transportados directamente al lugar de trabajo. Parte de ese proceso se volvió "superfluo" y, rápida-

mente, fue introducida la cinta transportadora.

Los resultados fueron sorprendentes. Hasta la Primera Guerra, la capacidad productiva de una fábrica de automóviles de porte medio permanecía en torno de los 10 mil autos por año; en Detroit, la nueva fábrica de Ford produjo, en el ejercicio financiero de 1914, la fantástica cifra de 248 mil unidades de sus célebre "Modelo T". Los nuevos métodos dispararon una nueva revolución industrial. Pero tal revolución "fordista", sucedió demasiado tarde como para evitar la crisis económica mundial (1929-33), desencadenada por los costos de la guerra y por la declinación global del comercio.

Después de 1945 sobrevino el "gran ciclo" de la producción industrial de automóviles, aparatos domésticos, entretenimientos electrónicos, etcétera. Apoyado en el antiguo modelo, sólo que ahora en dimensiones mucho mayores el aumento de la productividad creó un número asombroso de nuevos empleos, ya que la expansión del mercado de autos, heladeras, televisores, etc., exigía, en términos absolutos, más trabajo del que los métodos "fordistas", en términos relativos, economizaban en

cada producto.

En los años 70 las industrias fordistas alcanzaron su nivel histórico de saturación. Desde entonces vivimos la tercera revolución industrial, de la microelectrónica. Lleno de esperanzas, alguien recordó inmediatamente a Schumpeter. De hecho, los nuevos productos pasaron por un proceso semejante de abaratamiento, a la manera de los automóviles y de las heladeras: la computadora antes un aparato caro y destinado a grandes empresas, se desarrolló rápidamente en un producto de consumo de las masas. **Surto** económico no causó el correspondiente aumento de empleos.

Por primera vez en la historia de la modernidad, una nueva tecnología es capaz de economizar más trabajo, en términos absolutos, que el necesario para la expansión de los mercados de nuevos productos. En la tercera revolución industrial la capacidad de racionalización es mayor que la capacidad de expansión. La eficacia de una fase expansiva, creadora de empleos, dejó de existir. El desempleo tecnológico de la antigua historia de la industrialización hizo su retorno triunfal, sólo que ahora no se limita a una rama de la producción sino que se expande por todas las industrias, por todo el planeta.

El propio interés económico de las empresas conduce al absurdo. Ya es tiempo, después de doscientos años de era moderna, que el aumento de la productividad sirva para trabajar menos y vivir mejor. El sistema de mercado, sin embargo, no fue hecho para eso. Su acción se limita a transformar el excedente productivo en más producción y, por lo tanto, en más desempleo. Los economistas no quieren entender que la tercera revolución industrial posee una nueva cualidad, donde la teoría de Schumpeter ya no tiene validez. En vano, todavía esperan el "gran ciclo" de la microelectrónica: en vano, todavía esperan a Godot. ■

* Tradujo O.P.

INTERNACIONAL

España: transformaciones en la economía e identidad de la izquierda democrática

Más allá de los números, resulta bastante difícil decir que el Partido Popular y su líder, José María Aznar, se alzaron con una victoria en las últimas elecciones españolas.

Sebastián Etchemendy

Después de 13 años de gobierno, agobiado por escándalos de corrupción que incluyeron la fuga cinematográfica de un ex jefe de la Guardia Civil, financiamiento ilegal del partido y negociados financieros, más la seria acusación a funcionarios de la administración de tolerar, si no impulsar, la represión ilegal de separatistas vascos; después de que algunos sondeos de opinión anunciaran que la derecha arrasaba con más de diez puntos de ventaja, el PSOE, en una más que digna elección, se situó sólo a un punto y medio en porcentaje de la derecha. Como dijera el propio Felipe González después de los comicios, exultante y seguramente exasperado a sus rivales, "nunca una victoria ha sido tan amarga, y una derrota tan dulce". Felipe, aun perdiendo, refa último. Por su parte Aznar, quien en la campaña había insistido en la necesidad de una mayoría propia y criticaba al PSOE por ser "rehén" de los catalanes de Convergencia y Unión en la última legislatura, se vio obligado a llegar a algún tipo de acuerdo con ellos para formar gobierno, puesto que al PP le faltaron diecinueve escaños para alcanzar la mayoría propia.

El PSOE se aleja por primera vez del poder desde 1982, después de ganar cuatro elecciones seguidas. Así, ante el cambio de gobierno, uno comienza a preguntarse qué significaron para España 13 años de socialdemocracia. En la literatura académica so-

bre democratización, España suele aparecer como el caso casi ideal de transición a la democracia: a partir de 1976 desarrolló instituciones democráticas que todos los sectores político-sociales a excepción de grupos vascos perciben como legítimas, estableció un sistema de partidos moderado y con alternancia en 1982 y resolvió en gran medida el difícil problema de las tensiones regionales. Además, y no menos relevante, el país vivió una importante transformación económica que, si bien fue iniciada por gobiernos anteriores, el PSOE potenció decisivamente.

Basándonos en una serie de autores, el objetivo de este artículo es resaltar algunas características salientes de ese proceso de transformación económica española y sus determinantes políticos, a la vez de intentar señalar el aporte del

PSOE a la identidad económica de la izquierda democrática.

1) Gobierno del PSOE: transformación de la economía e identidad de la socialdemocracia

Si bien el gobierno de la UCD (1977-1982) fue el verdadero piloto de la etapa de negociación constitucional, su carácter de gobierno en minoría, sumado a la fuertes divisiones internas del partido de Suárez, le impidió encargar algunas reformas económicas que aparecerían como necesarias, lo que desestabilizó la situación económica (véase Bermeo 1994, p.607). Al asumir el PSOE en 1982 se le presentó un panorama económico adverso. Se destacaban las siguientes prioridades: encarrar la reconversión industrial, mayor control del déficit público, disminución



de una inflación y desempleo crecientes y combatir la recesión - el PBI se había reducido entre 1980 y 1982, al igual que la producción industrial y la inversión. Sin embargo, durante el primer gobierno de la transición los salarios habían crecido en términos reales,¹ no obstante la crisis -3% al año entre 1975 y 1982-. A pesar del crecimiento económico en los últimos años del franquismo, la economía aún tenía reformas estructurales pendientes si quería subirse al tren de la CEE, como ser la reforma fiscal -la capacidad del Estado para cobrar impuestos era muy baja-, liberalización del comercio, desregulación de precios, eliminación de subsidios, reorganización de los mercados de capitales y trabajo. (Maravall 1995, p.119; 1993: pp.118 y 123).

El PSOE desechó las políticas anticíclicas tradicionales del viejo keynesianismo intervencionista. El nuevo gobierno apuntó a mejorar la competitividad de la economía en el marco del proceso de integración europeo. Se abocó a reducir la inflación, para lo cual llevó a cabo una política monetaria estricta y buscó acuerdos salariales con los actores sociales. Entre otros cambios, llevó a cabo la reforma fiscal, reconvirtió un tercio de la actividad industrial del país, redujo notablemente -20 puntos- la dependencia del petróleo importado y liberalizó el sistema financiero (Maravall 1995,

p.121). El PSOE encaró una política de estabilización y reformas estructurales orientadas al mercado. Lo primero consistió en medidas a corto plazo diseñadas para bajar la inflación, reducir el déficit en la balanza de pagos y cortar el déficit fiscal. Las reformas estructurales pretendían hacer la economía más competitiva y comprenden una categoría heterogénea que va desde la liberalización del comercio y desregulación de precios a la reforma fiscal (Véase Przeworski 1991, p.144).

La España del PSOE logró un crecimiento económico promedio importante en los diez años entre 1982 y 1992, 3,6% anual contra 1,7 del gobierno anterior de derecha.² La tasa de crecimiento anual del PBI subió en el período 1982-87 del 1,2% al 5,6% (FMI, citado por Bermeo 1994, p.603). La inflación, en cambio, bajó a la mitad como promedio cuando gobernó el partido de la rosa, pasó del 16,7% con la derecha al 8%. Hay que aclarar, sin embargo, como sostienen los especialistas, que el PSOE toma el período de expansión económica de la CEE 1985-90 y la crisis comenzó a arrearcar nuevamente a partir de 1992, pero el crecimiento de España 1982-92 es incluso mayor a la media de la CEE. Otros puntos que nos interesa destacar son el talón de Aquiles de las políticas del PSOE, el desempleo, que en el período 1983-1992 es en promedio el doble de

la CEE en esos años y la moderación salarial en el ajuste: los salarios siguen aumentando, pero a un nivel mucho más bajo que en el gobierno anterior. Finalmente, importa señalar que aun en período de reforma estructural, los gastos totales de la administración **aumentan**- aunque el **rítmico de expansión** del gasto público como porcentaje del PBI es menor que en el período anterior- a la vez que **aumentan** apreciablemente la presión fiscal y los ingresos del Estado. Durante la década del 80 en que gobernó el PSOE, la presión fiscal aumentó 10,3 puntos porcentuales.³ **En otras palabras, el gobierno gasta más, pero recauda más.** Este último es el camino que eligió para reducir el déficit, cosa que el gobierno logra entre 1985 y 1989, pero que después vuelve a crecer como consecuencia de la presión salarial y de gasto público en políticas de bienestar (Maravall, 1995, p.122).

Este último punto del aumento del gasto nos lleva a una cuestión importante. Un apreciable grado de éxito en las reformas pro-mercado no significan conseguir criterios más justos de distribución social. Justamente políticas sociales de corte redistributivo fue el camino elegido por el PSOE para combatir los costos sociales de las reformas estructurales. Si bien ellas tuvieron un crecimiento cuantitativo importante desde la reapertura democrática en España, el crecimiento durante el gobierno socialista es mucho mayor. El gasto público en prestaciones por desempleo, sanidad, educación y pensiones aumentó un 39,7% durante los primeros años de la democracia con gobierno de derecha pero un 57% durante el gobierno socialista. El porcentaje de aumento de gastos en educación fue casi de 30 puntos durante el período de Felipe respecto del gobierno de la derecha y también es notable el aumento de los gastos en sanidad, del 8,3 promedio con la derecha-dictadura y UCD- a un 30,6% de aumento promedio con el PSOE.⁴

A esto último hay que agregarle una presión fiscal más progresiva y una redistribución del gasto de las regiones ricas a las regiones pobres. Entre 1982 y 1992, el 25% más pobre de la sociedad redujo su participación en la recau-

dación fiscal total de un 4% a un 0,3%, el 55% de rentas medias pasó a contribuir de un 36,1% a un 12,6%. En cambio, el 20% más rico pasó de aportar el 59,9% a un 87,1% de la recaudación fiscal en el mismo período. Los impuestos sobre la renta y el patrimonio representaron durante la década de los 80 un tercio de la presión fiscal, 10,3% del PBI (Maravall 1995, p. 239; 1993, p.138). La Argentina basa su recaudación en un impuesto regresivo como el IVA, que en 1992 fue un 6,3% del PBI.

Todo lo anterior hace que durante el período de gobierno del PSOE, a pesar de encarar una etapa de ajuste y reconversión, disminuya la brecha entre ricos y pobres en España. Entre 1980 y 1990, el 10% más pobre en España aumentó un 17,9% su participación en la distribución de la renta y la del 10% más rico disminuyó un 5,4%. Bajo los gobiernos conservadores (1979-1986) de EE.UU. y el Reino Unido, la **renta se concentró más**: el 10% más rico se llevó una proporción superior de la "torta" (+9,5% en RU, +6,4% en EE.UU.), mientras que la proporción que se llevó el 10% más pobre disminuyó.⁵

Es evidente que el costo del ajuste y reconversión lo pagan en España los desempleados. Sin embargo, una buena proporción del aumento en los gastos sociales se da en distintas formas de subsidios al desempleo. En 1984 un 36% de los desempleados recibían subsidio al desempleo. Hacia 1989, la mitad de los desempleados (52%) recibían asistencia gubernamental (Bermeo 1994, p.618).

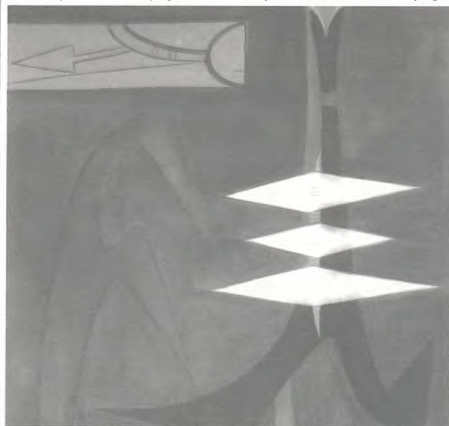
Probablemente en la amplitud de las políticas sociales reside la explicación de que el PSOE no es especialmente penado electoralmente por los desempleados. Según datos de 1988, hay apoyo al PSOE, entre los desempleados con empleo anterior y rechazo moderado entre quienes buscan el primer empleo. Si tomamos al PP, el rechazo es mayor en ambas categorías: moderado entre quienes buscan el primer empleo y fuerte en los desempleados con empleo anterior. Es curioso destacar, por ejemplo, que es mucho mayor el rechazo al PSOE entre los estudiantes que entre los desempleados.⁶

De este modo, para muchos autores España es el caso paradigmático de reforma económica con un Estado que se preocupa por atender los costos sociales del cambio. Al rechazar otros criterios, Bresser Pereira *et al.* (1993, pp.11-25; 254) consideran que el éxito de un plan de reforma económica pro mercado debe medirse según las siguientes condiciones: si se reanuda el crecimiento con niveles moderados de inflación, si se establece una red de protección social para quien sufra las consecuencias más graves de las reformas y si finalmente en el proceso se consolida la democracia, esto es, si se adoptan fórmulas de decisión política en intercambio y negociación con actores políticos en vez de un decisionismo tecnocrático. Según lo analizado más arriba, España cumple con apreciable grado de éxito los primeros dos criterios. Los propios autores recién citados encuentran que **España pasó** por un doloroso período de reconversión económica pero "...el rasgo distintivo del caso español fue la amplitud de sus políticas sociales: abarcaron la sanidad, la educación y el mantenimiento de rentas...". El tercer punto nos lleva a preguntarnos

por las condiciones políticas en que se desarrollaron las reformas.

2) La gestión política de la reforma económica

¿Cuál fue la interacción entre actores políticos y sociales en la formulación de las reformas? Algunos autores -ejemplo: Forewaker, 1987- han sostenido que la España del PSOE empleó pautas neocorporativas para la adopción de políticas. La identidad socialdemócrata del gobierno, su cercanía a una de las dos grandes organizaciones obreras -la UGT- y el carácter pactista y acordista de la transición podían considerarse como factores proclives a tal tipo de arreglos entre empresarios, trabajadores y Estado. Sin embargo, Nancy Bermeo rechaza la idea de que las políticas del PSOE adoptaran un carácter neocorporativo en su formulación. Sostiene que **los arreglos neocorporativos no se asocian en España a las políticas de reforma estructural**. Bermeo no encuentra ninguna relación entre los siete pactos firmados entre los actores sociales y el Estado en el período 1977-86 y las políticas de liberalización, progra-



mas de privatización o de reestructuración industrial. Tampoco encuentra relación alguna entre el *timing* de los pactos y los niveles de inversión. Si la hay, en cambio, con los acuerdos salariales, pero en última instancia éstos tienen que ver más con la estabilización que con las reformas estructurales (Bermeo 1994, pp.607-14). Maravall también coincide con este diagnóstico de ausencia de pautas neocorporativas, generalizándolo a todos los gobiernos socialdemócratas del sur de Europa en los 80.

Además, el sector de intereses en España fue tradicionalmente débil, siempre sobrepasado por los clivajes que polarizaban a la sociedad y que los partidos encarnaban.¹ Si bien en la reapertura democrática la patronal se agrupó en la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE), el sector trabajador se hallaba dividido en múltiples asociaciones, siendo las principales la UGT, de raíz socialista, y las Comisiones Obreras, de influencia comunista, cada una de las cuales representa aproximadamente un tercio de los trabajadores. Por otro lado la debilidad -más allá de su potencial de movilización- de los sindicatos se muestra en el bajo nivel de afiliación: en 1978 los sindicatos agrupaban un 56% de la fuerza de trabajo industrial; en 1980 agrupaban al 34%,

y en los tiempos de ajuste el nivel de afiliación de los trabajadores en general rondaba el 13%.² En suma, las condiciones estructurales -monopolio, centralización, fuerza organizativa- para favorecer el neocorporativismo estaban ausentes.

Es verdad, sin embargo, que los acuerdos fueron desapareciendo hacia fines de los 80 y paralelo a ello aumentó la conflictividad laboral. La UGT rompió con el gobierno socialista después de la huelga general de diciembre de 1988. Pero es evidente que las políticas del PSOE que provocaban desempleo y moderación salarial eran fuertemente resistidas por los sindicatos, que por supuesto también rechazaron los sucesivos intentos de flexibilizar el mercado de trabajo.

Si no fue una estrategia de concertación, ¿qué condiciones políticas facilitaron el cambio? En vista de los autores analizados debemos mencionar:

a) El mandato que recibe el PSOE en 1982, fortalecido por la desproporcionalidad del sistema electoral, un 57% de los escaños sumados a un partido de fuerte cohesión interna, donde se había restringido el poder de las minorías, todo esto potenciado por el incuestionado liderazgo de Felipe González.

b) La secuencia de la transición, esto es, que el gobierno de la UCD había

resuelto con un alto grado de éxito los problemas inherentes al proceso de cambio de régimen, los acomodamientos políticos, la relación con los militares y la cuestión regional a excepción del problema vasco.³ El gobierno recibió una agenda política sin grandes tensiones, lo que le permitió abocarse al proceso de reformas.

c) La mencionada debilidad sindical para la lucha política. Como ha sostenido Przeworski (1991), el peligro para las reformas de mercado son los sindicatos de fuerza "media", no los fuertes, que pueden negociar algún provecho en la distribución en el futuro, ni los débiles, que son sobrepasados.

d) La ideología socialdemócrata moderada⁴ del PSOE, fruto de lo que Maravall llama "aprendizaje político". Según este autor, la experiencia de la segunda república española, la cercanía de González a líderes europeos de la izquierda Moderada como Willy Brandt y Olof Palme y la influencia que recibe el político sevillano de la revisión ideológica del SPD alemán en Bad Godesberg, 1959, son elementos destacables en esta evolución. Todo ello sumado al experimento socialista francés, que a fines de 1982 daba muestras de agotamiento y a la importancia simbólico-política -además de la obvia económica- de integrarse a Europa como signo de rechazo al aislacionismo del franquismo. Integrarse a Europa implicaba la irreversibilidad de la democracia, pero también la necesidad de políticas económicas moderadas.

Es entonces probable que muchos autores -por ejemplo, Pzeworski, 1991, pág.187- hayan sobrestimado la voluntad de concertación del PSOE. Más bien entre las cuatro estrategias de formulación política de las reformas: decretismo, mandatismo, coalición parlamentaria y corporativismo, que enumeran Bresser Pereira et al. (1993, p.258), creo que la estrategia del PSOE, al menos en lo que hace a la formulación de las reformas estructurales más importantes, parece haber estado asociada al "mandatismo": El Ejecutivo no gobierna por decreto, pero cuenta con

una sólida mayoría parlamentaria que lo acompaña en un "mandato" que el gobierno considera en pro de un interés universal, lejos de las demandas sectoriales. En esta concepción el gobierno se "cierra" y es poco proclive a las demandas de los grupos de interés y de los otros partidos en el parlamento.

Conclusiones

En la primera parte de los años 70 España tenía un régimen autoritario represivo, múltiples fracturas sociales que salían a la luz con renovado vigor y amenazaban con polarizar el sistema de partidos. Si bien había experimentado períodos de crecimiento económico, la economía estaba semicerrada, afrontaba la crisis del petróleo con una gran dependencia energética, estaba aislada del proceso de integración europea, el Estado tenía dificultades para cobrar impuestos, había grandes desigualdades sociales y el gasto social era extremadamente bajo. Después de veinte años España se ha modernizado política y económicamente. Las elites políticas sociales consensuaron -siempre con la excepción de sectores vascos- un sistema de reglas de juego que perciben como legítimo y dentro de cuyas reglas apuestan a defender sus posiciones. Establecieron un sistema multipartidista moderado que ahora parece rechazar cualquier hegemonía. Acortó enormemente la brecha que la separa de la CEE mediante un proceso de reformas estructurales, fortaleció un Estado con más capacidad para cobrarle impuestos a su propia burguesía y amplió el espectro en forma notable de sus políticas sociales.

La reconfiguración del sistema de partidos, que fue central para la modernización en el período constitucional, estuvo fuertemente influida por un sistema electoral que redujo la fragmentación favoreciendo a los partidos mayoritarios y por las divisiones de la derecha, tanto entre los herederos del régimen a principios de la transición como su histórica división regional (PP y CyU) que sigue latente. Esos dos factores favorecieron al PSOE que llegó al gobierno con una holgada mayoría.

El partido de la rosa encará las políticas de modernización económica, pero a la vez les dio una identidad definida y socialdemócrata a través de un aumento de la fiscalidad y de un amplio espectro de políticas sociales. Es obvio que entre conservadores y socialdemócratas hay diferencias culturales y de valores en temas como el aborto, la educación o la legislación penal. Pero también las hay de raíz económica, a pesar de la creciente convergencia de políticas macroeconómicas y la integración.

La reforma económica, sin embargo, -aunque fuera paralela al aumento de bienes colectivos-, como se sabe, afecta a los grupos de interés a corto plazo: reduce el consumo, provoca desempleo y modera los salarios, lo cual hace difícil las relaciones con los sindicatos; aumenta impuestos, reconvierne la industria y abre la economía, lo cual puede dificultar las relaciones con sectores empresariales. De allí que el PSOE se planteara su cometido en términos universalistas y basara su formulación de políticas en una mayoría parlamentaria poco dispuesta a concertar, sobre todo en los primeros años de la gestión.

La España de los últimos años protagonizó, con el sello del aporte del PSOE, un caso casi paradigmático de transición estable a la democracia y reforma económica con apreciables grados de justicia social. Seguramente no fue una transformación radical y la España actual cuenta con bolsones de injusticia. Seguramente se vio favorecida por un contexto internacional favorable y una situación heredada que no era caótica. Pero lo que se hizo no fue poco. ■

Bibliografía

- Bermeo, Nancy, 1994, "Sacrifice, sequence, and strength in successful dual transitions: lessons from Spain", *The Journal of Politics*, vol.56, N°3, agosto.
- Bresser Pereira, Luis C., Maravall, J.M. y Przeworski, A., 1993, *Las reformas económicas en las nuevas democracias: un enfoque socialdemócrata*, Alianza, Madrid.
- Feldman, A., Menés, J.R. y García Pardo, N., 1989, "La estructura social y el apoyo partidista en España", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, julio-septiembre.

Foreraker, J., 1987, "Corporatist strategies and the transition to democracy in Spain", *Comparative Politics*, 20:57-72.

Lin, J., 1982, "A century of politics and interests in Spain", en S. Berger (ed.) *Organizing interests in Western Europe*, Cambridge University Press.

Maravall, J.M., 1993, "La política de las reformas económicas: La experiencia del sur de Europa", en Bresser Pereira, et al., op.cit.

Maravall, J.M., 1995, *Los resultados de la democracia*, Alianza, Madrid.

Przeworski, A., 1991, *Democracy and the market*, Cambridge University Press.

Notas

¹ Según Maravall (1993, p.110; 1995, p.78) los salarios reales crecieron en España un 7,1% entre 1961 y 1973 y un 40% por encima de la productividad entre 1970 y 1979. Esto se debe según el autor a la voluntad del gobierno autoritario de controlar las presiones políticas crecientes en una economía en desarrollo y a las demandas sociales posttrascendidas. Bermeo (1994, p.607) realiza un enfoque similar, al sostener que la situación de incertidumbre política que afrontó la UCD hizo que el partido de Suárez apuntara a los salarios y a proteger el empleo y los sectores más desprotegidos de la economía para contener la presión política.

² Excepto aclaración, los datos citados en esta parte son de *Economie Européenne* N°46, en Maravall (1993), pp.141 y 119 y Maravall (1995) pp.212 y 213.

³ Según Maravall esta subida en presión fiscal fue la mayor de todos los países de la OCDE.

⁴ Fuente: "Gasto Público en España", Ministerio de Economía y Hacienda, 1989, citado por Maravall (1995), p.237. Los períodos comparados son 1975-82 y 1982-1989.

⁵ Fuente: L.Ayala, R.Martínez y J.Huerta "La distribución de la renta en España en los 80, una perspectiva comparada", en Maravall 1995, p.239.

⁶ A.Feldman, J.Menés y N.García Pardo (1989), pp.28-31. Si bien los autores no encuentran una relación fuerte de rechazo entre los desempleados al PSOE, sí hay una correlación importante entre éstos y la abstención electoral.

⁷ Para una justificación de esta idea véase Linz 1982.

⁸ Los datos son de Gillespie 1993, p.541 y Bermeo 1994 p.609.

⁹ Estos dos primeros puntos son especialmente enfatizados por Bermeo, 1994.

¹⁰ Es bueno destacar que la moderación de la izquierda no era para nada obvia hacia principios de los 80, como lo muestran los casos de Mitterrand en Francia y Papandreu en Grecia.



Italia: la alternancia desbloquea la democracia

Norberto Bobbio

Este artículo fue publicado en *La Stampa*, el 23 de abril de 1996, a dos días del triunfo de la coalición de centroizquierda, el Olivo, en las elecciones legislativas italianas.

Hace algunos días he escrito en este diario que en el ABC de la democracia la primera regla es aquella según la cual los contendientes se reconocen recíprocamente como adversarios que se respetan y no como enemigos que se rechazan. No había agregado, pero lo daba por entendido, que sólo el acatamiento a esta regla puede permitir que mayorías y minorías no sean siempre las mismas, y consentir la alternancia entre la mayoría de hoy y la eventual mayoría de mañana.

Se escribe y se dice que la novedad de las elecciones de anteaño reside en el hecho de que por primera vez en la historia de la República ha venido la izquierda. Esta afirmación es sólo en parte cierta. En realidad no ha ganado la izquierda, sino una centroizquierda, si bien dada vuelta respecto a aquellos gobiernos de centroizquierda a los que nos habíamos acostumbrado desde 1960 en adelante. No más un centro que se inclinaba ligeramente hacia la izquierda, sino una izquierda que finalmente ha comprendido que para ser mayoría, como no lo había sido nunca, debía extenderse hacia el centro, englobándolo. La izquierda por sí sola tampoco esta vez hubiera ganado. El Partido Democrático de la Izquierda y Refundación Comunista, junto a pequeñas franjas socialistas, superan por poco el 30 por ciento de los votos. ¿Por qué no recordar que la suma de los sufragios de los dos partidos de la izquierda tradicional de la Primera República había superado alguna vez el 40 por ciento?

La verdadera novedad de estas elecciones es otra y bien más importante y decisiva para la evolución de nuestra democracia. Por primera vez

en la historia de nuestro país en dos elecciones sucesivas, las de 1994 y las de estos días, han ganado dos coaliciones opuestas, ayer la de centroderecha, hoy la de centroizquierda. ¿Qué significa esto? Significa que sucedió en nuestro país lo que nunca antes había ocurrido: la alternancia.

Por años habíamos lamentado que la democracia italiana fuera una democracia anómala. Adjudicábamos esta anomalía ya sea al "bipartidismo imperfecto", según el cual a uno de los dos grandes partidos le correspondía siempre el gobierno y al otro siempre la oposición, ya sea a un centrismo demasiado perfecto por el cual un gran partido ubicado en el centro del sistema podía, según las circunstancias, ser de centroderecha o de centroizquierda, y hasta en alguna ocasión ser de centro-centro (durante los gobiernos monocolor). Para definir esta situación, cualquiera fuera la clave de interpretación, se había acuñado una expresión incorporada al lenguaje político común: democracia bloqueada. No sé si nos hemos dado cuenta hasta el fondo que la consecuencia de las últimas elecciones es ante todo que la democracia italiana se está desbloqueando.

Desde este punto de partida podría comenzar una nueva historia. Utilizo el condicional no sólo por prudencia sino porque objetivamente el camino para un gobierno estable de la coalición ganadora está plagado de obstáculos. Y quien ha viajado por todos los caminos del país es muy prudente para olvidarlo. Sobre todo cuando los pasajeros de la coalición son muchos y no está dicho que todos quieran ir para el mismo lado. Sin embargo, si bien no hay que cantar

victoria antes de tiempo, tampoco debemos ser pesimistas.

En verdad la victoria de esta nueva centroizquierda es la consecuencia no sólo de la afortunada estrategia de los hombres que la han buscado y guiado, sino también de un hecho objetivo que ha modificado profundamente la conformación de nuestro sistema de partidos: la desaparición de la democracia cristiana. Ya escribí en enero de 1994, en un artículo titulado "La República que no sabe terminar", que la Primera República llegaría a su fin sólo cuando se verificaran algunas condiciones, entre ellas la "desaparición del partido católico". No vamos a extendernos aquí acerca de las sinuosas sendas que llevaron a este resultado. Pero hace tiempo que todos sabemos que efectivamente sucedió. En las elecciones de 1992 existía aún un partido popular que, a pesar de ser siempre más pequeño, gozaba de una vida autónoma y no formaba parte de ninguna coalición. Ahora el partido católico único y unido, unido porque único, no existe más. Los partidos católicos son por lo menos dos y ninguno puede caminar por sí solo. El gran centro se ha roto. No existe más aquel gran centro que había hecho decir, con razón, que Italia era un país que se gobernaba desde el centro o no se gobernaba.

Así, hoy el camino está más libre para un gobierno de izquierda y alternativamente, uno de derecha. Es tal vez muy temprano para expresar previsiones y no quiero tampoco oscurecer una fiesta de la que participo sinceramente yo también. Sólo sé que después de la fiesta empieza el trabajo. Esperemos que sea para bien."

* Tradujo F.C.

Sondeos de opinión pública

Democracia de los sentimientos

Franco Rositi

En 1940, consciente de los desastres producidos por la demagogia política y mirando a un laborioso, pero posible período de reconstrucción, Karl Mannheim escribía: "A medida que el proceso de democratización se generaliza, se hace cada vez más difícil dejar a las masas en su antiguo estado de ignorancia. O se desea la democracia, en cuyo caso se debe llevar a todos a un nivel más o menos igual de comprensión, o bien se debe cambiar el proceso de democratización".

Si se está convencido de que el problema planteado por Karl Mannheim en 1940 ha sido superado y que la opinión pública ha realizado ya enormes progresos, está claro que no tiene sentido interrogarse con demasiada insistencia sobre el tema de la relevancia política de los sondeos políticos (como, por lo demás, sobre muchos otros temas que hoy nos afligen, como por ejemplo sobre la desigual distribución del poder sobre los medios; programas políticos, charlas de café, cuestionarios, reflexiones políticas, ideales colectivos, grandes prédicas, todo entra dentro del círculo virtuoso de un mercado político transparente donde a vendedores y a adquirentes, a productores y consumidores, les está garantizado un conocimiento completo y un control consciente de la información. En tal horizonte es hasta normal que alguno, no viendo y ni siquiera sospechando los enormes déficit de información política que caracterizan nuestras elecciones políticas, pueda considerar que privar por algunos días a la opinión pública de los resultados de los sondeos electorales signifique un importante

ocultamiento de información relevante, un grave atentado a la libertad de los ciudadanos. Si en cambio adoptamos la convicción de que nuestra democracia es tal sólo porque está abierta a ideales democráticos todavía lejanos, es acaso inalcanzable; y si permanecemos en la pasión democrática que fue la de Mannheim y que nos hace hombres democráticos de una democracia imperfecta, está claro que debemos plantear la pregunta sobre el papel de las encuestas en la clarificación y en el desarrollo positivo de competencias en la opinión pública.

No quiero de ninguna manera considerar los casos de manipulación fraudulenta de los resultados de encuestas electorales a los efectos de reforzar determinadas corrientes de creencias y de opiniones. Ni quiero afrontar temas más arduos como los inherentes a la semiótica de la comunicación mediante sondeos y a la semiótica de la lectura

de los datos. Ambos temas merecen aún hoy nuevas reflexiones, pero el primero está más allá de los problemas que tengo en mente, y el segundo no está, por así decir, demasiado lejos.

En el horizonte en el cual nos interrogamos sobre el efecto de la práctica de los sondeos respecto de la cultura política colectiva de una democracia imperfecta, me urge en cambio individualizar algunos elementos de reflexión sobre el rol de aculturación política que puede desempeñar la práctica habitual de los sondeos, aun en el caso en que ellos tengan en medida suficiente corrección metodológica y honestidad de intenciones.

Debemos interrogarnos sobre cuáles son los efectos ideológicos posibles sobre la cultura política de masas por el hecho de que los **massmedia** pongan en circulación, cada vez con más frecuencia y cada vez con más relieve, los resultados de encuestas electorales y preelectorales. Para mayor claridad quisiera anticipar que mi orientación no es para nada la de quien, constatados los peligros de una práctica, quieren simplemente impedir. Aparte, el hecho de que ni yo por sí solo ni nosotros en conjunto seamos mínimamente racionales en planteamos tal megalmano intento, señalarla más bien el pleno acuerdo con lo que ha dicho recientemente Sergio Rizzo: "Si la política espectáculo impone una política acerca de los sondeos, entonces el desafío debe ser recogido pero reformulado. Que se vaya, entonces, más allá del engaño de la total desintegración del pensamiento político en preguntas y respuestas construidas sobre la nada y se pase a una más compleja auscultación de los ciudadanos donde el interrogar y el responder exijan una mayor dosis de atención y de comien-



to sobre la base de una política de la claridad".? Sin embargo sigue siendo útil reflexionar todavía un poco sobre los peligros de una política ingenua respecto de las encuestas. Se pueden considerar tales peligros como **derivaciones ideológicas**, vale decir como movimientos casi imperceptibles de la cultura política colectiva: nadie está en condiciones de advertirlos mientras suceden, pero todos finalmente comprueban que algo fundamental está modificado, acaso con resultados dramáticos.

Sobre la base de la literatura existente haré una lista de lo que me parecen los principales peligros: a) la política como humor; b) la política como simplicidad; c) la política como heterodirección; d) la política como compactación.

La política como humor

Antes de la afortunada previsión de Gallup en 1936, y en Italia hasta hace una veintena de años, el único modo para conocer las preferencias políticas de la población era el de esperar los resultados electorales. En Italia, por ejemplo, los resultados electorales de 1948 fueron sustancialmente imprevistos. Pero las elecciones no son un sondeo *sui generis*. Podrían serlo: la fantasciencia se ha ejercitado sobre esta hipótesis y ya la democracia ateniense formaba por sorteo el grupo de los votantes. Pero es muy probable que llamar a las urnas a la totalidad de los ciudadanos (en vez de un grupo, algo que es mucho más económico) seguirá siendo el modo insuperable para mantener bien vivos los ideales democráticos en la cultura colectiva. Las elecciones permanecen como un ritual de los ideales democráticos: se desarrollan en un día festivo, requieren un aparato costoso, suspenden los clamores de la propaganda, definen un momento de recogimiento y de reflexión.

No importa siquiera que la realidad contradiga en parte los

significados ambiciosos de este ritual. No importa que muchos no voten o voten a regañadientes. Importa que la presión simbólica permanezca y que también la pragmática del pronunciamiento electoral siga testimoniando la presencia no sólo de libertad sino también de racionalidad y de responsabilidad. Ya Max Scheler, a principios de siglo, temía el desplazamiento hacia una "democracia de los sentimientos" (*Stimmungsdemokratie*), no obstante lo cual los ideales democráticos y la organización simbólica de las elecciones continúan imprimiendo sobre la cultura política colectiva el valor de la elección del voto como acto de racionalidad y de responsabilidad.

No obstante, la compulsión de las encuestas y de las informaciones sobre los resultados de ellas sigue una línea simbólica muy diversa. La información electoral es capturada en momentos imprevistos, cada vez más frecuentemente por vía de una intrusión telefónica, y es expuesta públicamente en contextos de juego. Esto sucede repetidamente, casi todos los días, enfatizando la volubilidad de los ciudadanos. No está excluido que lo que se

enfatisa sea finalmente producto y que la elección del voto sea cada vez más asimilada a la distraída respuesta de una pregunta de la encuesta.

"Voto de pertenencia", "voto de intercambio", "voto de opinión", etc., ninguno de estos tipos de voto puede pretender por sí una raíz racional mayor, pero todos deberían medirse sobre la base de la competencia y del grado de reflexión que expresan respecto de aquel complejo entrecruce de fuerzas, de intereses y de valores que es la sociedad. La curiosidad del encuestador, su prisa, sus economías no ponen en acción una pragmática de la comunicación que respete el aura racional de la expresión del voto. Al fin, si no interviene decisiones deflactivas sobre estas prácticas de interrogación y si ellas no son inscritas dentro de fines públicamente argumentados y no adquieren por tanto la autoridad de una institución, es probable que también desde aquí puedan derivar cuestionamientos a una concepción voluble y sentimental del pronunciamiento del voto.

La política como simplicidad

Al fin de cuentas interrogar a alguien sobre el partido al que va a votar es algo culturalmente más higiénico que interrogarlo sobre complejas cuestiones de decisión política. Al menos no se está obligado a realizar simplificaciones arbitrarias de las cuestiones, a homologaciones, a mensajes de ambiguo significado: en un listado de partidos la complejidad política ha sido ya simplificada por otros, ha sido por así decir institucionalmente simplificada, e interrogador e interrogado no están obligados a hilvanar autónomamente y *ex novo* el juego engañoso de la simplicidad.

Pero cuando se requieren opiniones sobre la política económica del gobierno, o sobre la política judicial, etc., se pueden también obtener algunos elementos de conocimiento sobre los

humores de la opinión pública, pero se difunden, entre los entrevistados y entre el más vasto público informado de los resultados, ideas equivocadas sobre las alternativas decisionales que están en el tapete y, sea como fuere, la apariencia de una ilusoria claridad. Como ha escrito Pierre Bourdieu, la lógica politológica puede derivar del ansia de utilizar instrumentos propios de la ciencia y de su "economía", una inclinación a simplificaciones absurdas de la problemática política: se tiene entonces una politización científica que preludia a una sustancial despolitización.²

Si se quiere interrogar a un conjunto de ciudadanos sobre cuestiones complejas, son necesarios instrumentos distintos de la mera elección entre algunas proposiciones diseñadas de manera elemental. Se necesitará por lo menos saber en todos los casos el nivel informativo de los interrogados. En cambio en los casos normales, aquellos que más frecuentemente se necesita comprobar en las prácticas dosológicas, es difícil evitar la impresión de que el único resultado cierto está en el número de los que no responden, como indicador de la tasa de población inteligente que rechaza prestarse al juego de las simplificaciones.

La política como heterodirección

¿A cuál necesidad corresponden las informaciones sobre los encuestas electorales y para electorales? Ciertamente todos saben que ellos pueden ser útiles a los profesionales de la política y a los diseñadores de las campañas electorales. Muchos más inciertos son los motivos por los cuales ellos deban interesar a la generalidad de la población. Pero si también nos detenemos en el plano de los profesionales de la política, ha sido ya enunciada desde hace muchos años la pre-ocupación sobre el efecto que las informaciones, a través de las encuestas, producen sobre la ela-

boración y sobre la confección de los programas políticos. Una encuesta realizada en los Estados Unidos en 1949 (H.L.Child) mostraba que el 70 por ciento de los hombres políticos que cumplían sus funciones en Washington pensaba que sus decisiones y las de sus colegas sufrían la influencia de las encuestas: desde entonces la práctica de delegación a las encuestas de las propias elecciones políticas han aumentado enormemente en el seno de las capas de los profesionales de la política. ¿Cómo sorprenderse, en tal contexto, de los resultados de una investigación de 1968 (no conozco otras investigaciones similares) que muestra cómo los líderes sufren la misma confusión que los ciudadanos que los han elegido?

No quiero de ningún modo negar que para el *policy making* sean útiles interrogaciones de la opinión pública. Pero obviamente tales interrogaciones no deben realizarse en el terreno reduccionista que caracteriza a gran parte de las encuestas modernas.

En lo que se refiere a la población común: ¿qué información esencial obtiene ella de las encuestas? Aun de-

jando de lado cualquier consideración sobre la tendencia gregaria en la población, donde las encuestas tendrían inevitablemente un efecto de reforzamiento de las mayorías, sigue subsistiendo el hecho de que una ciudadanía para la cual el juego de las encuestas tiene gran éxito está distante del modelo clásico de una ciudadanía para la cual cada uno decide con relativa autonomía, con una cierta indiferencia respecto de las elecciones de los otros. El modelo de la heterodirección encuentra alguna verificación en la moderna manía de las encuestas.

La política como compactación

Consideremos, por fin, que la escasa cantidad de los grupos, típica de una oferta abundante de encuestas y de una competencia de costos rebajados, permite normalmente representar más a toda la población que a las categorías particulares que la componen. Ya un diseño de investigación que permitiese representar los casilleros que se obtienen del cruce entre sexo, edad, nivel social y zona geopolítica requeriría grupos mucho más grandes que los habituales.

Es por esto que normalmente los resultados son publicitados con la máxima agresión que brindan los datos. Es inevitable que este tipo de información refuerce la imagen de una población compacta, que no está estratificada sino más bien fragmentada en muchos subcomponentes. Si se continúa el juego, aunque sea un poco, es fácil que desde expresiones como "la mayoría de los italianos" se pase a expresiones como "los italianos en mayoría", hasta concluir con una triunfal referencia a los italianos *tout court*. La evidente degradación semántica, de la que normalmente son más responsables los periodistas que los autores de las encuestas, pero que estos últimos a mí parecer no combaten con intensidad, tiene la exacta orientación que conduce a



interpretar el principio de mayoría como legitimación de una mayoría parlamentaria que representa a toda la población, evitándose así todas las intermediaciones que la sabiduría democrática ha interpuesto contra tanta arrogancia.

Una representación más analítica de los datos tendría, a mi parecer, una gran eficacia educativa, representaría un principio de crecimiento de la cultura política colectiva: obligaría a "escudriñar entre los datos", como he escuchado decir a Romano Prodi, a interrogarse sobre por qué ciertas categorías la piensan de un modo y otras de otro, podría hasta representar el principio de una autorrelativización que está en las antipodas del escepticismo y que está, entre otras cosas, entre los principios de una buena democracia.

La parte de importancia que ellas pueden tener en la conformación de la cultura política colectiva. En aquellos juegos en los cuales la meta es muy ambiciosa, y ciertamente la permanencia de los ideales democráticos y nuestra común percepción de las carencias de la democracia actual constituyen una apuesta muy alta, en este tipo de juegos también un rol marginal puede provocar un gran sentido de responsabilidad.

A la pobreza de ciertas prácticas de las encuestas se puede responder con alguna buena legislación, con algún buen código de deontología profesional, pero sobre todo, a mi parecer, se debe responder, como ya lo he advertido, elevando el nivel de estas prácticas de conocimiento de la opinión pública. Más allá de cualquier pesimismo codificado, siempre se debe buscar el camino que nos lleve a expulsar la moneda mala con la moneda buena.

Me parece que en otros países la reflexión sobre cómo usar las encuestas para los fines de la democracia está mucho más avanzada que entre nosotros. Acaso estamos todavía provincial y puerilmente sorprendidos por el juego de previsión que las encuestas permiten. En otra parte nosotros avanzamos mucho en el terreno de una democracia que sepa institucional y calificadamente interrogar a la opinión pública, en definitiva autointerrogarse, hasta plantear la valiente hipótesis de sondeos de opinión que tengan fines deliberativos (*deliberative opinion polls*). Es innecesario decir que en ciertas condiciones y revolucionando los mismos modos de interrogación.

Para los más escépticos puede parecer que propuestas de este tipo tienen el mismo irrealismo de quien quiere reparar las vías con un tren andando, o según una metáfora menos extrema,

arreglar una nave en alta mar. Pero al fin de cuentas las encuestas tienen de por sí algo en común con el ideal democrático de dar voz a la población: es suficiente permanecer un poco testarudamente fiel a esta originaria vocación suya.

Notas

¹ Este artículo fue tomado de la revista *Reti*, N°18, de junio de 1995.

Tradujo Jorge Tula.

² Karl Mannheim.

³ S. Ristuccia, "Mettere la democrazia al lavoro. Primo aggiornamento", en *Queste istituzioni*, N°100, 1994, p. XVI.

⁴ Pierre Bourdieu, "Les doxosophes", en *Minut*, 1973, pp. 26-45; véase también del mismo autor, "L'opinion publique n'existe pas", conferencia, 1972.

⁵ N.R. Luthberg, "The Structure of Belief Among Leaders and the Public", en *Public Opinion Quarterly*, N°2, 1968.

ENTREVISTA

Una charla con Franco Ferrarotti

Claudio Tognonato

Franco Ferrarotti nace en Piemonte en 1926, estudia en Turín, Londres y Chicago, obtiene en 1961 el primer concurso para cátedra de Sociología en la Universidad italiana. Es diputado nacional en la Tercera Legislatura, renunciando posteriormente a la carrera política para dedicarse de lleno al estudio y la investigación. Actualmente es director del doctorado en "Teoría y métodos de investigación social" en la Universidad de Roma, es Director de estudios del "Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París y Presidente del Staff Seminar en la New School for Social Research de Nueva York. Dirige la revista *Critica sociologica* y es autor de numerosos volúmenes, entre otros se destacan *Tratado de sociología* (1968), *Il pensiero sociologico da Auguste Comte a Max Weber* (1974), *Alle radici della violenza* (1979), *Storia storie di vita* (1981), *Una teologia per ateí* (1984), *Cinque scenari per il Duemila* (1985), *La storia e il quotidiano* (1986), *Il ricordo e la temporalità* (1989), *L'Italia in bilico* (1990), *Una fede senza dogmi* (1990), *I grattacieli no hanno foglie* (1991), *La tentazione dell'oblio* (1993), *La parola operaia* (1994), *Homo sentiens* (1995), *Max Weber, tra nazionalismo e democrazia* (1995).

Profesor Ferrarotti, para usted, que es uno de los padres fundadores de la sociología italiana moderna, ¿cuál es hoy la función del intelectual y en particular modo la del sociólogo?

El rol del sociólogo y del intelectual es hoy más complejo, incluso de lo que era sólo diez años atrás, debido sobre todo, al derrumbe de las grandes ideologías globales. Estas contenían un porcentaje inaceptable de falsedades o por lo menos de afirmaciones empíricamente infundadas si bien cumplían una importante función de guía, nos decía cuál

era el sentido de la historia, hacia dónde estaba dirigida. Por lo tanto la ideología era un instrumento de orientación, imperfecto, que racionalizaba intereses circunscriptos y autoreferenciales. De todos modos ella tenía la función de provocar entusiasmo, encuadrar a las personas, como decía el mismo Lenin "forjaba las armas del proletariado". En esta concepción, los intelectuales eran los administradores de este capital ideológico, los intérpretes, forzando los términos se podría decir que eran intelectuales "orgánicos" en sentido gramsciano, diputados de la transmisión y divulgación del credo ideológico. En este sentido hay que confesar, aunque la cosa sea poco placentera, que el rol del intelectual y del sociólogo en el mundo de hace diez o quince años, era sustancialmente comparable a un rol sacerdotal: la función de predicar el verbo, de custodiar la ortodoxia. Hoy creo que hay una gran confusión entre los intelectuales ya que la crisis de la ideología lo pone frente a una doble perspectiva, por un lado la de aunar esta crisis al derrumbe de los ideales, es decir percherarse para vivir al día. Es el oportunismo, un oportunismo práctico que al intelectual, en ciertas situaciones culturales como la mediterránea, no le es demasiado difícil, siendo que desde hace siglos crece en la búsqueda -más o menos espasmódica- de un poder que lo proteja, a la sombra de la Iglesia, del Príncipe o de la industria. Por un lado está la tarea, por cierto nada fácil, de construir una nueva interpretación de la realidad. Construcción que deberá ser también una proyección sobre el futuro, que no se transforme en una nueva versión de la vieja ideología, dogmática, rígida, global, etc., sino que sea como aquello que yo prefiero llamar *utopía flexible a medio término*, o sea, aquella fuerza ideal que nos guía hacia la construcción de un futuro en modo no dogmático. De modo que pueda tener en cuenta el juicio de la comu-

nidad y transformarse, modificarse según este juicio.

¿... a qué cosa se refiere cuando habla de vieja ideología?

Ante todo creo que es necesario definir qué cosa es la ideología. La ideología, es -según el modelo clásico de los textos alemanes- una expresión de la mala conciencia. En el mejor de los casos puede ser un autengaño.

No hay que olvidar que la ideología era un término despreciado por los poshegelianos.

Sin lugar a dudas, y lo era también para Napoleón, con respecto a los miembros del Instituto después de la Revolución Francesa. Decía con desprecio "ustedes son ideólogos". Pero la ideología es también el estudio de las ideas, o sea un sentido positivo que indica la temperatura intelectual media de un determinado sector social. De modo que se puede decir por ejemplo, "la ideología de los jueces" o "la ideología de los industriales", es decir aquello que piensan medianamente. Y por último, como ya sabemos, hay una tercera versión de la ideología elaborada por Karl Mannheim en *Ideología y utopía* -y aquí Mannheim se acerca al marxismo- para el cual no es más que la racionalización, la justificación en términos seudouniversales de intereses particulares, mientras que la utopía es aquello que en lenguaje común se denomina ideología o sea la fuerza motriz de la historia.

De todos modos, cuando se habla de ideología o de la caída de la ideología, en realidad se hace referencia a la crisis del dogmatismo, es ésta la inercia que se critica.

Así es. Habría que decir también que la ideología, renunciando o ignorando la dimensión estratégica, se reduce a la dimensión táctica y suple esta falta con el dogmatismo. Se transforma así en una religión laica donde no se discute más. Por un lado están los discípulos, los fieles y por otro los heréticos



-que deberán ser exterminados.

Las modas culturales que han hecho un dogma de "la crisis de la ideología" han sucesivamente exaltado aquel del "fin de la historia". ¿Usted piensa que es correcta esta teoría?

Esta concepción del fin de la historia, en el momento en que proclama el fin de la ideología -retomando el viejo libro de 1960 de Daniel Bell, *The end of ideology*- y el fin de la historia, no hace más que elaborar en modo subrepticio una nueva ideología, la ideología del fin de la ideología. Esta seudoteoría fracasa simplemente porque los seres humanos no pueden reducirse al hacer por hacer. Poseen una dimensión indeterminada donde la libertad, en el interior de los condicionamientos históricos, es posible. Los seres humanos no son ni libres, ni determinados, están condicionados. Esto significa que no pueden vivir sin un dibujo proyectual. Claro que este proyecto, como decía antes, no debe ser necesariamente rígido y dogmático. Y aquí podría completar su primera pregunta porque aquí aparece la diferencia entre el intelectual y el sociólogo, ya que mientras el intelectual, no disponiendo de los instrumentos de la investigación empírica podría realmente acointarse de las grandes visiones, el sociólogo debería además tener la responsabilidad de interrogar a las personas. De escuchar si es verdadera -la que yo considero la mejor definición de sociología- la sociología como instrumento de autoescucha de la sociedad industrial.

En este contexto ¿cree usted que el socialismo es aún la alternativa a la "sociedad de mercado"?

No, no creo que constituya una alternativa válida. El socialismo nace como una gran experiencia de solidaridad, nace desde la base de la sociedad como un instrumento de supervivencia y libertad. Pero, a partir del momento en que tiene la pretensión de presentarse como una empresa "científica", ya no utópica ni moral, desde el momento en que ironiza complacientemente contra los viejos socialistas utópicos, como Fourier o Saint Simone, contra todo el socialismo premarxista, desde ese momento se pone en juego, se expone por

un exceso de seguridad. Cuando una praxis presume poderse apoyar o incluso identificar con un análisis científico, no puede más concederse el lujo de las excepciones. Se rinde como esclava a la razón científica, que es una razón extremadamente limitada. Es así como el socialismo, que nace como una gran opción moral, en el momento en que busca una certificación detrás de la "verdad científica" se pierde. Aquí hay una contradicción interna en el marxismo: el socialismo y el comunismo en Marx, no dependen -como él trata de hacernos creer- de sus investigaciones científicas sobre la producción o sobre la acumulación primitiva de capital sino, por el contrario, derivan de una opción moral precientífica del Marx joven, del Marx de la izquierda hegeliana en Berlín. El Marx maduro buscará de hacerla pasar del plano ético de opción personal, al plano científico como verdad intersubjetiva, paradójicamente para darle más fuerza a su propia elección personal. Desgraciadamente de esta aporía lógica -está fuera de discusión la buena fe de Marx- de esta indebida extrapolación de un plano ético a otro de verdad intersubjetiva, de esta contradicción, nace incluso la violencia burocrática de la construcción marxista que termina traicionando al propio Marx.

En el marco de esta crisis generalizada de las ideas y de las utopías ¿piensa usted que la democracia es la única alternativa? Y si así fuese ¿qué se entiende por ella?

La democracia admite dos concepciones fundamentales. Ambas parten, por supuesto, de la gran sugestión que aún ejerce sobre nosotros la democracia de Pericles en la Atenas del siglo quinto. Ante todo no habría que olvidar que esa es la democracia de pocos ciudadanos libres sostenidos en sus necesidades prácticas por una multitud de esclavos. Decíamos que son dos las concepciones, por un lado aquella que llamaría **formal numérica**, que alguna vez en los momentos de humor polémico llamé también, **democrático**. Es un procedimiento jurídico formal. Se cuentan los votos independientemente de la sustancia de la cosa en discusión, la mayoría gana, la minoría pierde. Mi

objeción a esta concepción en una sociedad de masas es que en nuestra época los ciudadanos no son más "singulares", se agrupan en partidos, en logias, masónicas o en grupos de interés, en movimientos sociales, etc. Entonces el problema es que no hay democracia, no hay democracia interna porque se trata de estructuras funcionales con finalidades precisas. No son organismos parlamentarios democráticos. Hay que encarar el problema como una **poliarquía**: no son los individuos los que deciden sino las organizaciones, que en un juego dialéctico generan la vida democrática. Mi objeción es que estas organizaciones que **no son democráticas** en sus procedimientos internos reducen la democracia a la posibilidad de elegir entre esclavitudes alternativas. Lo que le falta a esta concepción es justamente la otra concepción, aquella que llamaría "fuerte". La democracia es un procedimiento pero al mismo tiempo es un ideal que debe ser realizado. Por lo que no se puede hacer depender la calidad del espíritu democrático del puro alternarse de mayorías y minorías porque existe el riesgo efectivo de una tiranía de la mayoría. O, mejor dicho, en las condiciones actuales, existe el riesgo de una manipulación de masa que da lugar a una mayoría de votos que no refleja necesariamente la voluntad general. Aquí está el gran equívoco del concepto de "voluntad general" de Rousseau, que ha sido erróneamente interpretado como "voluntad de la mayoría". Madison, uno de los grandes autores que sientan las bases de la Constitución de los Estados Unidos, habla explícitamente del riesgo de una tiranía de la mayoría demagógicamente manipulada. Esto significa que aquellos que tienen el poder no pueden sentirse adecuadamente legitimados por el sólo hecho de tener la mayoría. Deberán ejercer ese poder con base en los ideales de todo régimen democrático, ideales de libertad, de justicia y de igualdad.

Sin embargo la *politológica moderna* tiende a reducir el pensamiento y la praxis democrática a un procedimiento legalmente inconvertible, a una mera formalidad técnica.

Es realmente extraño, no entiendo

cómo todavía hoy puede aceptarse esta posición cuando existen ejemplos de las peores dictaduras que han llegado legalmente al poder. En enero de 1933, Adolf Hitler. En el caso de Mussolini un poco menos y seguramente no es el caso de Francisco Franco -fruto de una sangrienta guerra civil-, con Mussolini hay movilización de las masas, pero también allí está la iniciativa de Víctor Manuel III que llama a Mussolini, lo legitima. En el caso de Hitler, a partir del artículo 48 de la Constitución de Weimar y vista la situación de emergencia, es investido con los poderes del Reich. Esto fue posible gracias a una concepción meramente formal de la democracia.

La sociología y la politología italiana, con Pareto y con Mosca han contribuido también a la crítica de la concepción democrática de las mayorías... Se podría decir que éste es uno de los pocos aportes con carácter universal de las ciencias sociales italianas.

Efectivamente Mosca nos dice que no existe una democracia de las mayorías ya que todos los regímenes democráticos están guiados por una minoría organizada. Esto vale sobre todo para aquellas organizaciones de cuya dialéctica debería resultar la democracia.

Fíjese que por ejemplo en una universidad, hasta que exista un grupo que mantiene contactos informales (no faltan nunca a las reuniones y hacen una especie de prurient) para que la democracia, formalmente inconvertible, quede sustancialmente liquidada. Y esto ocurre porque la democracia es un régimen político que se expresa en un juego que, al menos en parte, debe producirse "a oscuras". No debería suceder nunca lo que sucederá, la democracia no debería estar precedida de estas "pruebas generales". Hoy se llega a la exquistez -que yo he podido constatar personalmente- de tener una reunión para discutir sobre una cierta decisión y la minoría, la minoría organizada, antes de la reunión hace sus ensayos donde otorga a algunos miembros de esta minoría el rol de oposición, éstos tomarán la palabra para hacer objecio-



nes, pero serán objeciones domesticadas a la decisión ya tomada por la minoría activa. Hechas adrede para cooptar y debilitar a la verdadera oposición, formada por aquellos que no están organizados. Así es como la democracia queda totalmente falseada. El resultado es ya conocido antes de que se produzca el procedimiento. Estas conclusiones son en parte fruto de mis investigaciones acerca del poder.

Frente al proceso mundial de privatización de la cosa pública, ¿qué papel ocupará el Estado en los próximos decenios?, ¿cuál es la teoría del Estado que hegemoniza esta transformación?

Yo creo -y esta es mi opinión personal- que el Estado, entendiendo por esto la forma de Estado-nación, ha llegado a su fin, es obsoleta. Muestra carencias incolmables, irremediables, que son las carencias de un organismo que entra en su faz agónica. Esta agónica podría durar también medio siglo, pero ya hoy se puede observar cómo el mundo se organiza a través de grandes regiones (Comunidad Europea, Nafta, Unión Comercial del Extremo Oriente, Mercosur, etc.). El Estado-nación no tiene ya la dimensión requerida ni para las grandes inversiones que exige la tecnología, por

ser demasiado chico, ni para alcanzar a sus pequeñas comunidades de base, por ser demasiado grande, demasiado burocratizado. Uno de los pocos países que hoy sigue teniendo un Estado centralizado es Francia. Debido probablemente a la herencia de Napoleón y de la Revolución Francesa la cual, paradójicamente -como tal vez pocos recuerden- creó una clase de propietarios, porque el "ciudadano" de la Revolución Francesa es sólo el propietario, los otros no son ciudadanos. Hay un elemento conservador, reaccionario en ella que debería siempre tenerse en cuenta. Hoy, en el mundo esta forma es obsoleta. Se puede esperar que aparezcan grandes formaciones supranacionales, supraestatales, pero éstas son lentas en su formación debido a los grandes intereses contrapuestos. Las mismas Naciones Unidas son débiles ya que sus mediaciones son

extenuantes.

La actual forma Estado es obsoleta, las organizaciones supranacionales están aún en formación, ¿quién guía entonces este proceso?

Debo reconocer, no sin amargura, que la fuerza que guía este proceso a escala mundial es pura y simplemente un "domicilio privado" según el Código Civil vigente, es decir la sociedad multinacional. Las sociedades multinacionales frente a la carencia de poderes estatales internacionales, en la laguna legislativa que se ha creado son los únicos poderes eficaces que son cotidianamente aplicados sin ningún tipo de control público. Todo esto no en nombre del Imperio, no en nombre de la religión sino en nombre de una concepción muy restringida, puramente contable, en nombre de la ganancia privada. Sobre todo de la ganancia a medio y corto plazo. Son máquinas para crear valor agregado. Para invertir diez y llevarse a casa veinticinco o preferiblemente para no invertir nada y llevarse todo a casa. Son grandes organizaciones de explotación. La frialdad con la cual se presentan en un país, toman las materias primas implantando alguna actividad y se van de la noche a la mañana, como piratas, de noche, aunque tam-

bien de día porque son piratas legales y se van con el agradecimiento de los gobiernos de los países que han devastado, aún hoy no deja de asombrarme. Las sociedades multinacionales son tal vez hoy, en el mundo moderno, una de las pocas organizaciones que tienen un plan estratégico. Frente a la amplitud planetaria de este plan estratégico es necesario tomar conciencia de la pobreza de la motivación que los impulsa. Es una gran operación estratégica guiada justificada sólo en motivos instrumentales tácticos. Es por eso que hoy estamos frente a un desarrollo sin perspectivas, hay un desarrollo sin desarrollo. Un desarrollo que no hace crecer porque no es un desarrollo.

¿Que margen de maniobra le queda a una democracia que no quiera limitarse tan solo a una práctica formal sino que pretenda además alcanzar sus fundamentos sustanciales?

En este contexto el Estado queda como garante del bien común, como gran mediador, como detentador del monopolio de la violencia legítima. Pero este Estado, siendo ya obsoleto, ha perdido la fuente de la justificación ética de la acción pública y esto se refleja en los casos de corrupción. Mientras las organizaciones criminales de la droga o la mafia, etc., gozan ya de un poder transnacional, usan medios que trascienden su localización, el Estado, que da ligado al territorio, ligado a sus fronteras en un mundo de *mass-media* donde éstas no tienen más sentido, no hay autuana que pueda detener una serie como *Dallas*. El Estado es hoy un museo de cera, su acción no tiene más sentido o sigue generando tan sólo una función opresiva...

... aunque genera también un creciente desarrollo de la corrupción...

... y no podría ser de otro modo. La sociedad capitalista es una sociedad basada en el culto del dinero. La cultura del suceso no basta, porque tener un gran éxito como filósofo y ser miserable, ir arropado como Diógenes significa hoy ser despreciado. La sociedad de hoy quiere el éxito sólo cuando éste es instrumento de dinero. Esto es el valor emergente. Pero el drama reside en que este valor es un valor neutro, es indefi-

rente, sirve para cualquier cosa, es un no-valor. Es necesario volver a un tipo de vida social donde el valor en sí de una persona no quede relegado en el dinero que ha logrado acumular. Un tipo de sociedad donde no sea posible formular, como se dice en EU, ¿cuánto vale? y esto no quiere decir cuántos idiomas conoce, si ha estudiado historia, filosofía, etc., sino lisa y llanamente cuánto dinero posee en su cuenta bancaria. Se produce una equiparación entre valor y dinero a disposición. Antes existía la imagen del filósofo solitario, pobre, del Sócrates que caminaba descalzo pero al mismo tiempo gozaba de un indiscutible prestigio. La misma Iglesia que era el último refugio de este valor no monetarizado, está obsesionada por la lógica del dinero. También por este motivo el capitalismo venció al socialismo, no se trata como decía Juan Pablo II de una victoria de Dios sobre el socialismo, es una victoria del capitalismo, es decir del dinero. Por el contrario, yo recuerdo que en los países del Este existía un cierto respeto por el intelectual como tal. No siendo aún economías monetarias desarrolladas habían quedado vinculadas a los antiguos valores, naturalmente esos valores se insertaban en el contexto burocrático que todos conocemos.

Junto al debilitamiento de las grandes ideas ha perdido fuerza el concepto de "progreso", tanto en ámbito histórico, como en ámbito filosófico. En este sentido ¿qué relación podríamos establecer entre el concepto de tradición y el de revolución a la luz de la caída del "mito del progreso"?

Creo que uno de los errores fundamentales de la modernidad sea justamente el creer que era suficiente ir hacia adelante para ir bien, creer que el progreso era una fatalidad cronológica y que la primera cosa que había que hacer era desembarazarse de la tradición. Marx y Engels en el *Manifiesto* del 48 exaltan a la burguesía indicando en ella la fuerza revolucionaria que barrerá con todas las idioteces de la vida rural. Pero en la tradición se expresan, bajo forma de derechos naturales, valores que no han sido aún realizados, por ejemplo el valor del reconocimiento como persona,

el derecho natural a la subsistencia, el derecho a ser reconocido en una comunidad independientemente del origen étnico, verdades que uno encuentra en el *Talmud*, en la *Biblia*. Esa tradición es revolucionaria en el sentido de que siendo valores metaideológicos, son valores ideales, permanentes que la sociedad aún no ha realizado. Hoy por ejemplo se hacen guerras para negar el derecho-deber de hospitalidad. Refiriéndome concretamente a su pregunta no creo que exista una fractura entre tradición y revolución. Es necesario hacer un estudio particular de cada situación y por lo tanto es indispensable un adecuado análisis histórico, es decir, que hay que interrogar a la tradición para poder generar una propuesta superadora. El progreso puede ser tal, sólo si es consciente de su pasado. De otro modo puede ser distinto pero no necesariamente mejor sino incluso peor.

Vivimos en una época donde la escasez de tiempo parece ser uno de los problemas fundamentales, al menos así lo es en las culturas occidentales. ¿Cómo ve esta problemática usted, que ha dedicado una trilogía a la temporalidad?

El tiempo ha perdido su lógica humana para adquirir una lógica puramente mercantil, monetaria. Vivimos en una sociedad que habiendo querido cuantificar todo, habiendo adoptado la lógica científica y técnica como propia, ha terminado privilegiando el tiempo vendido al tiempo vivido. El tiempo deja de ser vivido para ser puesto en venta y esta venta es la venta de nosotros mismos, ya que no somos más que tiempo, un tiempo que pasa veloz, fugaz. La sociedad moderna siendo una sociedad panlaborista, no admite momentos no ocupados. Es así como el tiempo libre es valorado de modo específico. Pero hablar de tiempo libre es simplemente decir que todo el resto del tiempo es tiempo esclavizado y no es posible ser esclavo durante ocho horas y luego ser libre, como si se tratase simplemente de cambiarse la camisa. El tiempo es la unidad de la persona, puede fragmentarse, pero esta fragmentación puede llegar a destrozar al ser humano. ■

CULTURA

Vacío de terciopelo negro

...el polaco disparaba porque era la Contrarrevolución. Ustedes disparaban porque son la Revolución. Pero revolución es satisfacción. Y la satisfacción no gusta de ver huérfanos en la casa. El hombre bueno hace buenas obras. La Revolución es la buena obra de las buenas personas. Pero las buenas personas no matan. De donde resulta que la Revolución la hacen las malas personas. Sin embargo, también los polacos son malas personas. ¿Quién le divió a Guedali dónde está la Revolución y dónde la Contrarrevolución?

Sergio Bufano

Hay dos imágenes trágicas de la Revolución Rusa. Una es testimonial, oral y escrita; bibliográfica. La otra es visual, fotográfica, de retrato. Una imagen postal. Las dos dan cuenta sobre un mismo suceso: la revolución de Octubre de 1917, un acontecimiento que transformó la historia de todos los países de mundo, directa o indirectamente, y modificó vida y costumbres de millones de personas que creyeron en ella con un fervor pocas veces visto, o la repudiaron con la misma intensidad. Más aun, una revolución que trastocó la vida de millones que murieron sin enterarse siquiera de que se había producido.

La primera imagen, testimonial, es la del poeta Osip Mandelstam. Su vida transcurre desde principios del siglo hasta 1938, cuando muere en un campo de concentración, famélico, los ojos desorbitados, incongruente, pálido por la hambruna y el frío de treinta grados bajo cero. La segunda imagen, la postal, es la de Nicolás II y su familia, vista a través de una delicada fotografía que recoge la frágil belleza de sus rostros y toda la tragedia. En un sótano gris de una antigua casona perdida en la estepa, durante una madrugada en que la nieve seguramente congelaba el pudor, murieron ametrallados por soldados del

Ejército Rojo.

Entre un hecho y otro transcurrieron veinte años y varios millones más de muertos. La Revolución se convertía en el Chac Mool que reclamaba sacrificios como única garantía para un futuro esplendoroso. Y junto con las tumbas de sus víctimas enterraba la más emocionante aventura de la Humanidad en este siglo: la construcción de un mundo feliz.

En julio de 1918, en el febril inicio del proyecto revolucionario, toda la familia Romanov fue asesinada. Luego de ocho meses de detención, Nicolás II y su esposa, los cinco hijos, el médico del hogar y los criados cayeron bajo las balas. Cuatro de los hijos eran mujeres: Tatiana, Anastasia, María y Olga, todas ellas grabadas en el papel mediante una fotografía tomada en San Petersburgo. La imagen de las cuatro muchachas es de una belleza cautivadora; los ojos soñadores, melancólicos, muestran una transparencia que el miedo seguramente opacó en aquella noche. Cómo hicieron los soldados rojos para disparar sobre ellas sin rebelarse ante sus jefes, es una pregunta que nadie que mire la fotografía podrá dejar de formularse. La belleza las hacía doblemente inocentes.

Sus cuerpos fueron desaparecidos durante setenta años

En mayo de 1934 el poeta Osip Mandelstam recibió la visita de varios agentes que durante muchas horas registraron su casa y finalmente se lo llevaron a la cárcel. Pocos años más tarde, posiblemente en diciembre de 1938, mientras caminaba hacia la baraca del campo de concentración en medio de una tormenta de nieve, se derrumbó sin vida. Su cuerpo, arrojado



El zarevich Alexis, heredero del trono de Nicolás II.



Olga, Tatiana, María y Anastasia, las cuatro princesas rusas en 1906.



Los máximos jefes comunistas, con Stalin a la cabeza, en 1936.



Anton Chéjov.

en una fosa común, nunca más fue hallado.

Su delito fue crear un poema contra Stalin que ni siquiera escribió en el papel y que por supuesto jamás fue publicado en la Unión Soviética. Mandelstam cometió el error de recitarlo en voz alta en el círculo de sus amistades. Varios años de torturas, dolor y miserias, culminaron con su vida.

Tres meses después de esta detención, el 17 de agosto, durante el Primer Congreso de Escritores Soviéticos,

Máximo Gorki mostraba al mundo -al mundo que aceptaba esta versión- la dirección que había tomado aquella aventura inicialmente revolucionaria: definía a Oscar Wilde como uno más entre los "muchos otros degenerados sociales creados por la influencia anarquista de las condiciones inhumanas en el estado capitalista".

Gorki sabía que Mandelstam, reconocido poeta, había sido detenido y que su futuro sería trágico. Sabía, también, que el hijo de la escritora Anna Ajmátova estaba secuestrado y era el rehén que garantizaba la pureza de su poesía. No ignoraba que su amigo Nikolai Gumiliov, de la corriente acemista, había sido fusilado varios años antes a pesar de su intervención para evitarlo. Conocía, además, el destierro a Siberia y el fusilamiento del poeta Nicolai Kliúiev. Y si bien no podía adivinar el destino futuro de los escritores, tampoco ignoraba el oscuro horizonte que el mismo anunciaría poco después: en los próximos años serían fusilados o morirían en campos de concentración los escritores Isaak Babel, Pavel Florensky, Boris Guber, Ivan Kataiev, Serguei Klichov, Vsevolod Meyerhold, Salomon Mijojels, Vladimir Narbut, Boris Pilniak, Ivan Pribludini, Stienish, Artiom Vesioli, Oleg Volkov (preso durante treinta años), Aleksandr Voronski,

Nikolai Zabolotski (preso hasta 1946) y Nikolai Zarudin. Los suicidios de Maïacovski, Esenin y posteriormente de Tsvetáieva no serán contabilizados en su haber. Después de todo, actuaron por mano propia.

"Hay que exterminar al enemigo sin cuartel ni piedad, sin prestar la menor atención a los gemidos y suspiros de los humanistas profesionales", amenazó en Pravda en enero de 1935, resuelto ya a autorizar -con el peso que su voz tenía en la sociedad soviética- la masacre de poetas, intelectuales, políticos y tantos otros hombres y mujeres que habían abrazado las ideas de libertad e igualdad.

La calle Kameni-Ostrovsky Prospekt, en la ciudad de Petersburgo, evocada en la melancólica escritura de Mandelstam, ya había cambiado de nombre: ahora se llamaba **Aurora Roja**.

¿Cuáles son los hilos conductores que unen los rostros de esas cuatro muchachas hijas de la familia real con un poeta que también morirá, aunque dos décadas más tarde? En primer lugar su condición de desaparecidos, que comparten durante setenta años y que en el caso de Mandelstam todavía persiste. Pero esto podría ser una anécdota casi intrascendente si, además, no los uniera el sinsentido de un proceso histórico que intentó construir un sueño sobre los cadáveres de inocentes. Los une, también, la destrucción del mito de la Revolución Traicionada; si Stalin fue capaz de enviar a la muerte a un hombre porque le disgustó su poema, es porque la vieja guardia bolchevique, aquellos intocables héroes de la primera revolución socialista del mundo, habían mandado a matar y desaparecer a los hijos del Zar como si ellos fueran el infamante peligro que amenazaba a los nacientes soviets.

¿Será demasiado aventurado suponer que el asesinato de esa familia fue el episodio que desató la matanza que se sucedería después? Probablemente lo sea. Pero vale para conjeturar que difícilmente podía crearse una moral solidaria cuando en el acto fundacional se habían roto los límites morales con un crimen de esa magnitud.

¿Quién le diría a Guedali dónde está la Revolución y dónde la Contrarrevolu-

ción? Isaak Babel debe de haberse repetido esta pregunta, una y otra vez, mientras caminaba en la mañana del 27 de enero de 1940 hacia el pelotón de fusilamiento que acabó con su vida.

Y vino una noche que no conocí la aurora.

dirá Ajmátova muchos años más tarde, al evocar el período de terror desatado contra poetas, intelectuales y artistas rusos. Y este terror contra la palabra sólo es entendible en la medida en que se comprenda la obstinada estrategia de un proyecto que quería borrar -con escasas excepciones- toda la historia cultural previa a la revolución, y todo vínculo con la estética del mundo capitalista. "El tema de la Revolución -definía amargamente Tsvetáieva, otra víctima de esos años- es el encargo del tiempo. El tema de la exaltación de la Revolución es el encargo del partido".

El partido. Es el partido el que ordena -antes del reinado stalinista- el asesinato de la familia real. No se trata de terminar con el Zar y sus adictos; no se juzga al dictador y se lo condena a muerte. Se lo mantiene detenido durante varios meses y finalmente se lo asesina furtivamente, durante la noche, junto a sus hijos y sirvientes. Y la orden es terminante: no pueden quedar testigos del crimen, no deben quedar rastros de la familia. Nada que puedan utilizar los "humanistas profesionales" para denunciarlo ante el mundo. Para que viva la Revolución no alcanza con matar al Zar; deben morir todos sus descendientes, más allá de su culpabilidad, de sus responsabilidades políticas. Más allá de la inocencia que despedían los rostros de sus hijos.

Durante diez años caminé bajo la sombra de una pistola sin mirar a mi alrededor mientras que, a mi paso, una gloria infamante murmuraba.

La Revolución parecía encamizarse con la belleza; la física, en los cuerpos de las muchachas asesinadas sin que ellas llegaran a enterarse el porqué de su muerte. Y la estética, en la sistemática persecución, censura, fusila-



Al fondo, Stalin. Al frente, Lavrenti Beria con Svetlana, la hija de aquél, en 1936.



El poeta Vladimir Maïacovski y su amiga Lili Briik, en 1926.

mientos y confinamientos en campos de concentración de poetas.

"Ninguna opresión -dice George Steiner- se ha sentido nunca más amenazada por la imagen del poeta, ninguna le ha rendido a la palabra escrita, al texto, el tributo de una vigilancia tan salvaje".

Eso ya lo había descubierto el propio Mandelstam, muchos años antes, cuando le señalaba a su mujer: "¿De qué te quejas? Este es el único país que respeta la poesía: matan por ella. En ningún otro lugar ocurre eso...".

Las dos imágenes patéticas de la Revolución parecen unirse. La testimonial, en la voz de un escritor que quizá simbolice la tenacidad -aunque también la desilusión, el desencanto, aun el suicidio- de la palabra, de la poesía, de una estética de la libertad. La otra, la fotográfica, la postal, en los cuatro rostros de unas muchachas que al mirar la

cámara que detendría para siempre sus gestos, ignoraban que alguna vez podrían poner en cuestión -nada más que con sus ojos- a una gesta que conmovió al siglo.

Mandelstam lo dice bien:

Volveremos a encontrarnos en Petersburgo, como si allí hubiéramos enterrado el sol, y entonces por primera vez pronunciaremos

la bendita palabra sin sentido.

En la noche soviética, en la oscuridad de terciopelo, en el Vacío de terciopelo negro, todavía cantan

los amados ojos de benditas mujeres, se abren flores que nunca morirán.

Notas

¹ Isaak Babel, *Caballería Roja*, 1972. RBA Editores.

² Ajmátova, "Poema sin héroe".

LIBROS

Tres perspectivas sobre el siglo XX

Historia del siglo XX. Eric Hobsbawm. Crítica, 1995. / *El pasado de una ilusión, ensayo sobre la idea comunista.* François Furet, FCE, 1995. / *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalismo y bolchevismo.* Ernst Nolte. FCE.

Las pasiones políticas distan de haber sido acalladas y remplazadas por un amplio consenso historiográfico en lo que concierne al juicio sobre los temas políticos centrales de este siglo. La lectura de tres profundos y polémicos libros de una prueba acabada de la persistencia de perspectivas antagónicas y fuertemente atravesadas por escasas valorativas. Se trata de *La era de los extremos, el siglo veinte corto*, de Eric Hobsbawm (fue traducido al español como *Historia del siglo XX*); *El pasado de una ilusión, ensayo sobre la idea comunista* de François Furet y *La guerra civil europea, 1917-1945*.

La guerra, la revolución y el siglo corto

La experiencia soviética ocupa el análisis de Hobsbawm el lugar de un intento fracasado, pero noble, de superar al capitalismo. Gran parte de la historia del siglo -que nace y muere junto a la experiencia de la revolución de octubre de 1917- es, para el historiador, la de la lucha secular de las fuerzas del viejo orden contra la revolución social que estaba expresada por la Unión Soviética y el comunismo internacional.

El siglo XX no puede concebirse disociado de la guerra. Y es de los horrores de la primera fase de lo que Hobsbawm llama la "guerra de los 31 años", de donde nace la Revolución Rusa. El cansancio de la guerra, las perspectivas de una pronta derrota y los peligros de una desintegración territorial del viejo imperio fueron las condiciones de la victoria del fuerte y disciplinado, aunque pequeño, partido bolchevique de Lenin.

Agotadas las ilusiones en el estallido de una revolución proletaria en Europa, con centro en Alemania, y atravesada la etapa de la guerra civil, la Rusia soviética retoma un lugar de prestigio in-

ternacional con la crisis del mundo capitalista de los primeros años de la década del 30. En el contexto del trauma de la Gran Depresión, la URSS aparece como el único país que, por haber rechazado el capitalismo, parecía ser inmune a sus consecuencias; los "éxitos" de la planificación soviética opacaban para muchos observadores extranjeros la brutalidad de la colectivización y de la represión generalizada del régimen ya conducido por Stalin.

Central para el enfoque de este comentario es la manera en que aparece construido el universo político en la época que el autor define como de "la caída del liberalismo". Desde una multiplicidad de puntos de vista, afirma Hobsbawm, este período de alianza entre el capitalismo y el comunismo contra el fascismo -fundamental-

mente las décadas de 1930 y 1940- es el momento decisivo en la historia del siglo XX". La amenaza a la democracia y al liberalismo provienen, bajo esta óptica, de la derecha; la izquierda rechaza el sistema económico pero no el sistema constitucional y los principios de convivencia. El comunismo encuentra su lugar en el firmamento ideológico de la época al lado del liberalismo y de la herencia racionalista y progresista de la Revolución Francesa que denostaban los fascistas y reaccionarios de toda índole. En la perspectiva de Hobsbawm, no puede hablarse de "totalitarismo" soviético, ya que el sistema no practicaba un verdadero control del pensamiento de sus súbditos ni su "conversión" sino que despolitizaba absolutamente a su población.

El ascenso de la de-

recha radical después de la Primera Guerra queda explicado como la respuesta al peligro y a la realidad de la revolución social y, en particular, a la Unión Soviética y al leninismo. Sin embargo, se consideran ilegítimos los intentos de disculpar la barbarie fascista "atribuidos a Nolle, hechos sobre la base de afirmar que ella se inspiraba en las atrocidades previamente cometidas por la Revolución Rusa. En el esquema conceptual de Hobsbawm, la "guerra civil ideológica internacional" enfrentaba a dos familias ideológicas: la frontera no separaba al capitalismo y el comunismo sino lo que el siglo anterior había denominado "progreso y reacción". El triunfo pasero del fascismo sobre el liberalismo es explicado como la fusión de "unas creencias absurdas sobre el mundo con un dominio eficaz de la alta tecnología contemporánea", mientras que el pacto Hitler-Stalin de 1939 habría obedecido al temor de Stalin de enfrentarse a Hitler en solitario. Las cláusulas secretas por las cuales la URSS "recuperaba" parte de los territorios occidentales perdidos después de la revolución no modifican el juicio histórico sobre el pacto.

La tragedia del régimen soviético y de lo que después de la guerra se llamó el "campo socialista" estaba ins-

cripta en sus orígenes, desde la Revolución Rusa. Sus propios gestores y dirigentes no esperaban que sobreviniese en el aislamiento ni que se convirtiese en el centro de una economía colectivista y autárquica. La Rusia pobre y atrasada no podía ser el escenario de la experimentación del nuevo régimen que el pensamiento socialista había prometido. El fracaso de la "revolución proletaria" en Alemania y otros países de Europa occidental dio lugar a un contrasentido histórico: el "socialismo en un solo país", en el que distaban de darse las condiciones económicas y culturales para una trayectoria exitosa. El terror, la colectivización forzosa, las represiones en masa y las purgas selectivas serían el resultado de este trágico desencuentro histórico.

En el marco de un examen francamente pesimista del cuadro mundial en el que se cierra el "siglo XX corto", penetrado de amenazas sociales, demográficas y ecológicas y marcado por tendencias racistas y xenofóbicas análogas a las que caracterizaron el período de entreguerras, Hobsbawm procura separar la cuestión del socialismo en general del itinerario del "socialismo realmente existente". La Revolución de octubre sólo pudo dar lugar a un socialismo "rudo, bru-

tal y dominante", pero el proyecto global de una economía basada en la propiedad social y en la gestión planificada es una cuestión que sigue abierta.

Peripetias y caída de una ilusión

El objeto del trabajo de Furet no es el comunismo como tal, sino la historia de la ilusión que lo sostuvo hasta la desaparición de la URSS. No es, sin embargo, una historia de ideas exterior a la práctica política, desde el momento en que la ilusión no se limita a acompañar a la historia comunista sino que es constitutiva de ella aunque relativamente independiente de su curso.

El objeto, dice Furet, es, más que una exploración del futuro, una de las grandes reacciones antiliberales y antidemocráticas de la historia europea del siglo XX. La imagen de la Segunda Guerra Mundial como el arbitraje entre las fuerzas del pasado y

resulta más útil para encuadrar al comunismo que al nazismo.

La fusión entre la historia de la idea y la historia del poder comunista se produce con la Revolución de Octubre. El fermento de admiración y deseo de imitación de los bolcheviques rusos por parte de los pueblos europeos tuvo que ver -más que con sus ambiciones- con sus promesas -con el grito contra la guerra que significó. Jueces masivos del contrato social después de una guerra devastadora e inútil, los soldados desmovilizados y los pueblos fatigados vieron en el Octubre bolchevique los vientos que frenaban una manzana sin fin.

Pero, además, el impacto de la revolución sobre el imaginario colectivo europeo encuentra sus raíces en el prestigio de la idea revolucionaria; a la herencia voluntarista de los jacobinos, Lenin le agrega la certidumbre de la ciencia tomadas de El Capital. Frente al terror de los prime-

NOMBRES
REVISTA DE FILOSOFÍA

Publicación del área de Filosofía del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

TRANSFORMACIONES
E INFINITAS

Director: Alfredo Bravo

Todos los meses, información y análisis sobre el país y el mundo desde una perspectiva de izquierda democrática.

Suscripción anual (12 números) \$ 36.-
Casilla de Correo 188, Sucursal 1, Capital Federal,
Tel.: 954-1113 int. 3337.

PUNTO DE VISTA

Nº 55 - AGOSTO DE 1996

Montoneros y cazadores de utopías: Altamirano •
Beceyro / Debate sobre el comunismo: Hobsbawm,
Nolte y Furet / Harold Bloom y su canon literario:
Gramuglio / Sobre el espacio público: Dotti /
Culturas populares, medios e instituciones: Sarlo /
Debate sobre Benjamin: Acha

ta. Toda crítica al capitalismo significaba fortalecer la causa comunista así como todo juicio negativo respecto al socialismo real podía ser utilizado por el capitalismo. Es lógico el desconcierto ante el colapso de la bipolaridad. Con el sueño so-breviviente la melancolía que extraña los "tiempos heroicos" y tiende a ver en tonos oscuros el porvenir inmediato de la humanidad.

Lo cierto es que sin negar las amenazas y las duras realidades de este fin de siglo, éste entraña algunas oportunidades muy importantes. Entre ellas la de que el siglo "se piense a sí mismo" sin las barreras teóricas y de lenguaje propias de la Guerra Fría. Como hemos visto en esta sintética recordada por tres obras capitales de interpretación histórica, la ruptura de tales barreras no significa asepsia en la valoración histórica; la pasión militante está lejos de haber sido abandonada en aras de una pretensión de neutralidad. Pero ni en el árido examen de la ilusión comunista por Furet, ni en la esperanzada recuperación de la perspectiva socialista por Hobsbawm, ni en el polémico intento de reemplazar la descalificación del nazismo por su comprensión histórica en Nolte, puede percibirse algo alguno de la propaganda maniqueísta que tanto in-

fluó en estas últimas décadas.

Sobreviviente la democracia liberal de los grandes desafíos utópicos y totalitarios del siglo, queda planteado el interrogante de si sobre sus bases pueden pensarse mejores

alternativas para la convivencia humana sin reincidir en utopías que, como se ha dicho, son el sueño de unos pocos y se transforman en la pesadilla de muchos.

Edgardo Mocca

Bourdieu y las limitaciones disciplinares

Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario, Pierre Bordieu, Barcelona, Anagrama, 1995.

Todas las reglas que se descubrieron en el arte nada tienen de general: esas reglas no conducen al arte. Kandinsky

El campo literario ha crecido al límite de la literatura de ficción. No sólo podemos leer un tratado filosófico, como una elucubración fantástica, como un simple esfuerzo más para explicar el devenir humano, sino que también podemos producir un análisis sociológico teniendo conciencia de su peso ficcional. Y este cambio no es menor. Hoy ya no podemos creer que nuestro discurso contenga ni siquiera el atisbo de una regla - más o menos inflexible - a la que los distintos fenómenos vendrán a adecuarse. Pero para que nuestro discurso complete este esfuerzo de incredulidad debemos dejar de abordar los textos ficcionales

como si constituyeran una realidad en sí, independiente del acontecer socioeconómico, aunque también debemos dejar de concebirlos como el producto de una determinación estructural: en la obra de arte no se refleja ni la psicología del autor ni su realidad social, la obra de arte - como cualquier individuo - es un mundo de tensiones, de desavenencias y de contradicciones que - como todo individuo - no deja de dialogar con lo otro del mundo en el que se origina.

Es en este sentido que Bourdieu practica la lectura y el análisis de los fenómenos sociales - aunque su análisis y su lectura estarán signadas, por supuesto, por su profesión - Bourdieu descrece de cualquier tipo de lectura esencialista, y este descreimiento constituye el núcleo de la "ciencia del arte" que él está, por fin, inaugurando. Y si todo

discurso, todo objeto cultural tiene, entre las ilimitadas posibles lecturas, una lectura históricamente preponderante, los enunciados de Bourdieu se prestan, creo, a dos lecturas privilegiadas. Estas lecturas, si bien no fueron explícitamente discutidas por Bourdieu, constituyen de algún modo la obsesión que entre líneas puede rastrearse en una parte importante de su obra: estas lecturas vienen a ser los límites que delimitan el campo de las disponibilidades y de las posibilidades de sus trabajos, es decir, conforman el gesto habitual, y por lo tanto natural, de las investigaciones de Bourdieu.

Hay una lectura que encuentra, por dar el ejemplo con un concepto reconocible, en el incesante perfeccionamiento del concepto de *habitus* - concepto que ya aparece en su primera investigación sobre Argelia, y sobre el que volverá una y otra vez a lo largo de toda su obra - la mejor prueba a la que debe enfrentarse un pensamiento científico que no quiere verse oculto por el sentido común. Para la otra lectura, esta reformulación incesante de la prueba flagrante de lo que un pensamiento científico no puede hacer: renunciar a sí mismo y comenzar siempre toda la tarea de nuevo. Puede decirse que la primera lectura utiliza los enunciados

de Bourdieu como un instrumento eficaz para subsumir las distintas prácticas en un análisis que pretende comprender (abarcar) tanto al objeto como al sujeto de la investigación, las categorías del entendimiento y las condiciones perceptuales, el campo y las fuerzas que hacen al campo en el que el objeto emerge. La segunda lectura busca en Bourdieu una comprensión (un agotamiento) de los fenómenos sociales que logre superar los determinismos - internos o externos - propios tanto de la filosofía como de la sociología, del análisis literario o de la semiótica heredados.

Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario trata casi explícitamente de enfrentar esta dicotomía, pues mientras se inserta en ese campo de lucha constituido por las obras de arte autónomas, presenta un modelo de análisis social que pretende superar, por un lado, la lectura que reduce la comprensión a un objetivismo (ya casi) posestructural, y por otro lado el enfoque histórico que quiere ver en el sujeto al creador increado, al dador absoluto del sentido. Esta falencia de la ciencia de la interpretación se debe a la parcelación que las distintas disciplinas sociales continúan practicando aún a su pesar, y por lo general inconscientemente, y a esa imposi-

bilidad que tiene el observador de desnaturalizar su posición de observador crítico y a la vez participante: "Si la ciencia de las obras de arte sigue hoy en día en pañales es sin duda debido a que aquellos a quienes le cabe la tarea [...] están atrapados en el objeto que ellos creían tomar como objeto".

Podemos suponer, entonces, que el intento de Bourdieu consiste en analizar la génesis del campo intelectual en Francia - que no sólo incumbe a la obra de arte o al artista sino que involucra también a su propia posición de investigador independiente -¹ analizar de qué modo el campo intelectual se fue autonomizando hasta lograr, con Zola, un intelectual plenamente autónomo y consecuentemente con una inserción política inédita. Este análisis, al mismo tiempo, le sirve a Bourdieu para refutar las distintas visiones esencialistas que nosotros reducíamos, renglones arriba, a dos lecturas. No será ni Flaubert ni Manet el que invente el arte puro, *l'art pour l'art*, ni será Zola el que cree de la nada el arte social y realista, aunque ambas posturas permitan, sin duda, ahondar en la profesionalización de la labor intelectual. Lo que Bourdieu quiere probar es que ninguna institución - la del artista genial o la del intelectual autónomo -

debe imaginarse como una institución que por sí misma y desde sí misma hubiera logrado su institucionalización, sino que "para que las osadías de la búsqueda innovadora o revolucionaria tengan posibilidades de ser concebidas tienen que existir en estado potencial en el seno del sistema de posibilidades ya realizadas".

Las innovaciones revolucionarias, por lo tanto, nunca son revoluciones del todo, ya que para manifestarse esas revoluciones han debido existir previamente en estado potencial en el campo específico que vendrán a transformar. Pero para escapar al determinismo estructural - de dentro del cual no se hace posible imaginar



Primer Concurso de Ensayo "José Arico"

Sociedad, política e instituciones, 1986-1996

Con motivo de su 10º aniversario, *La Ciudad Futura* invita a los alumnos de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA a participar de un concurso de ensayo sobre el tema "Sociedad, política e instituciones, 1986-1996".

Los trabajos serán inéditos, con una extensión de entre 20 y 25 carillas de 25 líneas por 70 espacios y presentados antes del 10 de marzo de 1997, en la sede de Bartolomé Mitre 2094, piso 1º, (10339) Buenos Aires.

Cada participante podrá concursar con un trabajo, debiendo presentar tres copias impresas y, en su caso, una en diskette. Los concursantes firmarán con seudónimo, indicando el nombre y demás datos del autor en sobre cerrado, en cuyo exterior sólo figurará el seudónimo elegido.

El ganador recibirá la mención "José Arico" y su trabajo será publicado en la edición de *La Ciudad Futura* de invierno de 1997.

El jurado estará integrado por Juan Carlos Portantiero, Ricardo Sidicaro y Jorge Tula y el resultado del concurso será dado a conocer en el número de *La Ciudad Futura* de otoño de 1997.

te realista, y más tarde, pequeño-burgués. Es hacia esa lectura que no se queda ni en la genialidad del autor ni en las determinaciones objetivas hacia donde debe dirigirse, para Bourdieu, la ciencia del arte, si es que en verdad la crítica de arte quiere analizar el fenómeno artístico: tomar al fenómeno como lo que es, un momento contingente aunque sobreterminado del devenir social.

En toda la obra de Bourdieu encontraremos este intento de pensar - y de defender - la función del intelectual - sin abandonar aquel movimiento que el intelectual, tanto el científico como el pintor, comenzó a transitar casi desde el origen mismo de la modernidad. Es éste el motivo por el cual *Las reglas del arte* no deja de reivindicar la libertad del pensar frente a los límites que la sociedad ha ido tramando para limitar la autonomía del disenso, que la sociedad intelectual - ha ido conformando para hacer del artista o del científico, del crítico o del escritor, un ser único y ajeno a la cotidianeidad del mundo. Falta aún comprobar si es posible concretar este proyecto - innumerable veces reanudado - de lograr consensos por fin una gramática de la experiencia artística, aunque en todo caso subsistirá la pregunta, de la que Bourdieu es plenamente consciente, y que se le hace desde hace tiempo a la

ciencia en general y a las ciencias humanas en particular: ¿con qué grado de certeza podremos afirmar que la explicación de un fenómeno da enteramente cuenta de lo vivido? O en otras palabras: ¿eso que es siempre único para mí, puede ser catalogado y catalogado y servir, entonces, para explicar el abanico heteroclitico de las experiencias humanas?

Nota

¹ En defensa de su disciplina Bourdieu sostiene que "los valores de originalidad, que son los de los campos literarios, artísticos, filosóficos, que siguen orientando los juicios", provienen de esa lectura falseada, incompleta, y por lo tanto no ajustada al pensamiento interpretativo.

El mercado no puede imponer su lógica sobre otras dimensiones humanas y sociales

Los límites de la competitividad. Cómo se debe gestionar la aldea global. Grupo de Lisboa, bajo la dirección de Ricardo Petrella. Universidad Nacional de Quilmes/Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

Ricardo Petrella es doctor en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Florencia, profesor de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica), Secretario General de la Asociación Interuniversitaria Europea de Sociedad, Ciencia y Tecnología y preside la Universidad Europea de Medio Ambiente. Es, además, miembro y fundador del Grupo de Lisboa.

"Este mundo en gestación es fruto de la circulación de ideas, aspiraciones, estrategias, recursos y bienes, tanto como de las normas, reglas e instituciones que gentes diversas hacen entrar en juego para influir sobre los acontecimientos y controlar su evolución". Globalización, globalización, ¿constituyen un callejón sin salida?

El análisis elaborado por el Grupo de Lisboa sostiene que la globalización, planteada hoy como un absolutismo económico, social y político es, sin embargo, una contin-

nomistas, financieros, técnicos, líderes sindicales, lo han convertido en su credo y el instrumento se convirtió en un fin.

Los paladines del credo de la competitividad están convencidos de que la economía de mercado competitiva es el remedio efectivo para resolver los problemas y los desafíos que enfrentan nuestras sociedades.

¿Cómo es posible que un instrumento de empresas y agentes económicos, se haya convertido en objetivo prioritario de la sociedad entera? ¿Cómo impedir que la retórica bélica de la competitividad, al financiar la economía, elimine la economía real? ¿Cómo lograr que la competencia mejore la vida social, un fenómeno natural de la vida económica y un instrumento generador de la riqueza. Es un instrumento que al introducirse en la vida política ha sido la base de la expansión del sistema democrático. El valor inestimable de la competencia, radica en que "competir" (del latín *com petere*) significa también "acometer juntos", encontrar entre todos la mejor solución al verdadero problema, en el momento justo y en el lugar adecuado.

Al análisis elaborado por el Grupo de Lisboa sostiene que la globalización, planteada hoy como un absolutismo económico, social y político es, sin embargo, una contin-

En los últimos veinte o treinta años, la globalización ha contribuido al surgimiento de una "nueva era de la competencia". Empresarios, políticos, eco-

forma fundamentalista y sectaria, genera distorsiones estructurales en el funcionamiento de la economía y de la sociedad porque contempla sólo una dimensión social y humana: el espíritu de competencia, aislado y antagónico al espíritu de cooperación y de solidaridad... fundamentales en la historia humana. "El mercado es incapaz de evaluar correctamente el futuro. Su campo visual se reduce naturalmente".

Principios de los 70. La época que vio el inicio de la globalización de los mercados financieros y de capitales fue también la que vio nacer la ola democratizadora mundial. No se pueden aislar ambos procesos y es justo sobre esta base que el Grupo de Lisboa analiza dos procesos interconectados que les permite avanzar sobre el futuro del mundo global.

-El desarrollo de organizaciones no gubernamentales y grupos dedicados a la promoción de derechos humanos, protección de las minorías, seguimiento de elecciones, asesoramiento económico y de intercambio científicos e intelectuales que faciliten la democratización.

-El desarrollo de sistemas y redes mundiales de información y comunicación que han contribuido a la aparición de otro fenómeno significativo de la glo-

balización de la actividad humana: el diseminamiento de una **sociedad civil mundial**.

Las corrientes democratizadoras que recorren el mundo y la explosión de grandes problemas y desafíos sociales se ha hecho habitualidad en los 5.600 millones de habitantes (y lo será más aun para los 8.000 millones del año 2020). Se está desarrollando una conciencia mundial de compartir un "futuro común": problemas ecológicos, explosión demográfica, desempleo masivo, movimientos migratorios, crimen organizado, conflictos étnicos y religiosos, enfermedades como el SIDA, reaparición de ciertas epidemias tradicionales que se consideraban vencidas. Pero, sobre todo, la globalización plantea el temor de un conflicto mundial entre el decreciente número de "ricos" y la creciente masa de los "miserables, marginados o desposeídos".

Esto pone en evidencia la ausencia de formas organizadas de gobierno socialmente responsables y políticamente democráticas a nivel planetario. Sobre todo, porque reduce la capacidad de los gobiernos locales, nacionales o regionales para influir y controlar los procesos económicos, sociales y políticos. El resultado es que, en las democracias parlamentarias

tradicionales, el Estado sufre una profunda crisis de legitimación.

En este trabajo sus autores no se oponen, entonces, a la competencia. Se oponen a los excesos de una ideología que menosprecia otras vías para la organización de la vida económica, política y social. La competitividad no es el único valor capaz de actuar al servicio de los distintos países de la comunidad mundial. El mercado no puede imponer su lógica por encima de otras dimensiones humanas y sociales. No todos los "bienes" se comercializan en el mercado competitivo. El establecimiento de un "contrato social nacional" que fue el fundamento del moderno desarrollo económico y social de las socie-

des occidentales "avanzadas". Cómo el Estado intervino como promotor y garante del interés público y mitigó los excesos del capitalismo competitivo nacional.

Hoy, el origen del problema es el mismo: los excesos de la globalización del capitalismo competitivo. Ante la erosión de los mercados nacionales, el Estado es ya un instrumento demasiado débil para hacer frente a las fuerzas globalizadoras, mientras las grandes multinacionales van aumentando significativamente su capacidad de influencia y control.

El Grupo de Lisboa sostiene que esta situación reclama un nuevo tipo de gobernación económica mundial. Una nueva generación de "contratos sociales

de alcance mundial", dirigidos a buscar soluciones de tipo cooperativo en beneficio del mayor número de pueblos y naciones, en beneficio de la sociedad civil global?

¿Existe esta sociedad civil global? Los autores asienten. Es una nebulosa formada por miles de grupos organizados e instituciones que actúan en el plano local, nacional y mundial en todas las esferas de la actividad humana con el fin de mejorar las condiciones de la vida social, individual y colectiva.

¿Por qué es fundamental esta sociedad civil global? Porque asume el papel de nueva conciencia moral planetaria impulsando ideas y preceptos morales contenidos en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y el Ciudadano. Porque es capaz, aun en su nebulosa, de definir y expresar necesidades, aspiraciones y objetivos globales, es decir una demanda social mundial: justicia social, dignidad humana, democracia política, bienestar económico, desarrollo comunitario, identidad cultural y libertad. Porque se proyecta sobre objetivos concretos como el hambre, el mejoramiento de las condiciones laborales de la mujer, el desamparo de la infancia, la ecología, la erradicación de la pobreza, la marginación social y la intolerancia. Es capaz,

en definitiva, de hacer una oferta mundial de conductas políticas innovadoras. La realidad parece darle la razón. No son exactamente los mercados globales los que expresan y abogan por lo bello, lo justo, la fraternidad y la tolerancia.

¿Qué consecuencias tiene la existencia de un mundo globalizado sobre las estructuras económicas, el tejido social y los gobiernos? El primer reto al que han de enfrentarse los grupos sociales y los países es cómo evitar que el paso hacia este mundo global dé lugar a enfrentamientos devastadores. Esta transición hace necesario que en la acción política prevalezcan los intereses de toda la humanidad y el respeto a la identidad de cada cual por sobre el egoísmo y la lucha por la supervivencia.

En esta transición, muchos pueden tener la tentación de sustituir/Violo Mundo por ilusiones tecnocráticas. Tal vez otros avizoren la tendencia hacia el tribalismo étnico-religioso. Lo que sí parece indiscutido es que en este nuevo mundo global hay un nuevo tipo de guerra: la guerra competitiva tecnocrática.

"Si el objetivo es vencer, sólo unos cuantos serán ganadores. Los vencedores permanecerán unidos. Los perdedores serán excluidos y abandonados".

sociedad

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Democracia, desigualdad, protesta, comunicación

La democracia es un lago/Charles Tilly
Vivir apurado para morir joven/
Susana Torrado

Reformas de mercado y el lenguaje de la protesta popular/Ricardo D. Salvatore
Comunicación y servicios públicos/
Eduardo Neiva y Randall K. Scott

Meta-teoría y sociología: el debate contemporáneo/Gina Zabludovsky

Notas de investigación · Textos ·
Reseñas · Revistas · Informaciones

7

Los Límites de la Competitividad sostiene que la respuesta a las exigencias y posibilidades del presente

dos a su suerte". En los últimos veinte años la economía mundial se ha caracterizado por la gradual disminución de los intercambios entre los países más ricos y de mayor crecimiento de América del Norte, Europa Occidental y Asia del Pacífico y los del resto del mundo, especialmente África, Oriente Medio, Latinoamérica, Rusia y Europa Central y Oriental. "Desasimiento" llaman los autores, al fenómeno por el cual determinados países y regiones van aflojando su conexión con las economías más desarrolladas y dinámicas del mundo.

"Este diagnóstico es irreversible? Los autores plantean tres alternativas posibles ante las profundas transformaciones descriptas: la competencia por sobrevivir, la paz triádica (resultado de la integración económica, tecnológica y cultural de Japón y el Sur y Sudeste Asiático, Norteamérica y Europa Occidental) y la go-

bernación mundial basada en la cooperación mundial y en cuatro contratos:

- un contrato social contra la pobreza
- un contrato cultural hacia la tolerancia
- un contrato democrático para la participación
- un contrato natural para el desarrollo sustentable.

La iniciativa, en opinión del Grupo de Lisboa, debe venir de Europa Occidental, Japón y Estados Unidos por sus recursos humanos, tecnológicos, materiales, por su capacidad organizativa, poder político y asignación de recursos.

Hay un supuesto que subyace a todo el análisis. La lógica competitiva y la tecnología son los dos motores de la exclusión sin retorno porque reducen los ciclos de calificación y aceleran los de obsolescencia. La principal debilidad de la sociedad civil mundial es la fragmentación. Por lo tanto, hay que pensar, elaborar y proponer elementos que agluti-

nen las iniciativas en el plano político y cultural con el objetivo de crear espacios de reconstrucción de la ciudadanía más allá del mercado de trabajo.

O se construye un movimiento que englobe y represente a la ciudadanía mundial, superando los límites del Estado-nación y la guerra competitiva, o el capital seguirá teniendo la dirección del proceso explícitamente aliada al Estado que, desde cada marco nacional, propicia la fragmentación, la exclusión y la competencia.

No hay aún una ciudadanía mundial, reconocen los autores. Proponen construirla a partir de dos principios: la existencia de ciudadanos basada en los derechos humanos y el desarrollo de la solidaridad.

La competitividad se desarrolla a condición de eliminar estos dos principios. Las opciones que pueden tomar los individuos, los grupos sociales o los países son muchos y no

están determinados. Pero no son infinitos. El Grupo de Lisboa, bajo la dirección de

Riccardo Petrella, propone uno.

Lucrecia Teixidó

Repensar lo social: un desafío para nuestro fin de siglo

Dentro de la abundante gama de monografías, artículos y volúmenes aparecidos en el último año sobre el tema de la "nueva cuestión social" merece especial atención el libro de Robert Castel Les métamorphoses of the question sociale.

Das razones justifican en mi opinión ese merecimiento: en primer lugar, el hecho de que, supleniendo una deficiencia que afecta a buena parte de los trabajos publicados recientemente sobre el mismo tema, sitúa a la cuestión social en una perspectiva histórica.

Es innecesario precisar que, adoptando un punto de vista histórico, Castel no se propone negar ni difuminar aquello que la cuestión social tiene hoy efectivamente de nuevo. Sin duda, la lectura histórica permite descubrir a veces inesperadas continuidades, pero también a menudo revela no menos inesperadas rupturas en los procesos que analiza.

Tal es justamente, por lo demás, el propósito de Castel: echar una luz novedosa, a través de una cuidada crónica, sobre un fenómeno que debe en buena medida su complejidad y su carácter crítico al hecho de condensar sedimentos de muy dis-

tinto espesor temporal que confluyen explosivamente en el presente y que tornan hara dificultades, no ya la resolución, sino la mera percepción de los problemas.

La segunda razón es de orden político. El libro de Robert Castel no se propone responder puntualmente a cada uno de los problemas prácticos que la cuestión social plantea. Sí, en cambio, traza una orientación lo suficientemente definida y nítida como para que no parezca una simple mimesis de la dirección que van asumiendo por sí mismos los procesos sociales y lo suficientemente abierta como para que puedan ser contempladas, en su interior, diferentes alternativas.

Importa sin embargo subrayar que esa orientación no es tampoco el producto de una suerte de cálculo racional realizado una vez que se supone disponer de un diagnóstico objetivo de la situa-

ción. En el enfoque de Castel, diagnóstico y orientación van juntos: ambos se iluminan y se refuerzan mutuamente. En lo que sigue examinaremos brevemente estos puntos.

La "cuestión social": esta fórmula, muy difundida hacia fines del siglo XIX, remita, por una parte, a los desajustes -especialmente en términos de integración y cohesión sociales- de la sociedad industrial ya en pleno desarrollo y, por otra, a una cierta imagen catastrófica de los peligros inminentes que, como producto de esos mismos desajustes, amenazaban al individuo: en primer lugar, miedo a la inseguridad y a la inestabilidad económica, pero también miedo a la pura y simple cantidad humana, al motivo imposible de controlar, a la multitud indistinta e incontrolable, fuerza destructiva sin rostro y sin contornos, capaz de arrasarlo todo. Como es sabido, en ese contexto nacieron y se desarrollaron las ciencias sociales.¹

Sin embargo, como dice Castel, antes de esta "invención de lo social", lo social ya era una realidad... y un problema. Un problema que fue dando lugar progresivamente a diversas prácticas institucionalizadas de asistencia respecto de diferentes categorías de indigentes, así como a modalidades cada vez más sistemáticas de

intervención coercitiva respecto de ciertos sectores: penalización del vagabundeo, trabajo obligatorio (y forzado), supervisión de la circulación de la mano de obra. Esas formas combinadas de protección tutelar y de vigilancia represiva se fueron aplicando y desarrollando desde los albores del Estado absolutista. De entonces proviene un clivaje fundamental entre los sectores así asistidos: el que separa, a ojos del Estado y de la sociedad tradicional, a los indigentes inválidos, incapaces de trabajar, de los indigentes válidos. Esa separación constituirá una suerte de horizonte absoluto de todas las futuras políticas sociales y perdurará, de hecho, hasta bien entrada el presente siglo.

Hacia finales del siglo XVIII se asiste a la emergencia y progresiva generalización de dos institutos -a la vez jurídicos, económicos y sociales- cuyo apogeo marcará decisivamente a la nueva sociedad en ciernes: el contrato de trabajo y la empresa libre. En ellos se encarna el principio liberal surgido del iluminismo e impuesto en Francia a través de la revolución política. Toma de este modo forma el embrion de lo que será, en el siglo XIX, la sociedad salarial.

El objetivo de la política social desplegada a partir del siglo XIX

consistirá en apuntalar de diversos modos (incluida una legislación a veces conciliadora, a veces crudamente represiva) esa estructura, aún demasiado endeble, del libre contrato de trabajo. De ahí los traumáticos avatares que jalaron la progresiva generalización e institucionalización del régimen salarial. En efecto, la libertad, que favorecía a las empresas, se tornaba ya y llanamente abusadora para aquellos que debían contentarse con soportarla, sin sacar provecho alguno de ella. Hace entonces su aparición un fenómeno difícilmente pensable en el marco de las tradicionales políticas de asistencia: el **pauperismo**, es decir, la existencia de un sector creciente de trabajadores que, a pesar de percibir un salario, viven en condiciones extremas de indigencia. Como es sabido, ese sector -el "proletariado", que debe sobrellevar además condiciones de trabajo inhumanas,² no aceptará pasivamente su situación. El siglo XIX será testigo del creciente despliegue de las luchas obreras por el aumento de los salarios, la limitación de la jornada laboral y el mejoramiento de las condiciones de trabajo, así como del surgimiento de formas organizacionales específicas para la puesta en marcha y dirección de esas luchas. Y también asis-

tirá a un progresivo cambio de actitud de empresarios, hombres de negocios, comerciantes y del propio Estado respecto del modo de poner cosas, en aras de lo que hoy llamaríamos la "governabilidad", a esos cada vez más amenazantes conflictos. En ese sentido, la legalización de los sindicatos, hecho que ocurrió en distintas fechas y con diferentes modalidades en los países europeos, marca uno de los hitos más importantes en ese viraje, cuyo punto de llegada será lo que algunos autores llaman el "Estado-providencia" y que Castel prefiere denominar el "Estado social". Dicho Estado germina y se consolida procurando, con laborioso aunque indiscutible éxito, conjurar los riesgos sociales de la sociedad industrial y tejiendo para ello alrededor de la relación de trabajo un conjunto relativamente sólido de garantías.

Los hechos posteriores, aun con el costo terrible de dos guerras

devastadoras, afianzaron los logros y marcaron el apogeo del Estado social. Los dividendos del crecimiento económico y las conquistas de las luchas sociales transformaron profundamente de vida de las clases subalternas y parecieron doblegar de manera definitiva esas dos fuentes de anomia y egoísmo que eran la inseguridad social y el miedo al futuro.

Pero si hacia fines de los 70 de este siglo la utopía de una sociedad liberada de la penuria y de un individuo al abrigo de los principales riesgos de la existencia estaba, para muchos, al alcance de la mano, a comienzos de los años 80, el aumento del desempleo y la aparición de nuevas formas de pobreza nos han enfrentado con una realidad dura e inesperada. Se tiene la impresión de que asistimos a un insospechado retroceso de un siglo; que los mismos fantasmas que asolaban a la sociedad



**NUEVA
SOCIEDAD**

Director: Huldolf Schmidt

Jefe de Redacción: S. Chejfec

SUSCRIPCIONES

(Incluido flete aéreo)
América latina
Resto del mundo
Venezuela

ANUAL (6 meses)	BIENAL (12 meses)
US\$ 50	US\$ 85
US\$ 80	US\$ 140
Bs. 1.900	Bs. 3.500

PAGOS: Cheques en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61712-Chacao-Caracas 1060-A, Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

Espacios
de crítica y producción

PUBLICACION DE LA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS - UBA

Comité de Redacción:
Jorge Dotti, José Szabon,
Glady Palau y Pablo Gentili
Secretario de Redacción:
Carlos Dámaso Martínez

a fines del siglo último retornan en las postimerías del presente.

Es claro, sin embargo, que no se trata de una simple vuelta a los problemas del pasado. Los fenómenos actuales de exclusión no remiten a las viejas categorías de la explotación económica y la opresión social. Así pues, ha hecho su aparición una nueva "cuestión social", irreductible a aquella, surgida en la pasada centuria, que estuvo, se-

gún señalamos antes, en el centro de las preocupaciones de los fundadores de las ciencias sociales. Más allá de los graves problemas de financiamiento y de las disfunciones cada vez mayores y más visibles de las instituciones tradicionales de gestión de la sociedad, son en el fondo los principios básicos organizadores de la solidaridad los que se encuentran hoy cuestionados.

En particular, las regulaciones hilvanadas

entorno del trabajo han perdido hoy su poder integrador. De la sociedad preindustrial a la sociedad posindustrial se ha operado un vuelco total. La vulnerabilidad había nacido del exceso de imposiciones (legislación contra los vagabundos, trabajo obligatorio, etc.); ahora es en cambio suscitada por el debilitamiento de las protecciones instituidas.

En efecto, por una parte, los dispositivos tradicionales genera-

dores de solidaridad parecen haber entrado en una fase de desintegración irreversible. Esos dispositivos estaban basados sobre un sistema, bien o regularmente organizado según los casos, de protecciones sociales: la solidaridad se fundaba sobre la mutualización creciente de los riesgos sociales, de modo tal que, como lo ha señalado entre otros Pierre Rosanvallon, el Estado social, al menos en sus expresiones más avanzadas, se identificaba a una suerte de "sociedad aseguradora".

Ahora bien, hoy asistimos a un acelerado proceso de erosión de los mecanismos en que se basaba ese tipo de sociedad. La evolución demográfica, la separación creciente entre quienes cotizan y quienes tienen derecho a los seguros sociales, un mejor conocimiento de las diferencias entre los individuos y los grupos: todos esos factores convergen para cuestionar y conmovir la concepción "aseguradora" de la solidaridad.

En segundo lugar, la idea tradicional de los derechos sociales se revela hoy en día inoperante para abordar el problema central de la desafiliación. En efecto, el Estado de bienestar de corte tradicional funcionaba como un Estado compensador, encargado de intervenir en circunstancias, si no excepcio-

nales, al menos anómalas si se las juzgaba con arreglo a la idea optimista del crecimiento económico sostenido y la sociedad de abundancia que dicho crecimiento prometía. En un contexto de desempleo de masas y de incremento inédito de la exclusión, esta concepción del Estado social como compensador de situaciones anómalas pero temporarias (enfermedad, desempleo de corta duración, etc.) se ha tornado por completo inadecuada.

Naturalmente, esos dos problemas se plantean con tonalidades diversas en los países industrializados y con diferencias muy marcadas entre estos últimos y los países en vías de desarrollo. Pero la crisis del Estado social exhibe en todos los casos rasgos comunes. Dicha crisis marca en todas partes una inflexión decisiva en la percepción de lo social que había prevalecido durante casi un siglo. En efecto, al margen de las dificultades financieras y de gestión, la crisis en cuestión remite, vista en profundidad, al advenimiento de una nueva etapa de la era moderna. Por eso mismo, ella obliga a pensar las condiciones de un nuevo contrato social, a reformular la concepción de lo equitativo y de lo justo, a crear formas inéditas de solidaridad y a buscar modalidades originales de

recomposición del tejido social.

¿Cómo hacerlo? Si bien Castel se rehúsa al fácil expediente de formular recetas acabadas, que respondan a todos menos a la pregunta sobre su propia viabilidad, tampoco incurre en ese otro facilismo consistente en llamarse a silencio, en honor a la complejidad del problema. En los capítulos finales de su libro plantea y desarrolla una propuesta definida que es a la vez una toma de partido. Aunque no se pretende exhaustiva, esa propuesta es compleja. Castel no quiere dejar de lado, sin antes evaluarlos cuidadosamente, ninguno de los intentos realizados en los últimos años para solucionar o al menos paliar las consecuencias sociales más nocivas de la nueva situación: en particular, aquellos que preconizan la "salarización" de los llamados servicios de proximidad (cuidado de personas de edad y de niños, ayuda doméstica, servicios de mantenimiento varios) y aquellos que, sin oponerse a esa línea de intervención, reclaman la generalización y reforzamiento del llamado ingreso mínimo de inserción (el RMI = *revenu minimum d'insertion*).

En resumen: una política que apunta a la creación de nuevos empleos, y que reposa sobre la idea de que existen importantes "yacimientos" inexplorados, y una política que busca reducir los estragos de la desigual distribución de los ingresos.

Castel examina con espíritu constructivo y rescata parcialmente estas propuestas. Pero también señala sus límites: así por ejemplo, los yacimientos de nuevos empleos, que de todos modos hay que explorar, incluyen una cantidad significativa de tareas socialmente subcalificadas y difícilmente dissociables de relaciones de trabajo de tipo servil. En todo caso, no resulta verosímil la idea de que en esos yacimientos se encuentre otra cosa que un paliativo limitado para dar una respuesta provisoria a ciertas situaciones extremas. En cuanto al "ingreso mínimo de inserción", en la medida en que aparece ligado a un proyecto -a veces puramente simbólico, a veces difícilmente realizable- al que se compromete su beneficiario, parece requerir, para convertirse en una respuesta viable, la previa solución de problemas más sustantivos.

De esos problemas, el principal, para Castel, radica en la necesidad, pero también en la dificultad, de proceder a una mejor repartición de ese recurso escaso que es el trabajo. Allí reside, según el autor, la posibilidad de una respuesta lógica y no coyuntural a la situación actual. Esa res-

puesta está lejos de ser inabordable, hecho que, sin embargo, no debe ocultar los complejos escollos que deberá enfrentar toda tentativa seria de ponerla en ejecución. En primer lugar, porque, como señala Castel, "el trabajo concreto es cada vez menos un dato cuantitativo e intercambiable... [Es preciso tener en cuenta]... el trabajo 'invisible' y la inversión personal en una tarea, que no se miden sólo en términos de tiempo de presencia [...] y que se tornan cada vez más dominantes en las formas modernas del régimen salarial" (p. 453). Por otra parte, y como es sabido, los trabajos socialmente reconocidos están muy lejos de constituir un conjunto homogéneo: al contrario, en gran medida son a la vez irreductibles los unos a los otros e interdependientes. Su "repartición" plantea por ello problemas técnicos especialmente difíciles (aunque no insuperables). Sea como fuere, estas dificultades llevan a Castel a una conclusión ligeramente matizada:

A mi entender, la repartición del trabajo es menos un fin en sí que el medio aparentemente más directo para acceder a una redistribución efectiva de los atributos de la ciudadanía social. Si esta redistribución se opera por otros medios, eventualmente asociados a la repartición del trabajo, el mismo objetivo desde el punto

de vista cohesión social podría ser alcanzado (p.454).

De todos modos -y respecto de este punto Castel es resueltamente asertivo- en esta tarea de enfrentar los hoy gravísimos problemas del desempleo, la vulnerabilidad y la exclusión y, por tanto, de reconstituir el lazo social y hacerlo reposar sobre nuevas bases, el protagonismo del Estado es imprescindible e indelegable. Estamos en efecto frente a un desafío que requiere recursos, esfuerzos y voluntades, pero que demanda además a la sociedad, y en particular a la potencia pública, coraje y una muy afinada capacidad de intervención.

Emilio de Ipolo

Notas

¹ Además del libro de Pierre Rosanvallon *La nouvelle question sociale* (Repenser l'Etat-Provi-

dence), ya traducido al español, cabe citar, entre muchos otros y en lengua francesa, VV.AA. *Vers un nouveau contrat social*, Desclée de Brouwer, París, 1996; Jean-Pierre Le Goff y Alain Caillé, *Le tournant de décembre*, La Découverte, París, 1996.

² Robert Castel, *Les méandres de la question sociale* (Une chronique du salariat), Fayard, París, 1996.

³ El teórico de este miedo al mero número, el psicólogo de las multitudes y de los cabecillas (y de los modos de neutralizar, represión mediante, a unos y a otros) fue, como es sabido, Gustave Le Bon. Corresponde en cambio a la naciente sociología científica pensar en profundidad las modalidades, los orígenes y las consecuencias de esas disfunciones de la sociedad moderna y proponer fórmulas viables, y no represivas, para resolverlas. La sociología, a través sobre todo de la obra de Durkheim, surge a la vez como teoría del lazo social y como reflexión sobre la crisis de este último y los modos de enfrentarla.

⁴ Descrietas y analizadas por Marx en El libro I de *El Capital*.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

TARIFA (4 números)

Leviatán
Revista de hechos e ideas

C/ Monte Esquinza, 30
28010 MADRID

España	2.400 ptas.
Europa (correo ordinario)	2.800 ptas.
(correo aéreo)	3.800 ptas.
América (correo aéreo)	4.550 ptas.

Nombre y Apellidos _____

Dirección _____

Ciudad _____ C.P. _____

Teléfono _____ Suscripción a partir del N° _____

FORMA DE PAGO

☐ Adjunto talón bancario ☐ Giro postal N° _____

☐ Tarjeta de crédito:

☐ Visa ☐ Mastercard/Eurocard/Access ☐ Amex

Núm: _____ Caduca: _____

☐ Domiciliación bancaria:

Sr. Director de _____
Sucursal N° _____ Ruego atienda hasta nuevo aviso los recibos que anualmente le pasará la revista LEVIATAN en concepto de suscripción contra mi c/c.

Entidad _____ Oficina _____ D.C. _____ N° de Cuenta _____

Firma: _____

Puede también suscribirse por teléfono (91) 310 43 13 o fax (91) 319 45 85.

PROMETEO

LIBROS

Corrientes 1916
(1045) Buenos Aires
Tel./Fax 953-1165

ENSAYO

Los socialismos ante el siglo XXI

Juan Carlos Portantiero

Con la publicación de este trabajo, *La Ciudad Futura* desea sumarse a los actos de celebración llevados a cabo con motivo del Centenario de la fundación del Partido Socialista de la Argentina, conmemorado el 28 de junio último.

Hace muy poco más de cien años el socialismo alcanzaba su mayoría de edad a escala mundial con la fundación de la Segunda Internacional. Se trataba, sobre todo, de la consagración del marxismo como teoría fundante de la gran mayoría de las doctrinas y de los programas con que los socialismos irrumpían en política, consagración especialmente avalada por el impulso arrollador de la joven socialdemocracia alemana. El entusiasmo entonces reinante le haría profetizar al viejo Engels en un escrito del año de su muerte -la Introducción a *La lucha de clases en Francia*- un ciclo inminente de cambios en toda Europa como revancha de la derrota: "la sangría" dice enfáticamente Engels- de la Comuna de París en 1871.

Simultáneamente, en ese mismo fin del siglo XIX, el capitalismo atraviesa por una mutación. La crisis económica de 1873, crisis larga que recién encontraría salidas más allá de los años 90, habría de indicar si no un "derrumbe" del sistema como se pensó en un principio, si una profunda transformación. Dicha "gran transformación", en las palabras del libro clásico de Karl Polanyi, marcaba el fin de la época del "mercado autorregulado", de la etapa clásica del capitalismo liberalista. El punto fue tematizado por algunos como advenimiento del "capitalismo organizado" (Hilferding) o "capitalismo monopolista" (Bujarin y Lenin) y en ambas caracterizaciones se coincidía que ese paso era "la antecámara del socialismo".

En realidad lo que iba a suceder a partir de entonces, marcando de manera indeleble casi todo el siglo XX era la consagración de un nuevo principio de **unidad** en remplazo del mercado: el del Estado-nación como modelador de la sociedad. Nuestro siglo le debe mucho más a Hegel que al universalismo liberal y socialista, a través del auge del decisionismo en política y de la planificación en economía como lo demostraron los socialismos autoritarios, los fascismos, los estados de bienestar de matriz socialdemócrata o socialcristiana, los populismos y desarrollismos. Más allá de una matriz común, sin embargo, los grandes

conflictos de nuestra época-que incluyen una larguísima guerra que arranca en 1914 y recién parece concluir en estos días- supusieron el enfrentamiento entre unidades estatales y fuerzas sociales que dirimían la mundialización de la historia. Los sucesos posteriores a 1989 dan la imagen que ese ciclo se ha cerrado; que la confrontación ha tenido vencedores y vencidos netos; que, en un frase que ha hecho fortuna, hemos entrado en "el fin de la historia". En pocas palabras: que el socialismo, que en el amanecer del siglo aparecía como la gran esperanza de la humanidad, ha sido derrotado por el capitalismo con un discurso que retoma los viejos temas del liberalismo, cuestionados y hasta dados por muertos a partir de la gran crisis de fines del XIX.

Por cierto que la historia del socialismo no puede ser encarada de manera unilateral. La ruptura entre quienes predicaban el camino de las reformas y quienes postulaban la vía insurreccional se condensó en dos caminos irreconciliables, sobre todo a partir del triunfo de la Revolución Rusa y su posterior expansión a luego de la segunda posguerra en Europa Oriental (en casi todos los casos a la manera napoleónica) y en el Tercer Mundo. El choque entre la Segunda y la Tercera Internacional (o Cominform luego de 1945) fue particularmente dramático en oportunidad de la "Guerra Fría" dando lugar a una fractura histórica irreversible. La discusión, aunque tenía aristas múltiples, parecía centrarse en el dilema totalitarismo versus democracia. El colapso de los regímenes comunistas de la Unión Soviética y Europa Oriental, inesperado sobre todo por la forma difusa pacífica con que se produjera, han dado una primera respuesta a la contradicción planteada por el leninismo a la socialdemocracia desde los tiempos de Kautsky y Bernstein. Pero en verdad el problema es más complejo.

Si bien no caben dudas de que el fracaso de las experiencias de socialismo autoritario con sistema de partido único y economías totalmente estatizadas ha sido espectacular, el espectro del cuestionamiento ac-

tual es más amplio y así debe ser reconocido. No sólo la experiencia socialdemócrata no ha tenido éxito durante un siglo en cambiar de raíz el capitalismo -un viejo tema de crítica por parte del comunismo- sino que su propio consenso en las sociedades que adoptaron esa vía está hoy mellado, por lo que su capacidad de diferenciarse de los modelos neoliberales se ve menguada. La crisis es, entonces, múltiple y no remite solamente a la esfera política sino también a las bases teóricas en que, con sus más y sus menos, trató de fundarse. Ya antes de la quiebra de los comunismos y de las "impases" socialdemócratas, la vigencia del marxismo como referente teórico-exclusivo o principal- de las prácticas de transformación comenzaba a engendrar dudas. De tal manera todo un mundo de representaciones, ideológicas y políticas, parece haber encontrado sus límites.

Evidentemente, tanto la caída del sistema comunista como la crisis del Estado de Bienestar en las democracias prósperas de Occidente y de los desarrollismos nacional-populares en las zonas periféricas, integran un cuadro de época. Lo mismo sucede con la pretensión de encontrar un mito unificador -aunque se presente como "científico"- que le otorgue a la historia un sentido predestinado. La discusión hoy no es si los socialismos y su principal base teórica están en crisis, pues ello resulta evidente, sino si dicha crisis arrastra a la misma idea de socialismo como un horizonte

de valores que pueda inspirar la organización de la acción colectiva. Quiero adelantar, para fundamentarlo luego, mi respuesta negativa a la pregunta.

Creo que esta crisis de fin de siglo es una crisis epocal, civilizatoria que inaugura una gran transformación de los espacios productivos, científico-tecnológicos y geopolíticos, así como de la relación humana con la naturaleza y de los hábitos morales y las relaciones sociales cotidianas. Por el momento y a escala mundial la crisis ha mostrado la capacidad de iniciativa del discurso neoliberal del capitalismo hasta lograr transformarse en hegemónico. El capitalismo de fin de siglo ha finalmente mundializado la economía, reorganizado los espacios geopolíticos y aprovechado mejor -contra muchas previsiones que venían del marxismo clásico- las transformaciones científico-tecnológicas.

Así, el modelo privatizador de mercado no tiene hoy rivales de envergadura a la vista.

Dicho modelo implica no sólo un programa económico o político sino y sobre todo un proyecto moral y cultural. Vivimos una ofensiva excluyente y exclusiva de una forma de organización económica -la economía de mercado- y de una forma de organización de la legitimidad -la democracia representativa- pero también la primacía de un mundo de valores caracterizado por la expropiación del espacio público y la privatización de la vida. El mercado se transforma en un dispositivo moral y cultural que otorga valor o disvalor a las personas, mientras las elites de los partidos organizan, cada vez más al margen de los ciudadanos, la representación política y el mundo

massmediático crea la ilusión de pertenencia a una comunidad para individuos cada más aislados entre sí, más fragmentados, más escindidos de cualquier proyecto colectivo, más insolidarios, en fin.

Este es el mapa ético y social predominante en nuestros días. Las sociedades periféricas que participan de esta economía y de esta cultura globalizada viven este impacto de fin de siglo de manera aun más dolorosa porque ni siquiera han podido colocar a sus mayorías dentro de un sistema garantizado de consumos mínimos. La exclusión, la marginación, la cualización penetra allí más hondo en el tejido social, colocando a grandes

contingentes humanos en zonas cada vez más alejadas de cualquier estatuto de ciudadanía, política, social o cultural.

En el caso de América latina, típica zona de frontera con el mundo central en tanto la región, aunque siempre en forma subordinada, participó desde sus orígenes de la historia de Occidente, la nueva relación con el ciclo del capitalismo mundial sólo sirvió para acentuar sus rasgos predatorios. En la larga etapa de expansión del sistema a escala mundial -entre la posguerra y los años 70- la instalación de los populismos y de los desarrollismos que, con matices, recorrieron todo el continente no alcanzó para resolver los problemas estructurales que a vez agotada la etapa distributiva "fácil" pudieran potenciar un crecimiento autosostenido a la manera de los países centrales. Cuando la crisis



estalló, América latina se encontró con la verdad del desfinanciamiento de sus Estados, todavía patriarcalistas, que habían encarado su proceso de modernización industrial por vía de la emisión monetaria y de la deuda con la banca extranjera. Con ese *handicap* brutal el continente ha ingresado en los años 90, umbral de esta mutación civilizatoria. Desamparadas de argumentos alternativos por la quiebra de los populismos y el efecto de la crisis de los socialismos, las sociedades latinoamericanas parecen discurrir su historia entre ajustes salvajes que desmantelan a sus Estados y para nada le aseguran un lugar en el nuevo orden en construcción.

El impacto de este final de época de un modelo de acumulación que evidentemente estaba ya agotado, coincide con una modificación del

cuadro político continental en el que se revaloriza a la democracia representativa y se supera -aunque siempre reaparezcan nubarrones de tormenta en el horizonte- el tiempo del autoritarismo militar, al menos el sostenido por los viejos temas de la "guerra fría". Esto es, que bombardeados por la ideología y la práctica de políticas de *shock* las sociedades latinoamericanas, que no podrían resucitar los modelos populistas y nacional-desarrollistas de los años 50 y 60, deberían asumir la difícil tarea de coordinar la construcción de la democracia, la reconversión de la economía y la reformulación de un patrón de crecimiento introvertido centrado hasta hace poco en los Estados-nación. En esto nuestros desafíos no se diferencian, en lo esencial, de los que viven otras sociedades periféricas, en especial las del este europeo. La combinación ideal entre participación, eficiencia, autonomía y equidad no parece fácil de conseguir en la práctica: más aún, no es impensable un final de caos y desorganización. Estamos lejos de tener una receta creíble y ese es, precisamente, uno de los rasgos de la crisis si tenemos en cuenta una proposición gramsciana acerca de que ésta se define por una tensión entre lo viejo que muere y lo nuevo que no puede nacer.

Por lo pronto algunas cosas sabemos. Por ejemplo, que se dan hoy algunas restricciones que fueron ayer parte del sentido común de nuestras izquierdas: que las estrategias centradas en el Estado-nación y las coaliciones nacional-populares que caracterizaron los modelos de desarrollo y de hegemonía anteriores están profundamente cuestionadas. Y que, en esta reconstrucción del orden mundial capitalista, pierden efectividad los intentos de pensar al mundo desde cada uno

de nuestros Estados y adquiere relevancia una mirada inversa: desde el mundo hacia nosotros. No abundaré sobre esto, que me parece evidente, dados los procesos de globalización que a todo nivel estamos viviendo.

Trataré de retomar ahora a una pregunta cuya respuesta quedó trunca: ¿el colapso del comunismo abarca también a la idea socialista? Partimos de la convicción de que, más allá de traspasos electorales, las experiencias de casi un siglo de la socialdemocracia y de sus políticas de reformas en dirección a articular valores centrales de la modernidad: el crecimiento económico, la participación ciudadana y la solidaridad social, forman parte del mayor laboratorio de transformación de las sociedades contemporáneas. Este es un dato duro que revaloriza, como punto de partida histórico, la virtualidad de un proyecto socialista aunque, por cierto, no niega la necesidad -diría imprescindible- de una refundación, avalada tanto por el rigor de los sucesos políticos y económicos, cuanto por las dificultades teóricas del marxismo, su más importante matriz ideológica.

Se trata de establecer, como ha dicho Bobbio, "las nuevas fronteras de la izquierda", a la que define como una "izquierda de los derechos". Michel Rocard, por su parte, ha intentado un repaso de las "ideas-fuerza" actuales del socialismo: libertad, democracia pluralista, autogobierno y descentralización, control y dominio de las tecnologías, solidaridad, supremacía de la ley y resolución de los conflictos a través de la negociación y no de la fuerza. A esta lista indicativa cabría agregarle un valor que podría sintetizar al proyecto socialista: la reivindicación del espíritu público, de la sociedad civil frente al interés estatal y al interés privado. Volveré sobre el punto.

Para Eric Hobsbawm la justificación del socialismo, más allá del hecho de que sus argumentaciones deberían modificarse a partir de una experiencia que ya incluye sus propios fracasos históricos, descansa en que el capitalismo sigue generando contradicciones que su propia lógica de mercado no puede resolver. El historiador inglés destaca tres consecuencias del desarrollo capitalista cuya resolución debería integrar la agenda del socialismo del siglo XXI: la ecología, la distancia creciente entre Norte y Sur, el vacío ético derivado de un individualismo extremo que descompone las relaciones entre los seres humanos.

Estas tres opiniones, a las que podrían agregarse muchas más surgidas del debate contemporáneo, es

claro que no proporcionan recetas prácticas pero se afirman en algunos postulados fuertes. Uno de ellos es que si bien el socialismo que exasperó la planificación centralizada y negó totalmente el rol del mercado resultó un fracaso, su opuesto neoliberal acerca de que el mercado es el organizador económico y moral de la sociedad no garantiza el éxito en términos de valores humanos. Otro es que el pluralismo, como respaldo para el ejercicio de viejos y nuevos derechos, no tiene sólo un valor instrumental sino sustantivo y que si la democracia representativa es insuficiente en materia de participación, a la vez es imprescindible como instrumento para la creación de una comunidad política en sociedades complejas. Por fin, que la lucha contra las inequidades de todo tipo, de clase, de género o de edad y por la equiparación de las oportunidades de partida, sigue tan vigente como siempre en su condición de meta para una acción colectiva. Así, una fórmula que define al socialismo como la tensión hacia el logro del máximo de igualdad compatible con el máximo de libertad, sigue siendo, dentro de su simplicidad, un supuesto válido como guía para la confección de una agenda de trabajo.

Insisto que no estamos en presencia de una fórmula práctica sino de un punto de vista moral desde donde ordenar las alternativas deseables (y posibles) para la producción de un orden. Ideológicamente estamos viviendo todavía una travesía en el desierto y es bueno reconocerlo. Pero en esa intemperie advertimos ya algunas cosas, aunque todavía más cerca de la crítica que de la proposición política. Como forma de organización social y económica el socialismo autoritario y estadolátraco fracasó y el reformismo de raíz keynesiana ha encontrado sus límites. Ya no existe en el horizonte la vieja idea *total* de revolución ni un modelo ideal de sociedad que nos espera al final del camino. Pero si éste no es ya el tiempo del Estado como organizador absoluto de la sociedad tampoco lo es el del mercado haciéndolo por sí mismo. Si hay un rasgo sobresaliente de la crisis civilizatoria actual es el de la revalorización de la sociedad civil, el redescubrimiento de los valores de la sociedad abierta, activa, creadora. Esa recuperación de la sociedad fue el principal motor de la lucha actual contra los desbordes de la estadolatría

en la economía y en la política. A esa primacía de la sociedad sobre el Estado, el neoliberalismo la plantea desde lo privado, pero es posible pensarla desde lo público, desde la *polis*. Si toda crisis profunda tiene como uno de sus rasgos la pérdida de las certidumbres totalizadoras -y ello ha resultado particularmente claro para las pretensiones holísticas de los socialistas- ¿por qué la alternativa hoy victoriosa de la democracia liberal y de la economía de mercado alcanzaría a llenar ese vacío? Un gran liberal de hoy, Ralf Dahrendorf, ha llamado la atención sobre los peligros de un "fundamentalismo de mercado" y el tema de las **contradicciones culturales del capitalismo** ha estado tanto presente en el clásico texto de Daniel Bell, un pensador de la derecha, cuanto en los documentos del actual Papa.

Pensar a la sociedad desde lo público quizá sea el nudo central de los desafíos para un socialismo del futuro. Hanna Arendt ha rastreado el origen clásico de la distinción entre público y privado, desde la ciudad-Estado griega en donde la esfera de la *polis*, espacio del ciudadano libre, de la comunidad pública, está separada de la del *oikos*, lugar de la vida doméstica, familiar, privada, en donde cada uno se apropia de lo suyo. Si ésta se definía por la necesidad y por la desigualdad, la primera lo era por la libertad y por el reconocimiento entre iguales. La *polis* era el ámbito de la discusión, de la argumentación, de "lo que puede ser

visto y oído". En el *oikos*, en cambio, el predominio de lo privado equivalía a estar desprovisto ("privado", exactamente) de lo plenamente humano que sólo se realizaba en la comunidad. Cuando la modernidad burguesa redescubre los temas del mundo clásico la escisión se actualiza como distinción entre economía y política: surge un ámbito "social" destinado a organizar y presentar las demandas de la sociedad civil frente al Estado bajo la forma de "opinión pública". La revolución democrática del siglo XIX, con su irrupción de masas, haría volver contra la propia burguesía -como lo advertiera el joven Marx- a ese predominio de la "opinión pública" que favoreciera en sus orígenes: frente a la emergencia plebeya, el liberalismo atomizado se refugiará en una propuesta elitista de representación de lo público. Es el camino de la democracia



restringida que en nombre de la eficiencia pone límites a la participación; la huella teórica que va desde Tocqueville hasta Schumpeter y que culmina en las propuestas sobre "gobernabilidad de la democracia" de Huntington.

El neoliberalismo acentuó hasta la exasperación este proceso de privatización de la vida y de expropiación del espacio público, reforzado por el fracaso de las formas autoritarias y estadísticas del socialismo. La tarea del nuevo socialismo es la de impugnar ética y políticamente tanto a la tiranía del Estado cuanto a la del mercado, proponiendo una visión de la sociedad y de la política en la que la dimensión de lo público pueda ser recuperada.

Si la idea de revolución total, no por cierto de irrupción puntual del uso de la violencia popular frente a la dictadura o a la explotación brutal (que es algo que ha sucedido y sucederá siempre), sino de cambio súbito y de raíz de un sistema de sociedad parece perimida, ¿cómo pensar un camino de reformas avanzadas que permitan articular máximos compatibles de libertad, de igualdad y de solidaridad? La ignorancia sobre el papel del mercado sepultó al comunismo; la seducción del mercado puede paralizar -y de hecho así ha sucedido- a la socialdemocracia. Michael Walzer y Paul Ricoeur han propuesto caminos de indagación sobre tipos de sociedad que pueden servir de punto de partida para que la justicia y el mercado puedan reconciliarse. El socialismo clásico pensó a las sociedades desde sus modos de organización económica y otro tanto hace el neoliberalismo: así, la oposición entre capitalismo y socialismo es vista, dicotómicamente, como repulsión entre mercado y plan como ejes excluyentes de la producción. Pero ¿serán los modos de la **producción** los que definen a las sociedades? ¿O ellas estarán constituidas por vastas redes de instituciones que constituyen un sistema de **distribución** en el que se intercambian todo tipo de bienes, algunos intrínsecamente mercantiles y otros, como por ejemplo salud, educación, identidad nacional, ciudadanía que no lo son? Algunos de estos bienes serían pasibles de ser distribuidos según las reglas del mercado y otros exigirían una forma distinta de distribución: lo que caracterizaría al capitalismo como sistema de distribución es que tiende a considerar a todos los bienes como mercantiles, extendiendo esa lógica mercantilista a toda la sociedad. Un "socialismo de los derechos", en la expresión de Bobbio, sería su opuesto: una trama institucional en la que debería haber lo privado, lo estatal y



sobre todo lo público como organizadores de las esferas particulares de distribución de los bienes.

Por fin, cabe resumir estos argumentos de cara a un socialismo para el siglo XXI que, como ha quedado dicho, están mucho más cerca de la crítica que de la proposición, del modelo ético-político que de la consigna práctica. Y de resumirlos para la realidad de un continente que vive los desbordes salvajes de un neoliberalismo económico superpuestos a la vigencia de un conservadurismo político y cultural y que, en esas condiciones, debe aspirar a ampliar sus todavía débiles democracias. El discurso tradicional, populista, desarrollista o socialista, que le concedía al Estado un rol central como agente de cambio, parece haber perimido junto con la idea de una vanguardia ilumina-

da capaz de guiar a la sociedad hacia un futuro preconcebido. ¿Cómo instalar un debate sobre las reformas que pueda sostener una nueva práctica política de masas? ¿Sobre cuáles premisas? Apuntaré, como conclusión provisoria, algunas hipótesis de trabajo.

1) En primer lugar, la de aceptar que nuestras sociedades, a tono de lo que está sucediendo en el mundo, exigen una reconversión y que ello no se soluciona con retornos al pasado o fugas hacia adelante. El discurso clásico de la izquierda no es una solución a la crisis sino que forma parte de ella y, por lo tanto, debe ser reformulado. Muchos valores constitutivos de éste, entre ellos el rol del Estado como agente principal de las transformaciones, han perdido su sentido original y no responden a una época en que la sociedad, por muchos caminos, busca profundizar su protagonismo y desconfía crecientemente de las burocracias. También ha caducado, al menos de la manera totalizadora que se le concedía, el discurso "dependentista" que enfatizaba sobre la autarquía de la nación, así como los acentos proteccionistas e introvertidos de la cultura de la industrialización propia de los años 50 y 60. Es claro que esto no significa convalidar las recetas del neoliberalismo y el capitalismo salvaje, sino mostrar que la reconversión necesaria supone una modificación de las relaciones entre Estado y capitalismo que haga posible desmantelar la perversa asociación generada en América latina entre un Estado paternalista y un capitalismo prebendario que ha privatizado rentas extraordinarias y socializado pérdidas.

2) En esta dirección, de lo que se trata es de reorientar la relación Estado-mercado de manera opuesta a como lo propone tanto el neoliberalismo vigente

cualto el estatismo clásico propio del populismo y la izquierda. Frente a la propuesta de privatizar el Estado o estatizar a la sociedad habría que imaginar políticas tendientes a democratizar tanto al Estado cuanto a la sociedad. La investigación sobre las formas de "lo público" como un plano diferente a "lo privado" y a "lo estatal", como un lugar de organización autónoma de la sociedad, autogestiona o cooperativa, en concurrencia con otras formas de propiedad; la exploración y el estímulo a la generación de espacios que puedan asegurar en los diversos ámbitos de la vida colectiva una mayor información, participación y descentralización de las decisiones permitiría descongestionar al Estado sin transformar a las demandas sociales y a los bienes que las satisfacen en parte del mundo de la mercancía.

3) Pero si el Estado no puede ser ya más considerado el único centro de la sociedad (ni la nación el único punto de articulación con el mundo) si debe seguir siendo un organismo regulador muy fuerte entre las diversas formas de organización de lo social dentro de cualquier proyecto de organización democrática. Un Estado regulador fuerte supone la puesta en práctica de políticas activas y no el "dejar hacer" al mercado. La modernización y la reconversión en la que ella puede expresarse no es neutral, no responde sólo a las exigencias de la racionalidad instrumental sino y sobre todo a la racionalidad de acuerdo a valores. Esto implica, para el socialismo, la creación de un nuevo modelo cultural, de un nuevo principio de sentido para la vida colectiva, más allá de la lógica de mercado y de la lógica de Estado, con lo que el tema de la ética pública surge así como un eje para la construcción de una nueva política. No existe modernización válida si se construye sobre un costo salvaje para los más desprotegidos. Esto supone la introducción en el debate sobre la reforma del Estado de temas precisos referidos a quiénes y cómo pagan la reconversión: caben aquí, entre otros, la cuestión tributaria, brutalmente regresiva; el peso del gasto social; el control público sobre las políticas del mercado.

4) Por fin, toda propuesta de un socialismo renovado debería plantear la profundización de la democracia política. No para negar la democracia representativa

"formal" del estado de derecho, sino para ampliarla. El tema de la relación entre liberalismo político y democracia social -entendida como recuperación y no como negación- resulta central para un discurso que supere a la cultura política tradicional del populismo y de la izquierda. La profundización democrática requiere, por cierto, reformas de tipo institucional que acerquen a la sociedad de manera más directa a las decisiones del Estado; pero no se trata sólo de un problema de ingeniería constitucional. La desconfianza en relación a las instituciones arrastra a la política de partidos en general y a los parlamentos en general. La descomposición económica del viejo modelo genera disgregación social que se expresa en anomia, en privatización de la vida o en formas de violencia inorgánica que puede

abarcar desde "explosiones" colectivas hasta la delincuencia o la droga. En este vacío de ámbitos públicos la idea misma de la representación pierde sentido, porque el sujeto a ser representado está desarticulado en fragmentos. La reconstrucción de ese actor es la condición de posibilidad de un nuevo discurso político de izquierda y esto replantea el tema de la calidad de la forma partido en la organización de un sistema de autoridad democrática. Parece claro que se halla en crisis la mera interrelación de los actores sociales como "ciudadanos" y que existe un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo" de los partidos, a la manera clásica de hacer política, a las for-

mas de corrupción que los agobian, lo que puede llevar -y distintos casos latinoamericanos son ejemplo de ello- a soluciones peronalistas y autoritarias que se buscan fuera del ámbito de la política. Este será, quizás, el más duro desafío para un socialismo renovado: que la desagregación del sistema político no lleve a los sectores populares hacia nuevas formas de mesianismo, como lugar de recomposición de sus demandas fragmentadas. ■

* Durante 1993 la Fundación Friedrich Ebert en el Uruguay (FESUR) organizó varios talleres de discusión bajo el título común de "Las propuestas socialistas, hoy y mañana". Este artículo recoge sin modificaciones una ponencia presentada en esa oportunidad.



Un horizonte común de ideas y valores

Ser es recordar

Jorge Tula

Las diversas manifestaciones realizadas al cumplirse un nuevo aniversario del 24 de marzo, reinstalaron en la escena pública un tema que parece agazapado y a la espera de la más mínima incitación para hacerse visible con todos sus efectos perturbadores. Nos referimos al tema de la memoria, o -dicho de otro modo- del riesgo de olvidar y de lo peligroso que esto es para una sociedad que no se esfuerza en evitar la recreación de climas aptos para la generación de nuevas catástrofes políticas y que carece de una seria y decidida preocupación por afirmar los valores que sustenten una identidad democrática.

Lo complejo e importante de la cuestión incita a plantear -aunque sea desordenadamente- algunos interrogantes.

¿Cómo puede reconstruirse la memoria histórica cuando la historia se acelera y se pasa -según Braudel- de la historia-memoria a la historia-realidad? Si como consecuencia de un nuevo tiempo real vivimos una realidad acelerada y si toda aceleración está acompañada de desaparición o, dicho de otro modo, si el contenido y la intensidad de la memoria está en función de la velocidad de olvido, ¿desde dónde buscar el camino que debemos recorrer para no ser como esos pueblos incapaces de reconstruir su memoria histórica que -como dice Canetti- se introducen sin percibirlo en la senda que necesariamente conduce al desamparo?

Sea como fuere la relación entre memoria y olvido nunca ha carecido de dificultades. Más aun, es una relación complicada. Su habilidad le impide permanecer imperturbable ante numerosos fenómenos: cambios generacionales, presencia de actores distintos, nuevos climas culturales, mutación de valores.

Como es sabido, cada generación diseña su propia versión de la memoria histórica a partir de su experiencia y de los legados de las generaciones anteriores. Pero, hija de su tiempo, realiza ese diseño ineludiblemente desde el presente, que es el gran seleccionador de la memoria. Un presente que permite distintas lecturas y que, desde ellas, intenta dar distintos sentidos al pasado.

Sin la presencia del pasado no es posible el futuro, porque se carecería de identidad. "Ser es recordar", afirma el poeta Mario Luzzi. Otro poeta, René Char, nos dice en cambio que "nuestra herencia no está precedida de ningún testamento". Si la primera afirmación nos indica que sólo podemos ser, que únicamente lograremos construir nuestra identidad si conseguimos recortar a través del recuerdo el campo ilimitado de la memoria, la segunda puede ser leída en el sentido que, si bien somos producto de una herencia, en las condiciones modernas tenemos la libertad de elegir el testamento del cual ser ejecutores. Nosotros, entonces, se-

leccionamos el pasado que nos permitirá construir nuestra identidad. Y no podemos escapar a esta toma de decisión. De allí la importancia para nuestro ser presente y por ende para nuestro futuro de la relación que establecemos con el pasado.

Las catástrofes políticas restructuran la memoria, y cuando se hubo aceptado hechos aberrantes el olvido del pasado es más frecuente que su recuerdo. Y se trata de algo más que un acto de hipocresía y de manipulación consciente de la memoria. El olvido no es una mera falta de memoria. Esta, para mantenerse viva, necesita nutrirse con diversos hechos y actos. Es, dice Bodei, como el fuego de las viejas locomotoras: permanentemente deber ser alimentada con paladas de carbón.

Cada vez que se produce una ruptura histórica que afecta valores esenciales, cuando esa experiencia lacerante en cierta medida concluye, se ingresa en una especie de *impasse*, en el que se disputa para imponer uno u otro sentido, desde una mirada desde el presente, a ese pasado que no pasa.

Estamos viviendo un momento de esas características.

Un horizonte común, es decir un conjunto de ideas y de valores -que podrán ser pocas pero esenciales- que sea reconocido e interiorizado por la gran mayoría de la sociedad, constituye el punto de partida necesario para garantizar la convivencia. Sin embargo, esa base común, que debe proteger la diversidad, encuentra dificultades para vencer esa fragilidad tan propia de la modernidad. Pero es precisamente la modernidad la que exalta como una virtud propia la promoción de los derechos humanos. Con mayor razón que en otros lados, esta promoción no puede dejar de apelar al recuerdo de las manifestaciones de barbarie que hemos padecido. Y este paso es previo a la aceptabilidad racional que precede a la legitimidad de las leyes de un Estado. ■

